

AUDI, FILIA: Parte 2

CAPITULO 34

Que la vida perfecta de los que han creído nuestra fe es grande testimonio de su verdad; y de cuánto han excedido en bondad los cristianos a todas otras gentes.

Y pues hemos hecho mención de la bondad y virtud que en mártires cristianos ha habido, no es razón que os deje aquí de decir cuan gran testimonio es de nuestra fe la vida perfecta de los que la creen. Pues que siendo Dios bueno y hacedor de todo lo bueno, toda razón dice que Dios es amigo de buenos, pues que cada uno ama a su semejable, y cada causa a su efecto. Y si amigo, ha de ayudar en sus necesidades; y la mayor de todas es la salvación de sus ánimas; y no se pueden salvar, sin conocimiento de Dios; y no lo pueden conocer de manera que se salven, si Él no se les descubre. Resta, pues ninguna cosa de éstas se puede negar, que si conocimiento de Dios hay en la tierra con que los hombres se salvan, Dios lo da a los cristianos, pues entre ellos ha habido y hay la gente de más alta vida y perfectas costumbres, que en ningún otro tiempo o generación ha habido.

Los filósofos parece que fueron la flor de naturaleza y la hermosura de ella, donde parece que echó todas sus fuerzas en lo que toca a bien vivir conforme a razón. Mas dejando de decir los feos males que San Jerónimo cuenta de los principales filósofos, y hablando de algunos que tenían al parecer más rastro de virtud que los otros, excédenles tanto los de la Iglesia cristiana, que nuestras flacas mujeres y mozas son de mayor virtud, que los que allá eran estimados por heroicos varones; pues ninguno se puede igualar a la fortaleza y alegría con que una Santa Catalina, Inés, Lucía, Águeda, con otras muchas

semejables a ellas, se ofrecieron a gravísimos tormentos y muerte por amor de la verdad y virtud. Y si en la fortaleza, que tan ajena parece de la flaqueza mujeril, éstas tanto exceden, así en número como en la grandeza de los tormentos y en la alegría del padecer, a los varones de allá, ¿cuánto más será el exceso en humildad, caridad y otras virtudes que no son tan extrañas a ellas? Y aunque pusimos a éstas por ejemplo, mas ya vos veis la innumerable copia de varones y mujeres que en toda manera de estado han servido al Señor con vida perfecta en la Iglesia cristiana Católica. Algunos de los cuales, siendo en el mundo muy altos, y en toda riqueza y prosperidad humana abundantes, y esperando heredar señoríos y reinos, y de presente poseyendo mucho, han despreciádolo todo, y por agradar más a Dios, eligieron vida de cruz en pobreza y trabajos, y en obediencia de Dios y de hombres. Y esto con tan grande testimonio de virtud de dentro y de fuera, que ponían admiración a quien los trataba. Gente ha habido en nuestra Iglesia, que, como dice San Pablo (*Phil., 2, 15*), *lucen en el mundo como las lumbreras del cielo*, y comparados a lo restante del mundo, les hacen ventaja sin comparación. Lo cual no podrá negar, por muy porfiado que sea, quien mirare la vida de un San Pablo, y de los otros Apóstoles y apostólicos varones que en la Iglesia ha habido. Y pues tanta bondad se ha hallado en acueste pueblo cristiano, como por las obras parece, ¿qué hay que dudar, sino que hemos de decir que o no hay conocimiento de Dios en la tierra, o que éstos lo tienen, como gente más amada de Dios, y que mejor se aprovecha del conocimiento, empleándolo en mejor agradar a quien se lo dio?

Y en ninguna manera se debe decir que la tierra esté sin este conocimiento de Dios, necesario para salvarse. Porque sería decir que las principales criaturas que debajo del cielo Dios crió, y por cuyo amor crió todas las cosas, se perdían todas, por no darles Dios medio con

que se salven. Y no es Dios tal, que cierra la puerta de la salvación, ni es cosa conforme a las entrañas de su bondad y misericordia, estar sin amigos a quien acá haga grandes mercedes, y en el cielo mayores.

Esta prueba de nuestra fe, de la buena vida de los cristianos, era muy estimada y encomendada por los santos Apóstoles en el principio de la Iglesia católica. Entre los cuales dice San Pedro (1 *Petr.*, 3, 1): *Las mujeres sean sujetas a sus maridos; para que si algunos no creen a la palabra de Dios, sean ganados, sin palabra de Dios, por la buena conversación de sus mujeres, mirando vuestra santa conservación en temor de Dios.* De donde parece la fuerza de la buena vida, pues era poderosa a convertir infieles, que por predicación apostólica, que con grande eficacia iría hecha, y aun con milagros, no se podían ganar. San Pablo dice *que para ir de una tierra a otra no había menester que aquellos a quien había predicado le diesen cartas favorables para acreditarlo con aquellos a quien iba a predicar.* Y dice a los Corintios (2 *Cor.*, 3, 2): *Vosotros sois mi carta, que es conocida y leída de todos.* Y dice esto, porque las buenas costumbres que tenían, por medio de la predicación y trabajos, eran suficiente carta que declaraba quién era San Pablo y cuan provechosa su presencia. Y dice, que esta carta la saben y leen todos, porque cualquier gente, por bárbara que sea, aunque no entiende el lenguaje de la palabra, entiende el lenguaje del buen ejemplo y virtud que ve puesto por obra, y de allí vienen a estimar en mucho al que tales discípulos tiene. Y por eso dice el mismo Apóstol en otra parte (1 *Tim.*, 6, 1), *que los siervos cristianos sirvan con tan buena fe a sus señores, que hermoseen en todas las cosas la doctrina de Dios nuestro Salvador.* Quiere decir: *Que su vida sea tal, que dé testimonio que la fe y doctrina cristiana sea tenida por verdadera.*

Y cuánto vaya en acueste punto, el Señor, que todo lo sabe, nos lo enseñó muy bien, cuando orando a su Eterno Padre, dijo estas palabras, rogando por los cristianos (*Jn., 17, 21*): *Ruego que todos sean una cosa, como Tú, Padre, en Mi, y Yo en Ti, para que ellos sean una cosa en nosotros, para que crea el mundo que Tú me enviaste.* Ciertamente, gran verdad dice el que es suma Verdad, que si los cristianos fuésemos perfectos guardadores de la Ley que tenemos, cuyo principal mandamiento es el de la caridad, sería tanta la admiración que en el mundo causaríamos a los que nos viesen iguales a ellos en naturaleza, y muy mayores que ellos en la virtud, que como gente flaca a fuerte, y baja a alta, se nos rendirían y creerían que moraba Dios en nosotros; pues nos veían poder lo que las fuerzas de ellos no alcanzaban, y darían gloria a Dios que tales criados tenía. Y entonces se cumpliría que éramos carta de Jesucristo, en la cual todos leían sus lecciones, y que *ataviábamos la doctrina*, y que éramos *buen olor suyo*, pues por nuestra vida decían bien de Él.

Mas Tú, Señor, sabes, que aunque haya habido en tu Iglesia muy muchos, y siempre haya algunos, cuya vida resplandezca como una gran luz, a la cual podían atinar, si quisiesen los infieles, para conocer la verdad y salvarse: mas también sabes, Señor, cuan muchos hay en tu Iglesia, que comprende a buenos y a malos cristianos, que no sólo no son medio para que los infieles te conozcan y te honren, mas para que se enajenen de Ti y se cieguen más; y en lugar de la honra, que en oyendo el nombre cristiano te habían de dar, te blasfemen muy reciamente, pareciéndoles con su engañado juicio que no puede ser verdadero Dios ni Señor quien tiene criados que tan mal viven. Mas día tienes Tú, Señor, guardado para te quejar de esta ofensa, y decir (*Rom., 2, 24*): *Mi nombre es blasfemado por vuestra causa, entre los infieles*; y para castigar con recio castigo a quien,

habiendo de *coger contigo lo derramado, derrama él lo cogido (Le, 11, 23)*, o es impedimento para no cogerse. Y entonces darás a todos a entender claramente que **Tú eres bueno, aunque tus criados sean malos; porque los males que ellos hacen, a Ti desplacen, y Tú los vedas por tus mandamientos, y reciamente castigas.**

CAPITULO 35

Que la propia conciencia del que quiere seguir la virtud le da testimonio de ser nuestra fe verdadera; y cómo el amor de la mala vida es impedimento para la recibir y grande parte para la perder.

Cuanto los testigos, son más cercanos y más conocidos, tanto suele ser más creído su testimonio, si ellos traen verdad. Y por esto, ya que se os ha dicho de algunos medios que son testigos de nuestra verdad, oíd ahora de otros, no de pasado, sino de presente, y tan cercanos de vos, que estén en vuestro mismo corazón, si los queréis recibir; y que tengáis particular conocimiento de ellos, pues lo tenéis de lo que pasa en vuestro corazón. Lo cual va fundado en la palabra que el Señor dijo (*Jn., 7, 17*): *Si alguno quisiere hacer la voluntad de mi Padre, aquel tal conocerá de mi doctrina si es de Dios.* Bendito seas, Señor, que tan fiado estás de la justicia de esta tu causa, que es la verdad de tu doctrina, que dejas la sentencia de ella en manos de quienquiera que sea, amigo o enemigo, con sola esta condición, que el que quisiere ser de ella juez, quiera hacer la voluntad de Dios, que es que el hombre sea virtuoso y se salve.

Cierto es así, que si un hombre que quisiese de verdad ser bueno para con Dios, y para consigo, y para con los prójimos, y quisiese buscar la mejor doctrina que hubiese para lo ser, si a este tal le pusiesen delante todas las Leyes y doctrinas que en el mundo hay,

verdaderas y falsas, a ninguna de las cuales él estuviese aficionado o apasionado, sino que mirase a la sola verdad, este tal, dejadas todas las otras, echaría mano del Evangelio y doctrina cristiana, si la entendiese, como de cosa que le puede encaminar a lo que desea, mejor que otra ninguna. Y como fuere obrando la virtud que desea, irá experimentando la eficacia de esta doctrina, y cuan a propósito es de lo que al ánima cumple, cuan medida viene para remediar sus necesidades, y en cuan breve tiempo y con qué claridad le ayuda a ser virtuoso. De arte, que viniendo este hombre por la misma experiencia de la virtud de esta doctrina, confesará, como dice el Señor, que es *doctrina venida de Dios*; y dirá lo que dijeron unos que oyeron predicar a Jesucristo nuestro Señor (*Jn., 7, 46*): *Nunca tan bien ha hablado hombre en el mundo*. Y si los que no conocen a Cristo por fe oyesen aquella admirable y caritativa voz, que el mismo Señor dijo con grande clamor (*Jn., 7, 38*): *Si alguno ha sed, venga a Mí y beba*; y si quisiesen venir a probar la hartura y experiencia de aquesta doctrina con deseos de ser virtuosos, cierto no quedarían en su ceguedad e infidelidad.

Mas como son amigos de mundo, y no de verdadera y perfecta virtud, ni buscan con cuidado la certidumbre de la verdad y conocimiento de Dios, quédanse sin oírla y sin recibirla. Y aunque la oyesen, no la recibirían algunos, por ser contraria a las cosas que ellos desean. Que por esto dijo el Señor a los fariseos las palabras que ya otra vez hemos dicho (*Jn., 5, 44*): *¿Cómo podéis vosotros creer, pues que buscáis honra unos de otros, y no buscáis la honra que de sólo Dios viene?* Y no sin gran peso dijo San Pablo (1 *Tim., 6, 10*), *que algunos habían perdido la fe, siguiendo la avaricia*. No porque se pierda luego la fe, pecando un hombre en cualquier pecado que sea, si no fuere herejía, mas porque un corazón aficionado a cosas del mundo, y desaficionado de la virtud, como halle en la

doctrina cristiana verdades contrarias a los malos deseos de su corazón, y que condena con tan graves penas lo que él desea hacer, busca poco a poco otras doctrinas que no le den mal sabor, ni le ladren contra los malos deseos y obras. Y así el corazón mal aficionado suele ser causa para cegar el entendimiento, y acabar con él a que deje esta fe que ladra contra la maldad, y siga y crea otras doctrinas con que él esté descansado, y con que viva como desea. **Y pues la voluntad mala es medio para que, quien tiene la fe, algunas veces la pierda, también lo será para no la recibir el que no la tiene.** Porque los unos y los otros tienen fastidio de la perfecta virtud, sin alegar otra causa, sino porque es desabrida o muy buena; y así también tienen fastidio de la verdad de la fe, por ser tan contraria a la maldad que ellos aman.

CAPITULO 36

Que la admirable mudanza de los corazones de los pecadores, y los favores grandes que el Señor hace a los que, siguiéndolo con perfecta virtud, le llaman en sus necesidades, es grande testimonio de la verdad de nuestra fe.

i Cuan mejor librados son los que, con deseo de servir a Dios, han elegido acuesta verdad! Aunque todos los que le sirven gocen, si atentos quisieren estar, de muchos testimonios que la fe tiene en su corazón, mas principalmente gozan de acuesto los que le sirven con aprovechada virtud; muchos de los cuales se vieron primero en estado muy miserable, hechos esclavos de la maldad, y tan aficionados a ella, que parecía estar su corazón transformado en ella, y con tanta determinación a obrar, que por lanzas, como dicen, se metieran por cometerla. Mas estos miserables cautivos, y tan flacos para se libertar de un tirano tan fuerte, unas veces por oír un sermón (Por oír un sermón de San Juan de Ávila se

convirtió a la santidad San Juan de Dios, en Granada; y por otro, San Francisco de Borja) otras por se confesar (Por una confesión que hizo con el mismo San Juan de Ávila se convirtió doña Sancha Carrillo, a quien va dirigido este libro) otras por sola la inspiración de Dios, y otras por otros medios que en la Iglesia católica hay, sintieron dentro de sí una poderosísima mano, que cautivando a quien los tenía cautivos, sacó a ellos del cautiverio de la maldad en que estaban, y les mudó el corazón tan verdaderamente mudado, que muchas veces, en menos tiempo que un mes y que una semana, se han visto más aborrecedores de la maldad, que eran primero amadores de ella, diciendo, de corazón (*Ps., 118, 163*): *Aborrecido he la maldad, y abominádola he, y he amado a tu ley*; y tan de verdad, que están determinados de no cometer un pecado por vida ni muerte, ni tierra ni cielo, ni por cosa criada, como dice San Pablo (*Rom., 8, 38*). ¿Quién hizo acuesta tan maravillosa y tan buena mudanza en tan breve tiempo? ¿Quién sacó agua de peña tan dura? ¿Quién resucitó a, muerto tan miserable, dándole vida tan excelente? No otro, cierto, sino la mano de Dios creído y amado, como en la Iglesia cristiana Católica se cree y se ama; y por medios que la doctrina cristiana tiene y enseña.

Y si este trato así comenzado pasa adelante, como en muchos pasa, que dejadas todas las cosas se emplearon en vacar a su Dios, que *les quebrantó sus cadenas (Ps., 115, 16)*, y comenzaron a caminar por el desierto de la vida espiritual, y *estrecho camino que lleva a la vida (Mt., 7, 14)*, aunque muchas veces se vieron en grandes aprietos y en tempestades tan bravas que, como dice David (*Ps., 106, 27*), *hacen perder el tino y tragan la sabiduría de los que navegan*; mas llamando a su Jesús, que es guía de su camino, y otras veces con recibir el socorro de los Sacramentos, y otras veces con oír o leer palabras de Dios, o con otros medios que en la Iglesia

hay, se hallaron tan maravillosamente favorecidos en la tribulación, que viendo la bonanza del mar de su corazón tan súbita, dicen lo que los Apóstoles (*Mt., 8, 27*): *¿Quién es Acueste, a quien los vientos y mar obedecen? Verdaderamente es el Santo Hijo de Dios.*

San Bernardo cuenta lo que él muchas veces había probado, que Jesús, invocado en verdad, es remedio y medicina contra todas las enfermedades del ánimo. Y lo que este Santo dijo, experimentó y probó, acaeció a otros muchos primeros y postreros que él; entre los cuales San Jerónimo es un testigo digno de toda fe; el cual, como arriba dijimos, cuenta de sí que viéndose en tribulación de su carne, sin hallar remedio en cosa hecha, ni saber ya más qué hacer, lo halló en echarse a los pies de Jesucristo, llamándole con devota oración; y recibió tal bonanza de la tempestad, que le parecía estar entre coros de ángeles. Porque este favor que Dios suele dar, no sólo es cesar la tribulación que el hombre tenía, lo cual suele algunas veces acaecer por divertir el pensamiento a otra parte o por otras causas semejantes a ésta, mas es un favor que Dios da, con que les pone disposición del todo contraria a lo que primero sentían. La cual mudanza y perfecta liberación, y tan súbita, no está en manos del hombre, según lo entenderá quien lo quisiere probar. De fuera viene, de Dios viene, y por medios cristianos viene, y experiencia es de lo que San Pablo dijo (*1 Cor., 1, 24*): *Que Jesucristo crucificado, para los llamados de Dios, es fortaleza de Dios y sabiduría de Dios; porque llamándolo en el día de la tribulación, da luz y fortaleza, para que vencidos los impedimentos, puedan los tales proseguir su camino, cantando en él, como dice David (*Ps., 137, 6*): Grande es la gloria del Señor. Y sintiendo en sí mismo lo que dice el mismo Profeta (*Ps., 55, 10*): En cualquier día que yo te llamare, he conocido que Tú eres mi Dios. Porque el remediarlos presto y poderosamente, les es un gran testimonio y motivo que*

Dios es verdadero Dios, y que tiene de ellos cuidado.

Y no contamos las celestiales visiones y revelaciones que aquéllas por milagros se pueden contar; sino cosas más comunes y de las cuales hay más testimonio.

CAPITULO 37

De los muchos y grandes bienes que Dios obra en el hombre que sigue la perfecta virtud, la cual es grande prueba de ser verdad nuestra fe, pues ella nos enseñó los medios para alcanzar aquellos bienes.

No sólo gozan los que este camino de la perfecta virtud siguen con diligencia, de ser librados por Cristo en los peligros que se les ofrecen, mas también de alcanzar y poseer tales bienes en su ánimo, que se les diga con mucha verdad (*Lc., 17, 21*): *El reino de Dios dentro de vosotros está; el cual, como dice San Pablo (*Rom., 14, 17*), consiste en tener dentro de sí justicia, y paz, y gozo en el Espíritu Santo. Y así están estos tales tan aficionados y amadores de lo justo y bueno, que si las leyes de la virtud se perdiesen de los libros, las hallarían escritas en los corazones de ellos; no porque las sepan de memoria, mas porque el amor determinado de su corazón es aquello mismo que la Ley dice de fuera, por estar ya su voluntad tan transformada en el amor del bien, y obrarlo con tanta presteza y deleite; y seguir lo que su corazón quiere, es seguir la virtud y huir de los vicios, hechos una viva Ley y medida de las obras humanas, según atinaba Aristóteles. Y de aquí les nace una paz y un gozo tan cumplido, cuanto nadie puede entender, sino quien lo prueba, pues que dice Isaías (*48, 18*), *que la paz de estos tales es como río, y como golfos de mar. Y San Pablo dice (*Phil., 4, 7*) que esta paz de Dios sobrepuja a todo sentido. Y San Pedro (*1 Pet., 1, 8*) dice que esta alegría no se puede contar. Maná escondido es (*Apoc., 2, 17*), que se da a**

quien varonilmente se vence, y *no lo sabe sino quien lo recibe.*

¿Pues de dónde diremos que viene esta tan acabada virtud y descanso, que es arra y principio de la eterna felicidad? No, cierto, de parte del demonio. Porque aunque algunas veces, según hemos dicho, el demonio ha aconsejado a algunas personas hacer algún particular bien, para con aquellos consejos acreditarse para después engañar; mas hacer un hombre perfectamente bueno y cumplidor de la Ley natural —la cual no puede negarse ser buena, pues Dios es Autor de naturaleza—; esta tal obra, ni la hace el demonio ni la puede hacer, pues no puede dar la bondad que no tiene. Ni tampoco es obra de sólo el hombre; pues tener virtud, cuánto más *perfecta virtud*, con que a Dios sirva perfectamente, *dádiva es del Padre de las lumbres, del cual descende todo perfecto don (Jac., 1, 17)*. Y el mismo hombre experimenta una y muchas veces verse librado de males de que no podía salir, y favorecido en bienes que él no podía alcanzar. Y pues esta perfecta virtud, ni es del demonio ni del espíritu humano, resta que sea infundida de Dios, invocado y servido como la fe de la Iglesia lo enseña, y que por los medios de la fe experimenta el hombre venirle acuesta virtud, en testimonio que es verdadera; porque de la mentira no pudieran venir conocimientos tan provechosos para la perfecta virtud, y para invocar a Dios que les favoreciese.

De esta prueba usa San Pablo hablando con los Gálatas (3, 2) diciendo: *Solamente quiero que me digáis: El Espíritu Santo que recibisteis, ¿fue por medio de las obras de la Ley, o por medio de la fe?* Como si dijese: Pues predicándoos yo la fe, y no la Ley vieja, y creyendo vosotros y disponiéndoos a ello con la voluntad, recibisteis al Espíritu Santo, ¿por qué ahora os tornáis a la vieja Ley, pues habéis experimentado que sin ella, y

por medio de la fe y de la penitencia, recibiendo el bautismo, alcanzasteis el Espíritu Santo, y su gracia y mercedes? Y así a nuestro propósito, la perfecta virtud que se alcanza por usar bien de la fe y de los otros medios que ella nos enseña, es testimonio que ella es verdadera, pues para tan buena cosa fue medio, y nos enseñó medios. Y así estos tales, tan ricos con los bienes que de Jesucristo les vienen, están tan arrimados a Él y tan ricos con Él, que, cierto, no tienen gana de esperar el Mesías que los Judíos esperan, ni gozar del paraíso que el falso profeta Mahoma promete. Porque como desprecian los deleites bestiales de carne que el falso profeta Mahoma en su paraíso promete, y los otros bienes perecederos de tierra que los judíos con su Mesías esperan, partirán mano de buena gana de lo uno y de lo otro, aunque les rueguen con ello. Y acuérdense que estaba profetizado que en el tiempo del Mesías habían de conocer que el Señor era Dios *cuando quebrantase las cadenas del yugo de los hombros (Esech., 34, 27)*, y que *había de dar Dios corazón nuevo (Ibid., 36, 26)*, y *había de escribir su Ley en las entrañas de los que la recibiesen (Jer., 31, 33)*. Y como tienen conjeturas muy grandes que ellos tienen parte en aquestos bienes, esles testimonio que Cristo es venido. Y así por estos y otros efectos, que no se pueden contar, que tienen dentro de sí, están llenos de gozo y de paz, y asegurados con Jesucristo, que si les dijeren que *está otro Cristo en el desierto o en los umbrales de casa (Mt., 24, 26)*, ni a lejos ni a cerca no le irán a buscar; porque como el verdadero [Cristo] no sea más de uno, y en el que ellos creen hallan las condiciones del verdadero, con la misma fe que aceptan a uno reprobaban los otros.

Y no os digo esto para que penséis que los cristianos eran por estos motivos y experiencias que sienten dentro de sí; que no creen sino por la fe que Dios les infunde, como después se dirá. Mas heos dicho esto para que

entendáis los muchos motivos que tenemos para creer, porque de esta materia hablamos ; y uno de ellos es estas experiencias que los perfectos en su ánimo sienten; las cuales, pues son de cosa que pasa en el corazón, no las habéis de buscar en los libros ni vidas ajenas, mas en vuestra propia conciencia, esforzándoos a la perfecta virtud, para que, según os dije al principio, tengáis testigos cercanos a vos, y conocidos de vos, por estar dentro de vos, y cumpláis lo que la Escritura dice (*Prov., 5, 15*): *Bebe el agua de tu cisterna*. Y veréis tales maravillas dentro de vos, que se os quite la gana de buscar otras fuera de vos.

CAPITULO 38

Que si se pondera la virtud y grandeza de la obra del creer, hallaremos grande testimonio que testifique ser mucha razón que el entendimiento del hombre sirva a Dios con recibir su fe.

Quien tuviese luz para conocer, y peso para pesar la misma obra de este *creer*, no tendría necesidad de buscar otros testigos para la recibir; mas en ella misma hallaría hermosura para la amar y razón para la recibir.

Porque ¿quién hay que no entienda, que es cosa muy justa que la criatura sirva a su Criador con todas sus fuerzas y con todas sus cosas? Y también todos saben, que aunque con todas le debemos este servicio, mas principalmente, pues que Dios es espíritu, el principal servicio que le hemos de hacer es con nuestro espíritu, por la semejanza que tiene con Dios. Y pues en nuestro espíritu hay razón y voluntad, y no se puede negar que el hombre debe servicio a Dios con la voluntad, tampoco se puede negar el servicio del entendimiento; pues que no es razón que el hombre sirva a Dios con las cosas menores que tiene en si mismo, y no le sirva con lo

principal que hay en él, que es su entendimiento y voluntad. Ni es razón, que pues el servicio que la voluntad hace a Dios es obedecerle, se quede el entendimiento sin obedecer a Dios. Y así como la obediencia de la voluntad consiste en negarse a sí mismo por hacer la voluntad de Dios, así el servicio que el entendimiento le ha de hacer es negarse a sí mismo por *creer* al parecer de Dios. Porque si el servicio del entendimiento fuese *pensar* algo o *consentir* algo de lo que él mismo alcanza por su razón, o no tendría este nombre de servicio, o es servicio muy bajo, pues no hay obediencia en él. Y si la hubiese, sería de la voluntad, a la cual mandaba Dios que mandase a su entendimiento pensar en esto o aquello. Mas para que el servicio y obediencia del entendimiento sea suyo propio de él, conviene que consienta en cosa que él por sí mismo no entendía; y entonces verdaderamente se abaja y se niega, y obedece y cautiva, y hace reverencia al sumo Dios, y cumple lo que dice San Pablo (2 *Cor.*, 10, 3): que hemos de *cautivar el entendimiento en servicio de la fe*. Lo cual en otra parte llama *obediencia de fe* (*Rom.*, 1, 5).

Y pues la bondad de Dios pide que le demos *amor*, y su liberalidad pide que *esperemos* más de Él, también pide su Verdad que la *creamos*, pues no hay menor razón en lo uno que en lo otro. Y así como la obediencia que damos a Dios en el amor presupone que neguemos el nuestro, y el arrimo que penemos en Él ha de ser desarrimándonos de nosotros, así la obediencia que le hemos de dar a su Verdad es, quitando nuestro parecer, creer el suyo con mayor firmeza que si nosotros lo entenderíamos. Porque de otra manera, ¿qué habría que agradecer a uno que cree lo que otro dice, no porque el otro lo dice, sino porque él mismo lo entiende? Mas creyendo sin entender, hace obra loable, y que trae consigo dificultad, como quien fía sin prendas, y anda sin báculo, y ama por Dios a su malhechor. Y por eso, si por

Dios se hace, será verdadera virtud, digna que a Dios se ofrezca, y que sea galardonada por Él.

Y pues la voluntad del hombre es dedicada a Dios y santificada, negándose a sí, no se debe quedar el entendimiento como profano, con creerse a sí mismo, sin obediencia de Dios, pues ha de ser en el cielo bienaventurado con verle allá claramente. Porque, como dice San Agustín, «el galardón de la fe es ver»; por lo cual ninguna razón consiente que el entendimiento deje de servir en la tierra; y su propio servicio es *creer*.

CAPITULO 39

En que se responde a la objeción que pueden poner contra nuestra fe, diciendo que enseña Dios cosas muy altas.

Podrá alguno decir, movido por estas razones o por otras, que es cosa justa que crea el hombre lo que no entiende, porque Dios lo dice. Mas que, pudiéndose esto cumplir con creer otras cosas, no hay por qué se crean las que los cristianos creemos.

Mas decidme, i oh hombres ciegos!, ¿ qué tacha halláis en lo que los cristianos creemos? Y si no sabéis decir lo que sentís, yo os lo diré. Parecen os tan altas las cosas altas que de la alteza de Dios creemos, que por altas no las creéis. Y parecen os tan bajas las cosas bajas que de la humildad de Dios creemos, que por eso no las tenéis por dignas de Dios, ni las creéis.

Porque, decidme, en el misterio altísimo de la Santísima Trinidad, ¿qué otra cosa os ofende, sino ser tan incomprendible, que reverberados vuestros ojos intelectuales con el abismo de aquella infinita Luz y alteza de tal misterio, cerráis los ojos, y con decir:

¿cómo puede ser esto?, dejáis de creer, siendo cosa conforme a toda razón que sintamos del Altísimo altísimamente, y que le atribuyamos el más alto Ser y mejor Ser que nuestro entendimiento pudiere alcanzar? Y cuando hubiéremos alcanzado de Él cosas muy altas, hemos de creer que aun hay en Él cosas mayores, y que del todo exceden a nuestro entender. Esto es honrar a Dios y tenerle por Dios y por grande. Porque si nuestro entendimiento pudiera entender toda el alteza de Dios, fuera chico Dios; y por eso no fuera Dios, pues no lo puede ser si no fuera infinito, y lo infinito, incomprendible es de la cosa *finita*.

Y pues es mejor que en Dios haya comunicación suma—pues a la suma Bondad conviene suma comunicación—, y si ésta ha de haber, ha de ser comunicando su misma y total esencia, y así habrá en Dios suma fecundidad, como a Dios conviene, y no esterilidad, que es cosa muy ajena de Él, según dice por Isaías (66, 9): *Yo que doy fuerza a los otros para engendrar, ¿por ventura quedaréme estéril?*

Y aunque, con criar ángeles y hombres y el universo, se comunica Dios haciendo mercedes, mas ni ésta es fecundidad ni comunicación de bien infinito —porque no les da Él su esencia, sino dales el ser y virtud que ellos tienen—, ni dejara Dios de ser Dios solitario, por muchas criaturas que le acompañaran, pues de ellas a Él hay distancia infinita; así como tampoco dejará de ser Adán solitario, por muchas bestias y otras criaturas que en el mundo había, aunque las tuviera muy cercanas a sí. Y porque el hombre no estuviese solo, le dio Dios compañera que tuviese semejanza e igualdad con él. Y así no es Dios solitario, pues en la unidad de la esencia hay tres Personas divinas: ni es estéril ni avariento, pues hay comunicación de deidad infinita.

Y porque vosotros no entendáis cómo es acuesto, no debéis dejar de creerlo, pues que por ser tan alto, tiene rastro y olor de ser cosa de Dios. Y por ser mejor ser esto así, que no no ser así, por eso es cosa que conviene que la tenga Dios, y que así lo creamos nosotros, pues de Dios debemos sentir conforme a Dios, que es cuanto más alto pudiéremos.

CAPITULO 40

En que se responde a los que ponen por objeción para no recibir nuestra fe, que enseña de Dios cosas muy humildes o bajas; y cómo en estas cosas humildes que de Dios enseña está altísima gloria.

Ni tampoco hay razón para tropezar en la humildad que tomó el altísimo Dios, abajándose a ser hombre y vivir en pobreza y morir en cruz; porque estas obras, no sólo no son indignas de Dios, mas son mucho dignas, si son entendidas.

Porque si el abajarse fuera a más no poder, o si por abajarse perdiera su alteza que primero tenía, o si le moviera algún propio interés, hubiera alguna sospecha de la tal obra. Mas ni dejó de ser quien era por tomar lo que no era, ni vino forzado del cielo a la tierra, ni le movió propio provecho, pues no puede Dios crecer en riquezas; mas movióle su sola bondad y amor de los hombres, y quererlos remediar por el modo que más glorioso fuese a Él, y más provechoso para nosotros.

Y tal es el modo que tomó haciéndose hombre y muriendo en la cruz. Porque no hay mayor señal de amor, que morir un hombre por sus amigos. Y aun el Señor murió por sus enemigos, por hacerlos amigos. El cual amor tan excelente no nació de que ellos lo mereciesen, mas de su excelente bondad. Y así su bajeza y muerte no

arguyen en él falta de poder o saber; pues, por ser omnipotente y todo sabio, nos pudiera remediar por otros muchos modos sin éste; mas arguye en Él grandísimo exceso de bondad y de amor; y tanto mayor, cuanto Dios, que ama y padece, es mayor; y lo que padece, más grave y penoso; y aquellos por quien padece, más indignos y bajos. Y pues en amar, y a tales, se manifiesta su excelente bondad, alteza grande se debe decir esta obra, pues en lo espiritual todo es uno, bueno y alto; y mientras más bueno, más alto y más grande. Y pues que la mayor honra que podemos dar a uno es tenerlo por bueno, más que por fuerte o por sabio, pues ninguno hay que honra desee, que así no la quiera; claro es que, pues estas obras manifiestan su bondad y amor más que todas las otras, éstas le dan más honra y mejor que todas las otras. Y si parecía a los ignorantes que el abajarse Dios quitaba honra a su alteza, debe parecer a los sabios, que se le acrecienta la honra de su bondad, y por consiguiente de su alteza y grandeza; y así ni la pierde de uno ni otro.

Y no sólo resplandece en estas obras su bondad más que en las otras, mas también la sabiduría y poder, y otras maravillas grandísimas. Porque entre todas las obras que en tiempo Dios ha hecho y hará, otra no la hay igual y maravillosa, ni tan gran milagro como hacerse Dios hombre, y después padecer por los hombres. Y quien esto no cree, la mayor honra le quita a Dios—cuanto es de su parte—que le puede quitar, aunque le quitase toda la que tiene por todas las otras obras que en tiempo ha hecho, o ha de hacer. Mirad bien en ello, y veréis cómo resplandece la omnipotencia de Dios y su sabiduría, en juntar dos tan distantes extremos, como son Dios y hombre, en unidad de persona. Y mirad cómo se declara más su poder en pelear y vencer a nuestros pecados y muerte con armas de nuestra flaqueza, que si venciera con las propias de su omnipotencia, como arriba se dijo

(Cap. 22) hablando contra la desesperación. Y mirad cómo cuando se estaba Dios en su alteza tenía un pueblo pequeño que le conociese, y casi cada día se le iba a adorar dioses ajenos; y aun el tiempo que esto no hacia servía a su Dios con grandes flaquezas. Mas abajándose Dios a ser hombre y morir, hizo tanta impresión en los hombres, que los altos se abajaron, y los flacos se hicieron fuertes, y los malos buenos; y finalmente, hubo tanta mudanza en el mundo, así en quitar la idolatría, como en la renovación de costumbres, que se vio claramente el cumplimiento de aquella palabra que dijo el mismo Señor (*Jn., 12, 32*): *Si Yo fuere alzado de la tierra, puesto en cruz, todo lo traeré a Mí mismo.* Y así parece que alcanzó victoria de corazones humanos con la bajeza, flaqueza y tormentos y muerte, la cual no alcanzó estándose en la alteza de su Majestad. Y así se cumplió lo que dijo San Pablo (*1 Cor., 1, 25*): *Que lo flaco de Dios, es más fuerte que los hombres.* Y así parece claro, que no sólo gana Dios honra de bueno, mas de sabio y poderoso en tomar nuestra bajeza, y con ella obrar lo que en su alteza no obró.

Por lo cual dice San Pablo (*Rom., 1, 16*): *Que no se avergüenza de predicar el Evangelio, pues es virtud de Dios para salvar a los hombres.* Porque aunque se cuenten de Dios: humanidad, hambre y deshonras, tormentos y muerte; mas no hay por qué de esto se avergüence el cristiano, pues por medio de acuestas cosas obró Dios vencimiento de cosas tan fuertes como eran muerte y pecado, e hizo que el hombre alcanzase la gracia de Dios y su reino, que son las mayores cosas que al hombre podían venir; con lo cuál gana Dios más honra, que en haber criado los cielos y tierra y cuanto hay en ella. Y por esto se llama esta obra por excelencia *obra de Dios*, como el Señor dijo (*Jn., 4, 34*): *Este es mi manjar, hacer la voluntad de mi Padre en acabar Yo su obra, que es la redención de los hombres.* No porque Dios no haya

hecho otras obras, mas porque la encarnación, y redención, que de ella se sigue, es la mayor obra de todas, y de la cual Él más se precia, como de cosa que más honra le da. Porque aunque de azotar a Egipto, por amor de su pueblo, y de sacarlo y guiarlo por el desierto ganase Dios honra, como dice Isaías (63, 12), mas ya vos veis cuál es mayor hazaña de amor, azotar Dios a los enemigos por amor de su pueblo, o dejarse Dios en su carne azotar por amor de los suyos y de los extraños, de amigos y de enemigos. Una cosa es llevar Dios a los suyos por el desierto, *a semejanza de águila que enseña a volar a sus hijos, y los toma en sus hombros (Deut., 32, 11)*, cuando se cansan, para que ellos descansen, no cansándose Dios; y otra cosa es llevar encima los hombros una pesada cruz, que se los desollaba, y todos los pecados del mundo, que *como una pesada viga de lagar (Isai., 63, 2)* le apretaron, hasta quitarle la vida en la cruz, porque los hombres descansen. ¿Quién hay que esto no vea ser excelentísima hazaña de amor y amor nunca visto, que le da a Dios mayor honra que lo pasado? Porque aquello, cosa es común, y poco amor basta para lo hacer; mas esto es cosa de pocos, y a duras penas se hallará en la tierra quien sufra ser azotado públicamente o morir por algún bueno y amigo, y si esto se hallase, no se puede comparar con lo que el Señor amó y sufrió, porque no tiene igual. Ni es mucho de maravillar que un león obre como león; mas que padezca como cordero, y siendo la causa el amor, eso es maravillosa hazaña, y digna de honra perpetua. Y pues en tiempo pasado dijeron (*Ex., 15, 1*): *Cantemos al Señor, porque gloriosamente ha sido engrandecido*, digamos nosotros con profundo agradecimiento: *Cantemos al Señor, que humildemente ha sido engrandecido*; pues entonces, ni se abajaba Dios, ni trabajaba en el descanso que daba, ni se empobrecía aunque daba riquezas; mas acá empobrecióse, sudó y *abajóse hasta la muerte, y muerte de cruz (Phil., 2, 8)*, por levantar del pecado a los suyos y

llevarlos al cielo; y salió con ello, y cumpliósese, lo que dijo Isaías (55, 13): *Que por el pequeño sauce crecerá la haya; y por la ortiga crecerá el arrayán; y será el Señor nombrado en eterna señal, la cual nunca será quitada.* Porque la honra que Dios ganó de ponerse *en señal---*que es la cruz—, y en ella morir, y hacer de los malos buenos, durará para siempre, sin ser parte nadie para lo estorbar,

CAPITULO 41

Que no sólo resplandece la gloria del Señor en las cosas humildes que la fe nos enseña de Dios, mas también nuestro grande provecho, valor y virtud.

No sólo resplandece en las obras de la humanidad y humildad de Dios por excelente modo su honra, mas también resulta de ellas muy gran provecho y precio del hombre. Porque ninguna cosa hay que tanto le ensalce, como haberse Dios hermanado con él; ni cosa que tanto le esfuerce el corazón contra los desmayos que el pecado le causa, como ver que Dios murió por su remedio y le fue dado por suyo. Ni hay cosa que así le mueva a amar a Dios, como verse amado de Él hasta la muerte; ni a despreciar las prosperidades, ni a sufrir las adversidades, ni a humillarse a Dios y a su prójimo, ni a cosa buena, chica ni grande, como ver a Dios abajado y humanado, y que pasó Él por estas cosas, dándole mandamientos que siga, y ejemplos que mire, y esfuerzo con que los cumpla.

Y pues este modo de remediarnos por humildad y bajeza está mejor a gloria de Dios y al bien de los hombres, señal es que ésta es obra de Dios; pues en lo que Dios obra, pretende la manifestación de su gloria y el provecho de los hombres. Por tanto, el que quiere que esta obra no sea, o la niega, enemigo es de Dios y de

todos los hombres, pues le quiere privar a Él de la mayor honra que por sus obras le puede venir, y a los hombres de la mayor honra y provecho que se puede pensar. **Y pues se declara enemigo del Criador y de las criaturas, Justamente se le debe castigo y muerte de infierno.**

Y la causa que él puede dar, siendo preguntado de Dios: «¿Por qué no creíste las cosas altas de Mi?», será ésta: Porque me parecieron, Señor, tan altas, que no creí ser Vos tan alto. Y preguntado: ¿por qué no creyó las cosas de su humanidad y humildad, pues fueron testimonio de su bondad y de su amor?, responderá que no pensó que la bondad y amor del Señor eran tan grandes, que bastasen a hacer y padecer tanto por amor de los hombres. De manera, que en lo alto y en lo bajo tropieza; y la raíz de ello es por sentir bajamente de Dios y tenerlo por de tasada alteza y bondad; **la cual raíz y lo que de ella procede, con razón arderá en el infierno, pues es injuriosa al altísimo Dios, y lo quiere apocar y tasar.**

Cuánto mejor respuesta tendrá quien dijere: Creí, Señor, de vuestra alteza y de vuestra bondad todo cuanto más pude, porque os tengo por Señor infinito en todas las cosas. Ni plega a Vos que me parezcan a mí mal vuestras obras porque tienen exceso de bondad y de amor para mí; como lo hace la infidelidad, que otra tacha no os halla, sino ser muy bueno y muy amoroso; siendo razón que por todo esto se llegase a Vos y os tomase por Dios; pues cada uno quiere más, señor que le sea padre amoroso y perdonador, que riguroso juez que le haga temblar con rigurosos castigos. Y si en las manos del hombre fuera puesto el modo de tratar Dios con nosotros, y de remediar nuestros males, no había de escoger otro sino este que Dios escogió, a Él más honroso, y al hombre más provechoso, y lleno de toda dulzura.

CAPITULO 42

En que se prueba ser la verdad de nuestra fe infalible, así por parte de los que la predicaron, como de aquellos que la recibieron, y del modo con que fue recibida.

Añadamos a lo ya dicho cómo esta fe y creencia fue recibida en el mundo, no por fuerza de armas, ni favores humanos, ni humana sabiduría; sino que la verdad de Dios peleó a solas por medio de unos pocos pescadores, y sin letras, y desfavorecidos, contra emperadores y contra sacerdotes, y contra toda la sabiduría de hombres. Y salió tan vencedora, que les hizo dejar su antigua y falsa creencia, y que creyesen una verdad tan sobre razón, y tan de corazón creída, que haber tal firmeza de crédito en cosas tan altas es una grande maravilla de Dios; y que los mismos que mataban primero a quien las creía se dejasen después matar por la verdad de ellas, y con mayor esfuerzo y amor, que primero las descreían y perseguían.

Y fuéles predicada una Ley y mandamientos purísimos, tan a pospelo de la inclinación de sus corazones, que no se pueden pensar cosas que mayor contradicción tengan entre sí, que Ley de Evangelio y la inclinación que tiene el hombre a pecar, como dice San Pablo (*Rom., 7, 14*): *La Ley espiritual es; mas yo soy carnal, vendido debajo del pecado.* Y con todo esto fue esta Ley recibida, y con la misma virtud de Jesucristo fueron los corazones y obras tan renovados para la cumplir, que manifiestamente pareció que Aquel mismo era el que en toda virtud criaba de nuevo a estos hombres, que primero los había criado en el ser natural.

Y si esto se predicara entre la gente bestial de Arabia, donde Mahoma predicó su mentira, o entre otras

gentes semejables a ella y fácil de ser engañada, cual la buscan los que traen mentira, pudiérase tener de la creencia de éstos alguna sospecha. Mas ¿qué diremos, que fue predicada esta verdad en Judea, donde estaba el conocimiento de Dios y su divina Escritura; y en Grecia, donde estaba lo supremo de la humana sabiduría; y en Roma, donde estaba el imperio y regimiento del mundo? Y en todas estas partes, aunque fue perseguida, mas en fin fue creída, y verificado (sacado verdadero) el título triunfal de la cruz, que *fue escrito en lengua hebrea, griega y latina*, para dar a entender que en estas lenguas, que eran las principales del mundo, había de ser Cristo confesado por Rey. Pues si éstos creyeron con tener motivos bastantes, razón es que los sigamos nosotros; y si no los tuvieron, dase muy claro a entender que creyeron por lumbre de Dios; pues siendo gente tan avisada, y tan amiga de su antigua creencia, y tan fuerte en humano poder, no se pudiera plantar tan alta planta de fe, y tan profundamente plantada, y en gente tan contraria a esta verdad, si no entendiera en ello la poderosa mano de Dios. Mirando lo cual, dice San Agustín, que el que viendo que el mundo ha creído, él no cree o pide milagros de nuevo para creer, él mismo es prodigio o milagro espantable, pues no quiere seguir lo que tantos, tan altos, tan sabios, abrazaron, y con mucha firmeza.

Muy justa causa tenemos en esto los que por la gracia de Dios somos cristianos, pues que, desde que el mundo es mundo, nunca en él ha parecido hombre de tal doctrina y de tan heroica virtud, y de hechos tan maravillosos y milagros, como Jesucristo nuestro Señor, el cual predicó ser el Dios verdadero, y lo probó con escritura divina y con muchedumbre de milagros, y con testimonio de San Juan Bautista, testigo abonado con todos. Y lo mismo se ha predicado y probado con muchedumbre de milagros en la Iglesia cristiana. Y no ha

aparecido tal fe, que así honre a Dios como la suya, ni tal Ley que así lo enseñe a servir como el Evangelio; el cual si alguno bien entendiese, otro motivo no habría menester para creer. Ni tampoco han aparecido en el mundo varones de tal santidad como los del pueblo cristiano; **ni se han predicado tan grandes y altos galardones para los que siguen virtud, ni tan espantables amenazas contra los malos, en testimonio de que nuestro Dios es muy amigo de la bondad y enemigo de la maldad.** Ni se han hecho en el mundo tantos y tales milagros en confirmación de alguna cosa, como los que se han hecho en confirmación de esta fe; la cual, si verdadera no fuera, muy injuriosa fuera a la honra del verdadero Dios, pues que atribuye a un hombre igualdad y unidad de esencia con el mismo Dios. Ni la hubiera dejado durar tanto número de años; ni hubiera tan reciamente castigado al pueblo de los judíos, que al tal hombre crucificó. Ni hubiera hecho tantos y tales milagros en prueba de esta creencia, que podemos decir a Dios con razón, como dice Ricardo, que si estamos engañados en lo que creemos, Dios nos engañó; pues tiene esta verdad tanta luz de su parte, y se han hecho tales cosas y milagros en confirmación de ella, que otro, si Dios no, no las pudiera hacer. Mas como está lejos de Dios ser engañador, está lejos de nosotros ser en esto engañados. ¡ Gloria sea a Dios para siempre!

CAPITULO 43

Que es tanta la grandeza de nuestra fe, que ninguno de los motivos dichos, ni otros que se pueden decir, bastan a que un hombre crea con esta divina fe, sin que el Señor de para creer su particular favor.

Hasta aquí habéis oído algunas de las razones que hay para atinar a que la fe católica es verdadera, y para dar cuenta a quien la pidiese de cómo no somos livianos

en el creer, pues tenemos más motivos que ninguna gente del mundo.

Mas con esto, creed que es tanta la alteza de la fe cristiana, que aunque un hombre tuviese estos y otros motivos que se pueden decir, aunque entrase entre ellos el ver con sus propios ojos de carne milagros hechos en confirmación de la fe, no puede el tal hombre ser poderoso de creer con sus propias fuerzas, como el cristiano cree y Dios le manda creer. Porque así como sólo Dios por su Iglesia declara lo que se ha de creer, así Él sólo puede dar fuerzas para lo creer. Porque esta enseñanza a Dios tiene por Maestro interior, infundiendo la fe en el entendimiento, con que el nombre es enseñado y fortificado para esta creencia, según dice Cristo (*Jn., 6, 45*), *que está escrito en los Profetas (Isai., 54, 13), que todos serán enseñados de Dios. Y el mismo Señor, Habiéndole San Pedro confesado por verdadero Hijo de Dios y por Mesías prometido en la Ley, dándole a entender, que no a sus fuerzas, sino al don de Dios había de agradecer la tal fe y confesión, le dijo (Mt., 16, 17): bienaventurado eres, Simón, hijo de Joná, porque no te descubrió acuestas cosas la carne y la sangre, mas mi Padre que está en los cielos. Y en otra parte dice (Jn., 6, 45): Todo aquel que oyó y aprendió de mi Padre, viene a Mí. Soberana escuela es acuesta, donde Dios Padre es el que enseña, y la doctrina que enseña es la fe de Jesucristo su Hijo, y que vayan a Él con pasos de fe y de amor.*

Esta fe no está arrimada a razones ni motivos, cualesquiera que se puedan traer; porque quien por aquéllos cree, no cree de tal manera, que su entendimiento quede persuadido, sin quedarle alguna duda o escrúpulo. Mas la fe que Dios infunde está arrimada a la Verdad divinal, y hace creer con mayor firmeza que si lo viese con sus propios ojos, y tocase con

sus propias manos, y con mayor certidumbre que la que tiene de que cuatro son más que tres, o de otra cosa de éstas, que las ve el entendimiento con tanta claridad, que ni tiene escrúpulo, ni las puede dudar aunque quiera. Y entonces dice el tal hombre a todos los motivos que tenía para creer, lo que dijeron los de Samaría a la samaritana: *ya no creemos por lo que tú nos dijiste, porque nosotros mismos hemos visto y sabido que éste es el Salvador del mundo.* Y aunque dicen *hemos sabido*, no entendáis que los que creen tienen aquella claridad de evidencia a que llamaron los filósofos *ciencia*. Porque, según arriba se ha dicho, ni puede él entendimiento alcanzar con su propia razón a tener esta claridad de las cosas de la fe, ni la fe es tener evidencia, porque no sería fe ni habría merecimiento. *Vista* se llama la fe que está en el entendimiento; mas porque no es con esta claridad de evidencia, dice San Pablo (1 *Cor.*, 13, 12) *que vemos ahora por espejo, y después en el cielo veremos faz a faz.* Mas dicen los samaritanos que *saben* que Cristo es *Salvador del mundo*, para dar a entender que lo creen con tanta firmeza, como lo que más claramente se sabe, y aun con mucha mayor. Porque como—según hemos dicho—el que tiene la fe infusa de Dios, cree porque lo dice la Verdad de Dios; y como esta Verdad sea infinita y más cierta que todas las otras verdades—pues de la, participación de ésta reciben firmeza todas las otras—, está el tal creyente tan cierto que no puede ser engañado en lo que cree, como está cierto que no puede Dios dejar de ser verdadero. La cual certidumbre excede a cualquiera otra, que por cualquier vía se puede tener; y hace al hombre estar tan descansado en aquesta parte, que ni por pensamiento le pasa cosa contra la fe; o si le pasa, es tan de paso, que poca pena le da. Y si con escrúpulos o falsos pensamientos es combatido, mas en lo interior de su entendimiento muy firme y reposado está, por estar su creer edificado sobre piedra finísima, que es la misma suma Verdad, a la cual él cree por sí

misma y no por otros motivos. Y por eso ni vientos, ni aguas, ni ríos, no la podrán derribar.

Y si os maravilláredes de que en un entendimiento de hombre, que tan vario es en sus pareceres y tan mudable, y que con tan poca firmeza asienta en las cosas de la razón, hay tan gran certidumbre y sosegada firmeza, que ni por argumentos, ni por tormentos, ni por ver a otros perder la fe, ni por cosa alta ni baja, él se mueva de lo que cree; digoos que os basta esto para entender que este negocio y edificio no es cosa de nuestras fuerzas, pues ellas no alcanzan a tanto. *Don de Dios es*, como dice San Pablo (*Ephes., 2, 8*), y no heredado, ni merecido, ni alcanzado por fuerzas humanas; porque nadie se gloríe en sí mismo de lo tener, mas sean fieles en conocer que es merced de Dios, dada por Jesucristo su Hijo, como dice San Pedro (*1 Petr., 1, 21*): *Fuisteis fieles por Él*. No os maravilléis, pues, de que sobre la miserable arena del humano entendimiento haya edificio de tanta firmeza, pues que dice el Señor (*Jn., 6, 29*): *Esta es la obra de Dios, que creáis en Aquel que Él envió*. De manera, que como Dios lleva al hombre a fin sobrenatural, que es a verle claramente en el cielo, así no se contentó con que el hombre creyese como hombre, a fuerza de motivos, ni milagros, ni razones, mas levantándolo sobre sí mismo, dándole fuerzas sobrenaturales con que creyese, no con miedo ni escrúpulo como hombre, sino con certidumbre y seguridad, como conviene a las cosas de Dios. Y de ésta [fe] se entiende (*1 Cor., 12, 3*), que *ninguno puede llamar a Jesús Señor sino en el Espíritu Santo*. Que aunque no sea necesario estar en gracia de Espíritu Santo para creer, según adelante se dirá, mas no se puede hacer sin inspiración del Espíritu Santo; porque de estas tales obras o gracias, que llaman *gratis datas*, va allí hablando el Apóstol San Pablo.

Esta es la fe, que inclina al entendimiento a creer a la Suma Verdad en lo que la fe católica dice, como la voluntad es inclinada con el amor a amar el Bien Sumo. Y así como la punta de la aguja del marear es llevada con la fuerza del Norte a estar en derecho de él, así Dios mueve al entendimiento, con la fe que le infunde, a que vaya a Él con crédito firme, sosegado y lleno de satisfacción. Y cuando es perfecta esta fe trae consigo una lumbre, con que, aunque no vea lo que cree, mas ve cuan creíbles cosas son las de Dios. Y no sólo no siente pena en el creer, mas muy gran deleite; como lo suele hacer la perfecta virtud, que obra con facilidad, y firmeza y delectación.

Esta es la fe, que con mucha razón debe serpreciada y honrada, pues con ella honramos a Dios, como dice San Pablo que hizo Abraham (*Rom., 4, 20*), *dándole a Dios honra de tan poderoso, que puede hacer todo lo que le dice*. Y por aquí entendido que la fe es honra de Dios, pues cree y predica las infinitas perfecciones que tiene. Y que ésta es la fe que, como torre, edificó Dios en nuestra ánima, para que subidos en ella, veamos, aunque *en espejo*, lo que hay en el cielo y en el infierno, lo que acaeció al principio del mundo, y lo que en el fin de él acaecerá. Y por escondida que sea la cosa, no se puede esconder a los ojos de la fe; como parece en aquel buen ladrón, que viendo en Cristo crucificado tanto desprecio y bajeza exterior, entró con la fe en lo escondido, y conociólo por Señor del cielo, y por tal lo confesó con grande humildad y firmeza.

Con esta fe creemos que es Escritura y palabra divina la que la Iglesia nos declara por tal; y aunque es hablada por boca de hombres, la tenemos por palabra de Dios. Y por esto no menos creemos al evangelista o profeta que escribió lo que no vio, que al que escribió lo que vio; porque no mira esta fe al testimonio humano,

que estriba en medios humanos, mas en que Dios inspira al tal profeta o evangelista para escribir la verdad, y que asiste Dios con él, para que no pueda ser engañado en lo que así escribe. Cierto es, que aunque San Pedro oyó con sus orejas la voz del Padre que sonó en el monte Tabor (2 *Petr.*, 1, 17): *Este es mi Hijo muy amado*, y vio con sus ojos a Jesucristo resplandecer como el sol; si no mirásemos sino que como hombre da testimonio de lo que vio y oyó, *más firmeza y certidumbre tiene la Escritura o habla de los profetas (loc. cit., 19)*, que dieron testimonio de ser Jesucristo Hijo de Dios, aunque ni lo vieron ni oyeron con ojos ni orejas de cuerpo, que no lo que San Pedro dijo por lo que vio y oyó. Mas como la carta de San Pedro, donde esto está escrito, es declarada por la Iglesia ser divina Escritura, y por consiguiente ser palabra de Dios lo que en ella San Pedro dijo, está claro que Dios asistió con él para que aquello dijese, y asistió con él para que ni en lo que vio y oyó en el monte Tabor se engañase, ni en lo que escribió cuando contó lo que allí habían pasado. Y de esta manera la palabra de los profetas *no es más firme ni cierta*; porque ellos y él hablaron por un mismo Espíritu Santo, que es una misma Verdad.

Esta fe *habitual* infunde Dios a los niños cuando se bautizan; y a los grandes que no la tienen, cuando se disponen, *habitual y actual*. Porque El que *quiere que todos se salven y vengan a conocimiento de esta verdad* (1 *Tim.*, 2, 4), pues *sin ella no pueden agradar a Dios* (*Hebr.*, 11, 6) ni salvarse, no la deja de dar a nadie, si por él no queda.

CAPITULO 44

Que se deben al Señor muchas gracias por el don de la fe; y que de tal manera habernos de usar de ella para lo que fue dada, que no le atribuyamos lo que no tiene; y cuál es lo uno y lo otro.

Mucha razón es, doncella de Cristo, que todos los que somos cristianos agradezcamos muy de corazón al Señor, que graciosamente nos hizo merced de esta fe, con que lo fuésemos. Y ni es razón que se nos pase día sin confesar esta fe, diciendo el Credo, a lo menos dos veces, mañana y noche, ni sin dar gracias al que nos hizo merced de dar esta fe. La cual debemos procurar tener guardada en su pureza y limpieza, como cosa en que mucho nos va, mirando para qué nos es dada, porque ni faltemos de usar de ella para lo que es, ni le atribuyamos lo que no tiene. Para creer lo que Dios manda creer nos es dada; y para que nos sea lumbre de conocimiento, que nos ayude a mover la voluntad para que ame a su Dios y guarde sus mandamientos, con lo cual el hombre se salve.

Mas si alguno quisiere atribuir a esta fe, que por sola, ella se alcanza la justicia y perdón de pecados, errará gravemente, como lo han hecho los que lo han afirmado (Entra el autor a refutar el error de Martín Lucero, que atribuía la justificación a sola la fe). Porque, según arriba se ha dicho por autoridad de San Pablo (1 *Cor.*, 12, 3), *ninguno puede decir que Jesús es Señor, sino por inspiración del Espíritu Santo*; en lo cual se entiende que la misma inspiración se requiere para creer todos los otros misterios de nuestra fe. Y sabemos que dijo el Señor a algunos de los que le oían (*Le*, 6, 46): *¿Para qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis las cosas que os digo?* Y pues llamando a Jesús *Señor* tenían fe inspirada, como dice San Pablo (*loc. cit.*), y no haciendo lo que el Señor mandaba no estaban en gracia, claramente se sigue que puede un hombre tener fe, sin tener gracia. Lo cual afirma en otra parte San Pablo (1 *Cor.*, 13, 2), donde dice: *Que si un hombre tuviere don de hablar lenguas, y si supiere y tuviere toda la ciencia, y la profecía, y toda la fe, aunque pase los montes de una parte a otra, y estuviere sin caridad, ninguna cosa es.* Y pues está cierto

que el don de lenguas y lo demás que allí cuenta se compadecen con estar en pecado mortal, no hay por qué nadie quiera casar la caridad con la fe, para que no pueda estar la fe sin la caridad (N.B. la fe puede estar muerta sin caridad), aunque ésta no pueda estar sin la otra.

Palabra es de la divina Escritura que por *la fe se da la justicia*; mas que por *sola la fe*, invención humana es, y error muy necio y perverso, del cual el Señor nos avisó cuando dijo a la Magdalena (Lc., 7, 47): *Perdonados le son muchos pecados, porque amó mucho*; que son palabras tan claras para dar testimonio que se requiere *el amor*, cuan claras las hay en toda la Escritura para que se requiera *la fe*, y que no sólo ha de haber en la justificación del pecador amor. Mas porque el amor es causa y disposición para el perdón, como lo es la fe, entrambas cosas andan juntas, y de entrambas hizo el Señor mención en el negocio de la Magdalena, pues al cabo de la habla dijo (*loc. cit.*, 50): *Tu fe te hizo salva; ve en paz.*

Ni en lo que el Señor dijo: *Muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho*, quiso decir *porque creyó mucho*, llamando al *efecto* por nombre de *causa*; pues está claro, que habiendo el Señor preguntado que cuál de los deudores *amaría* más a su perdonador, aquel a quien soltaba mas o a quien menos, había de concluir su razón con hablar *de amor*, y no con hablar *de creer*. Y si vale tomar licencia para decir que al amor llama fe, tomando al *efecto* por nombre de su *causa*, tomarla hemos nosotros para decir que en los lugares de la Escritura en que se dice *que por la fe es el hombre justificado*, se entiende *el amor* por nombre de fe, entendiendo en la *causa* el *efecto*; pues tan usado modo es de hablar y tan razonable llamar al efecto por nombre de, causa, como a la causa por nombre de efecto.

Claro habló aquí el Señor, si no quiere alguno cegarse en su luz; y *fe* y *amor* llamó por sus nombres; y entrambas se requieren para justificar, según hemos dicho. Y la misma junta afirma el Señor, diciendo a sus discípulos (*Jn., 16, 27*): *El mismo Padre os ama, porque vosotros me amasteis a Mí, y creísteis que Yo salí de Él.*

Y pues *fe* y *amor* se requieren, cierto habrá *dolor de pecados*, pues no dejarán de dolerle las ofensas graves que ha hecho contra Dios al que le ama sobre todas las cosas, como parece en la Magdalena y en los pecadores que se convierten a Dios.

Y porque estas cosas se requieren, y otras que de ellas se siguen, para alcanzar la justicia, por eso la Escritura divina unas veces nombra la fe, otras el amor, otras el gemido y el dolor de la penitencia, otras la oración humilde del penitente, que dice: *¡Señor, sé manso a mí, pecador!* (*Lc., 1.8, 13*); otras el conocimiento del pecado. *¡Pequé al Señor!* dijo David (*2 Reg., 12, 13*); y luego oyó la palabra del perdón de parte de Dios. Mas quien, movido por esto, dijese que por solo *el conocimiento del pecado* se perdona el pecado, no erraría poco, pues lo conocieron Caín y Judas, y muchos otros, y Saúl entre ellos, y no alcanzaron perdón. Y tan sin fundamento sería decir que por *sola la fe* se alcanza, porque la Escritura en algunas partes no haga mención sino de ella. Porque por esta razón, podríamos echar fuera del negocio a la fe, pues en otras partes habla la Escritura que se perdonan los pecados—sin hacer mención de la fe—por *la penitencia* o por otras cosas. Mas la verdad católica es que se requieren unas y otras, como disposiciones para alcanzar el perdón y la gracia.

Y si a alguno parece que se nombra muchas veces la fe, atribuyéndole la justicia, y que por la fe somos hechos hijos de Dios y participantes de los merecimientos

de Jesucristo, y semejantes efectos que convienen a la gracia y caridad, no es porque la fe sola para esto baste, mas porque el sentido de la Escritura, cuando le atribuye aquellos efectos, es entender de *la fe formada con la caridad*, que es vida de ella.

Ni tampoco atribuye estos efectos a la fe, porque, teniendo a ella, necesariamente se tenga el amor, pues que, según se ha dicho, puede quedar fe verdadera, perdiendo la gracia y *amor*, el cual como dice San Pablo (1 *Cor.*, 13, 13), es *mayor que la fe y que la esperanza*. Y cuando el Señor habló de la fe y el amor, así en el negocio de la Magdalena, como en el que dijimos de sus discípulos, nombró primero al amor que a la fe, dándole el primer lugar en la perfección al que es acto de la voluntad, que en cierta manera es postrero, cotejado con el acto del entendimiento, al cual pertenece la fe.

Y también se ha de mirar, que aunque los Sacramentos del bautismo y de la penitencia sea necesario recibirlos, o tener propósito de los recibir, para alcanzar la gracia perdida, el uno para los infieles, y el otro para los fieles que después del bautismo han cometido pecado mortal, mas no se habla en la Escritura tantas veces de ellos como de la fe, por lo que luego diremos; mas tampoco se deja de hacer mención de ellos, porque nadie pensase no ser necesarios para alcanzar la justicia. San Pablo dice (*Tim.*, 3, 5), *que por el bautismo de la regeneración y renovación del Espíritu Santo nos hizo Dios salvos*; y (*Ephes.*, 5, 26) *que Cristo limpió a su Iglesia con el bautismo de agua, en palabra de vida*. Y si, por decir la Escritura que somos justificados por la fe, se hubiesen de echar fuera los Sacramentos, también se podría echar fuera la fe, pues dice que se *da la salud y limpieza por el santo bautismo*. Mas el Señor entrambas cosas junta diciendo (*Mc.*, 16, 16): *Quien creyere y fuere bautizado, aquél será salvo*.

Item, el mismo Señor dijo a sus Apóstoles cuando instituyó el Sacramento de la penitencia (*Jn., 20, 23*): *Cuyos pecados perdonaredes, son perdonados, etc.* Y, por consiguiente, se da gracia y justicia por este Sacramento, pues no puede haber perdón de pecados sin que se dé la gracia, la cual es significada y contenida en todos los siete Sacramentos de la Iglesia; y se da a quien bien los recibe, y con mayor abundancia que la disposición de quien los recibe, por ser obras privilegiadas, que por la misma obra que son, dan la gracia. Por lo cual deben ser en gran manera reverenciados y usados, como la Iglesia católica lo cree y nos lo enseña.

Y si la fe tan frecuentemente era en principio de la Iglesia predicada y nombrada, convenía hacerse así, porque entonces se plantaba de nuevo, y se pretendía que los infieles la recibiesen, y que entrasen por ella como por la primera puerta de la salud, para que después de entrados fuesen informados más particularmente de lo que habían de creer y obrar.

Y también convenía que se manifestase particularmente en aquellos tiempos el misterio y valor de la Pasión y muerte de nuestro Redentor Jesucristo, que con extrema deshonra había sido en aquellos tiempos crucificado. Y la fe de este misterio, como hace creer y confesar que en aquel madero, tan deshonrado según la apariencia exterior, estuvo colgada la Vida divina, y que allí (*Ps. 73, 12*) *en medio de la tierra obró Dios* con su muerte *la salud* y remedio del mundo, esta tal fe honra a la deshonra de la cruz, y es ensalzamiento de la bajeza que allí extremadamente se ejercitó. Por lo cual convenía que se nombrase muchas veces el nombre de fe, y con grande honra; pues que resulta en honra de Jesucristo nuestro Señor, de cuya persona y merecimientos ella da testimonio, predicando su alteza.

Y si la Escritura dice (*Gal., 3, 8*) que por ella son los hombres justificados, atribuyesele esto, no porque ella sola sea bastante, mas como a principio y fundamento y raíz de todo lo bueno, como lo dice el Concilio Tridentino (Sess. 6, Cap. 8). Y los que a ella sola lo atribuyen, es por hallar consuelos para su tibieza o maldad de su vida, queriendo por vía de creer asegurarse, para tener licencia de mayor anchura. Y la paz y confianza de la buena conciencia, que se causa de la perfecta caridad, quieren alcanzarla sin estos trabajos que la perfecta virtud pide. Y aun no se contentan con esto, como, según la verdad (*Eccl., 9, 1*), *ninguno haya en esta vida del todo cierto si es digno de amor o de odio;* aunque según tienen mayor virtud o menor, así tienen mayores o menores conjeturas para confiar. Mas los que quieren dar tal certidumbre a quien cree, como ellos imaginan, de que está perdonado por Dios, cual se da a lo que el cristiano cree como artículo de fe, engaños del diablo son éstos, y creídos de gentes que no tienen asiento en la fe, ni santidad en la vida, enemigos de obedecer, y que andan a tientaparedes, como dicen, en los negocios de Dios. Que si esto no fuese, no tan presto los engañaría el demonio.

CAPITULO 45

Por qué el Señor ordenó salvarnos mediante la fe, y no por humana razón; y de la grande sujeción que debemos tener a las cosas que la fe nos enseña; y de la particular devoción que especialmente debemos a lo que el Señor Jesús enseñó por su boca.

La orden de las palabras de este tratado (Las palabras de este Tratado son: 1.^ª, oye, hija; 2.^ª, y mira; 3.^ª, inclina tu oído; 4.^ª, olvida la casa de tu padre; 5.^ª, y codiciará el Rey tu hermosura. Hasta ahora ha tratado la 1.^ª palabra, y ahora va a tratar la 3.^ª) pedía que tras la palabra

primera de él os declarase la segunda; mas la orden de las sentencias, por ser una la de la primera y tercera, pide que, dejando la segunda, os declare la tercera, que dice así: **INCLINA TU OREJA.**

Para lo cual habéis de notar, que es tanta la alteza de las cosas de Dios, y tan baja nuestra razón, y fácil de ser engañada, que para seguridad de nuestra salvación, ordenó Dios salvarnos por fe, y no por nuestro saber. Lo cual no hizo sin muy justa causa. Porque, pues *el mundo*, como dice San Pablo (1 *Cor.* 1, 21), *no conoció a Dios en sabiduría*, antes desatinaron los hombres en diversos errores, atribuyendo la gloria de Dios al sol y luna y otras criaturas; y ya que otros conocieron a Dios por rastro de las criaturas, *tomaron tanta soberbia* de su rastrear en conocer cosa tan alta, que les fue quitada esta luz por su soberbia, que el Señor por su bondad les había dado; y así cayeron en tinieblas de idolatría y de muchedumbre de otros pecados, como los que no conocieron a Dios habían caído (*Rom.*, 1, 21-32). Por lo cual, así como después que los ángeles malos pecaron no consintió Dios—como lo suelen hacer los escarmentados—que viviese en el cielo alguna criatura que pudiese pecar, así viendo cuan mal se aprovecharon los hombres de su razón, y que *el mundo*, como dice San Pablo, *no conoció a Dios por sabiduría*, no quiso dejar en manos de ella el conocimiento de Él y salvación de ellos; mas antes quiso, por la predicación de lo que la razón no alcanza, hacer salvos, no a los escudriñadores, mas a los sencillos creyentes. Y así, después de habernos el Espíritu Santo amonestado las dos ya dichas palabras, que dice: *Oye y ve*, luego nos amonesta la tercera, que dice: *Inclina tu oreja*. En lo cual nos da a entender que debemos muy profundamente sujetar nuestra razón, y no estar yertos (tiesos, inflexibles) en ella, si queremos que el *oír y ver*, que para nuestro bien nos fueron dados, no nos sea ocasión de perdición eternal.

Cierto es que muchos han oído palabras de Dios, y han tenido excelentes conocimientos de cosas sutiles y altas, y porque se arrimaron más a la curiosidad de la vista que *a inclinar* con obediencia *la oreja de su razón*, se les tornó el ver en ceguera, y tropezaron en la luz de mediodía como si fuera tinieblas. Por eso, si no queréis errar en el camino del cielo, *inclinad vuestra oreja*, quiero decir, vuestra razón, sin temor de ser engañada: inclinadla con profundísima reverencia a la palabra de Dios que está dicha en toda la Sagrada Escritura. Y si no la entendiéredes, no penséis que erró el Espíritu Santo que la dijo, mas sujetad vuestro entendimiento, y creed—como San Agustín dice que él lo hacía—que, por la alteza de la palabra, vos no la podéis alcanzar.

Y aunque a toda la Escritura de Dios hayáis de inclinar vuestra oreja con igual crédito de fe, porque toda ella es palabra de una misma Suma Verdad, mas debéis tener particular respeto de os aprovechar de las benditas palabras que en la tierra habló el verdadero Dios hecho carne, abriendo con devota atención vuestras orejas de cuerpo y de ánima a cualquier palabra de este Señor, dado a nosotros por especial maestro, por voz del Eterno Padre, que dijo (*Mt, 17, 5*): *Este es mi muy amado Hijo, en el cual me he agradado; a Él oíd*. Sed estudiosa de leer y oír acuestas palabras, y sin duda hallaréis en ellas una singular medicina y poderosa eficacia para lo que a vuestra ánima toca, cual no hallaréis en todas las otras que desde el principio del mundo Dios haya hablado. Y con mucha razón, pues en lo que en otras partes ha dicho, ha sido hablar Él por boca de sus siervos; y lo que habló en la Humanidad que tomó, hablólo por su propia Persona; *abriendo su propia boca (Mt., 5, 2)* para hablar, el que primero había abierto y después abrió la boca de otros, que en el Viejo Testamento y Nuevo hablaron. Y mirad no seáis desagradecida a tan grande merced como Dios nos hizo, de querer Él ser nuestro Maestro, dándonos

leche de su palabra para mantenernos, el mismo que nos dio el ser para que fuésemos algo. Merced es tan grande, que si hubiese peso para la pesar, y nos dijese que en el cabo del mundo había palabras de Dios para la doctrina del ánima, habíamos de pasar todo trabajo y peligro por oír unas palabras dichas de la suma Sabiduría, y hacernos discípulos suyos.

Aprovechaos de esta merced, pues Dios tan cerca os las dio. Y pedid al que tuviere cargo de encaminar vuestra ánima, que os busque, en la Sagrada Escritura, en doctrina de la Iglesia y dichos de Santos, palabras apropiadas para las necesidades de vuestra ánima, ahora sean para defenderos de las tentaciones, según el mismo Señor, ayunando en el desierto, lo hizo para nuestro ejemplo, ahora sean para estimularos a tener las virtudes que os faltan, ahora sean para haberos con Dios como debéis, y con vos, y con vuestros prójimos, mayores y menores e iguales; y cómo os habéis de haber en la prosperidad y en la tribulación, y finalmente, para todo lo que hubiéredes menester en el camino de Dios; de manera que podáis decir (*Ps. 118, 11, 105*): *En mi corazón escondí tus palabras, para no pecar a ti... Tu palabra es antorcha para mis pies y lumbre para mis sendas.*

Y mirad no caigáis en curiosidad de querer saber más de lo que habéis menester para vos, o para la gente que tenéis a cargo; porque lo otro debéislo dejar para los que tienen cargo de enseñar al pueblo de Dios, como amonesta San Pablo (*Rom., 12, 3*), *que nuestro saber sea con templanza.*

CAPITULO 46

Que la Escritura santa no se ha de declarar por cualquier juicio (seso, dijo el autor), sino por el de la Iglesia romana; y donde ella no declara, se ha de seguir

la conforme exposición de los Santos; y del grande crédito y sujeción que a esta Iglesia santa debemos tener.

Habéis de saber que la exposición de la Escritura divina no ha de ser por seso o ingenio de cada cual; porque de esta manera, aunque ella *en sí* sea certísima, pues es palabra de Dios, sería, *para lo que toca a nosotros*, cosa muy incierta, pues comúnmente suele haber tantos sentidos cuantas cabezas. Y como nos convenga mucho tener suprema certidumbre de la palabra que hemos de creer y seguir, pues que hemos de poner, por su confesión y obediencia, todo lo que tenemos y la misma vida, no estuviera bien proveído el negocio, si los diversos sentidos de los hombres no dejaran tener certidumbre a la palabra en el corazón del cristiano. A sola la Iglesia Católica es dado este privilegio, que interprete y entienda la divina Escritura, por morar en ella el mismo Espíritu Santo que en la Escritura habló. Y donde la Iglesia no determina, hemos de seguir la concorde y unánime interpretación de los santos, si no queremos errar. Porque de otra manera, ¿cómo se puede bien entender con espíritu ni ingenio humano lo que habló el divino, pues *cada escritura se ha de leer y declarar por el mismo espíritu con que fue hecha?*

Y también habéis de saber, que declarar cuál escritura sea palabra de Dios, para que por tal sea de todos creída, no pertenece a otro sino a la misma Iglesia cristiana, cuya cabeza en la tierra, por divina ordenación, es el Romano Pontífice. Y tened por cierto, como San Jerónimo dice, que «cualquier persona que, fuera de esta Iglesia y casa de Dios, comiere el cordero de Dios, profano es, no cristiano». Y quienquiera que fuere hallado fuera de ella, necesariamente ha de perecer, como los que no entraron en el arca de Noé fueron

ahogados con el diluvio. Esta es la Iglesia a la cual manda el Evangelio que *oigamos, y que a quien no la oyere tengamos por malo y por infiel (Mt., 18, 17)*. Y ésta es la Iglesia de la cual dice San Pablo *que es columna y firmamento de la verdad (1 Tira., 3, 15)*.

Y a creer que esto es así, nos inclina y alumbra la misma fe infundida de Dios, de que arriba hemos dicho, como a uno de los otros artículos, y con la misma e igual certidumbre; y hasta aquí así se ha creído de esta Iglesia. Y por haberse, apartado en nuestros tiempos una gente soberbia (Combate el autor la herejía luterana, que, rechazando la autoridad de la Iglesia en la interpretación de la Biblia, atribuía infalibilidad al espíritu privado), y por eso del demonio engañada, no por eso deja la Iglesia de ser lo que era, ni nosotros debemos dejar de creer lo que antes creíamos. Por tanto, contra esta Iglesia no os mueva revelación, ni sentimiento de espíritu, ni otra cosa mayor ni menor, aunque pareciese ser *ángel del cielo (Gal., 1, 9, 19)* quien contra ella decía, porque serlo en la verdad no es posible. Y menos os muevan doctrinas de herejes, pasados, presentes o por venir, los cuales, desamparados de la mano de Dios por su justo juicio, siguen luz falsa por verdadera, y perdiéndose ellos, son causa de perdición de cuantos les siguen. Mirad en lo que han parado los que se apartaron en tiempos pasados de la creencia de esta Iglesia, y cómo fueron semejables a un ruido de viento, que presto se pasa y luego se olvida. Y mirad por otra parte la firmeza de nuestra fe y de nuestra Iglesia, y cómo ha quedado por vencedora; y aunque combatida desde su nacimiento, nunca vencida, *por estar fundada sobre firme piedra (Mt., 6, 25)*, contra la cual, *ni lluvias, ni vientos, ni ríos, ni las puertas de los infiernos pueden prevalecer (Mt., 16, 18)*.

Cerrad, pues, vuestras orejas a toda doctrina ajena

de la Iglesia, y seguid la creencia usada y guardada de tanta muchedumbre de años; pues es cierto que en ella han sido salvos y santos grandísima muchedumbre de gente. Porque no veo cosa de mayor locura, que dejar el hombre un camino por el cual han caminado personas muy sabias y santas, y han ido al cielo, por seguir a unos menores en todo bien, sin comparación, que los pasados, y solamente mayores en la soberbia y desvergüenza de querer ser más creídos sin prueba ninguna, más de la de su propio parecer, que la muchedumbre de los pasados que tuvieron divinal sabiduría, y excelentísima vida, y muchedumbre de grandes milagros; siendo el principal de los que éstos engañados siguen, un Martín Lutero, tan flaco en su carne, que ni pudo vivir, según él lo dice, sin mujer. *¿Cómo llamaremos espíritu bueno al que en aquel mal hombre vivía, pues no tuvo fuerza para darle castidad, aun de las más comunes, siendo la que él prometió de las más altas, teniéndola muchos, a quien él fuera razón que siguiera como a mejores? Y pues el Señor dice (Mt., 7, 16) que por los frutos conoceremos él árbol, espíritu de la tierra y de flaqueza de carne y del demonio moraba en él, pues tales frutos hacía, y otros peores. Esperad un poco, y veréis el fin de los malos, y cómo los vomitará Dios con extrema deshonra, declarando el error de ellos con manifiesto castigo, como de los pasados ha hecho.*

CAPITULO 47

De cuan terrible castigo es permitir Dios que uno pierda la fe; y cómo justamente es quitada a los que no obran conforme a lo que ella enseña.

Quien tuviere lumbre con que juzgar que los bienes y males verdaderos son los espirituales, ya ve de presente el recio castigo de Dios sobre aquesta gente, y tal castigo, que ninguno es mayor sino sólo el infierno (*Jerem., 10, 7*). *¿Quién no te temerá, oh Rey de las*

gentes? Y (Ps. 89, 12) ¿quién conoció el poder de tu ira, o la podrá contar con el gran temor de ella? Los grandes castigos de Dios, que se deben temer sobre todos, no son los males de hacienda, ni honra, ni vida; mas dejar Dios endurecer en el pecado a la voluntad del hombre, o dejar cegar con error al entendimiento, mayormente en cosas de fe, éstas son las heridas del furor divinal; heridas de justo y riguroso juez, de las cuales se entiende con mucha razón lo que Dios dice en Jeremías (30, 14): Con herida de enemigo te herí, con riguroso castigo. Aunque no usa Él de este rigor de juez, sino habiendo primero usado de misericordia de padre.

Y si bien miráis, tiene esta ceguedad del entendimiento este particular mal, más que la dureza de la voluntad; que aunque ésta sea mucha, aun hay alguna esperanza de alcanzar remedio. Porque como le queda al hombre la fe, aunque muerta, tiene conocimiento que hay remedio en la Iglesia para su pecado, lo cual es grande ayuda para levantarse y remediarse. Mas quien yerra en la fe, ¿cómo lo buscará, o cómo lo hallará, pues que, fuera de la Iglesia, no lo podrá hallar, porque no lo hay? Y el que hay en la Iglesia no lo busca, porque no lo cree; y así queda perdido. *Palabra es que Dios hace en Israel, que a quienquiera que la oyere, le retñirán las orejas de puro temor (1 Reg., 3, 11).*

Mas tan grande castigo no viene sin grande justicia; la cual declara San Pablo diciendo (Rom., 1, 18): *Descúbrese la ira de Dios desde el cielo sobre toda la maldad de aquellos hombres que detienen la verdad de Dios en la injusticia.* Y el intento del Apóstol en aquel lugar es acueste: qué hubo hombres que *aunque conocieron a Dios, no le sirvieron como a Dios; antes se hincharon con ciega soberbia, y teniendo verdad en el entendimiento, obraron maldad con la voluntad. De manera, que la verdad de Dios estaba en ellos detenida*

o encarcelada, pues no hacían lo que ella enseñaba, mas lo que la mala voluntad de ellos quería. Y porque la verdad de Dios es cosa muy excelente, y la da Él por grande merced, para que siguiéndola el hombre con la afección, la honre, y alcance la virtud y se salve. Y si el tal hombre no mira esto, y la trata de arte que ni hace lo que ella le enseña, ni la tiene en lugar limpio como ella merece, hace en ello una gran deshonra contra Dios que la dio, y contra la verdad dada por Él. Y si ella tuviese lengua, pediría a voces justicia contra el tal hombre; porque siendo ella tan preciosa joya, y que tanto puede al hombre aprovechar, está *detenida*, sin la oír, ni hacer lo que dice, y aposentada entre la hediondez de pecados que el tal hombre, tiene en su voluntad. Y así como puede, a semejanza de la sangre de Abel (*Gen., 4*) da voces pidiendo venganza. Porque aunque el tal hombre no le quita la vida de ser verdad, pues se compadece fe verdadera con vida mala, quítale la eficacia que tuviera en el obrar, sí no la impidiera, mas le ayudara, con su voluntad a obrar lo que ella enseñaba. Y estas voces óyelas Dios, que es el que dice (*Lc. 12, 47*): *El siervo que conoce la voluntad de su Señor y no la hace, será azotado con muchos azotes.* Entre los cuales, el mayor de los que en este mundo da, según hemos dicho, es permitir que el tal hombre caiga en error, en pena de sus pecados. Y así fueron castigados aquéllos con caer en tan ciega idolatría, que *vinieron a adorar por Dios las aves y serpientes y bestias.* Y porque quitaron a Dios la honra que como a Dios se le debía, y la dieron a cuya no era, tornóles a castigar Dios este pecado de idolatría con permitirlos caer en tan feos pecados; que es temor pensarlos y vergüenza decirlos.

Y aunque los castigados con este castigo sin duda caerán en pecados, mas su caída es tan libre, como lo es en los otros pecados, en que por su propia voluntad caen. Y por muchos que sean los unos y otros, no les está

cerrada la misericordia de Dios, si se quieren acoger a sus piadosas entrañas. El *poder* de Dios se manifiesta en lo primero, su *sabiduría* en lo segundo, y su *bondad* y misericordia en lo tercero.

Y por este norte que el Soberano Juez castigó a estos soberbios gentiles, castigó también a los ingratos judíos; y con mucha razón, pues les dio más conocimiento que a los gentiles; del cual usaron tan mal, que a la misma *Luz verdadera*, que es Jesucristo, lo negaron con infidelidad, y lo crucificaron por mano de los gentiles. Y porque quisieron apagar aquella Luz soberana, sin la cual no hay luz ni verdad, quedáronse en obscuras tinieblas y eternal perdición, si no se convirtieren al servicio del Señor que negaron. Mas veamos cuál fue el motivo que los trajo a tan grande mal, de descreer a la Luz que presente tenían. Responde San Juan (3, 19): *Amaron mas los hombres las tinieblas que la luz, porque eran sus obras malas; y todo aquel que mal hace, aborrece la luz.* De manera que porque el Señor y su doctrina encaminaban a toda verdad y virtud, y ellos amaban la mentira y maldad, no lo podían oír ni mirar; ni quisieran que hubiera luz de doctrina que descubriera la santidad falsa que ellos tenían; ni que hubiera ejemplo de perfecta vida, en comparación de la cual era condenada la suya por mala. Y de la raíz de esta voluntad, así depravada, salió el fruto de negar y matar al celestial Médico que los venía a curar. Y quedaron tales, cuales mucho tiempo antes los había pintado el Santo Rey y Profeta David, cuando de ellos dijo (Ps. 68, 24): *Sean obscurecidos sus ojos porque no vean, y su espinazo ande siempre acorvado;* porque quedaron sus ojos sin lumbre de fe, y con voluntad aficionada a cosas de la tierra.

CAPITULO 48

En que se prosigue más en particular lo ya dicho; y se declara lo que se requiere para entrar a leer y entender las divinas Letras y Doctores santos.

Pues si Dios celó tanto la honra de su conocimiento que dio a los gentiles, y el que dio a los judíos, ¿cuánto celará el que da a los cristianos, pues es mayor sin comparación que el que unos y otros tuvieron? Y pues muchos usan muy mal de este conocimiento de fe tan excelente, no es maravilla que algunas veces hiera Dios a los tales con este terrible castigo, de dejarles caer en herejías como a los pasados. ¿Por ventura no vemos cumplido con nuestros ojos lo que San Pablo profetizó de los tiempos postreros, diciendo (2 Tessel, 2, 10) *que había Dios de enviar a unos hombres operación de error, para que crean a la mentira, y mentira contra la fe?* Pues nadie hay que ignore la desventurada y grande eficacia con que tanta gente ha abrazado de corazón la luterana herejía, que claramente se ve haberles Dios enviado esta *eficacia de error para creer a la mentira*, como dijo San Pablo. Mas no envía Dios cosa de éstas, incitando al hombre a que crea mentira, ni a que haga maldad; porque *no es tentador de los malos*, según dice Santiago Apóstol (1, 13); mas dicese enviar *operación de error*, cuando con justo juicio deja al entendimiento del hombre ser engañado por falsas razones o falsos milagros que le haga otro hombre o el perverso demonio; y así sienta *una eficacia* dentro de sí *para creer aquella mentira*, que le parezca que es movido a creerla como una muy grande y saludable verdad. Recio juicio de Dios es acueste; y pues Él es justo, grande debe ser la culpa en cuyo castigo se hace. Y cuál sea esta culpa, el mismo San Pablo nos lo declara diciendo (2 Tessel., 2, 10): *Porque no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Porque si miráis cuan poderosa cosa es la verdad que creemos para ayudarnos a servir a Dios y ser salvos, pareceros ha grave culpa no amar esta verdad y seguir lo qué ella enseña; y*

muy mayor, hacer feas obras contra todo lo que ella enseña. ¡Cuan lejos había de estar de ofender a Dios quien cree que para quien le ofende hay fuego eterno, con otros innumerables tormentos, con que sea el tal castigado mientras Dios fuere Dios, sin esperanza de todo remedio! ¿Cómo se atreve a pecar quien cree, que, entrando el pecado por una puerta en el ánimo, Dios se sale por la otra? Y, qué tal queda, Señor, el hombre sin Ti, sentíalo aquel que rogaba: *Señor, no te apartes de mí (Ps. 34, 22)*. Porque, Dios ido, quedamos en muerte primera de culpa, y en víspera de muerte segunda, de culpa y pena infernal.

Con razón se maravillaba Job (6, 6) cuando decía: *¿Quién podrá gustar lo que, siendo gustado, trae consigo la muerte?* Mucha razón es, cierto, que el manjar que no gustaríamos creyendo al médico que dijese haber muerte en él, no lo gustásemos con perverso consentimiento, habiendo Dios dicho (Es., 18, 20), *que el ánimo que pecare, aquélla morirá*. ¿Por qué no obra en ti la fe que tienes a la palabra de Dios, lo que obra el dicho del médico, pues éste puede y suele engañar, mas Dios nunca? ¿Y por qué el haber dicho Dios que Él es galardón eterna! de los que le sirven, no nos hace a todos con gran diligencia y esfuerzo servirle, aunque en ello pasásemos muy muchos trabajos y nos costase la vida? ¿Por qué no amamos a nuestro Señor, el cual creemos ser sumo Bien, y habiéndonos Él amado primero, aun hasta morir por nosotros? Y así en todo lo demás que esta sagrada fe tan poderosamente nos enseña y convida, cuanto es de su parte, y nosotros con grave culpa dejamos de seguir y seguimos obras contrarias. ¿Puede ser mayor monstruo, que creer un cristiano las cosas que cree, y hacer tan malas obras como muchos las hacen? Pues en castigo de que *no tuvieron amor a la verdad*, con la cual fueran salvos, poniendo en obra lo que ella enseñaba, que les sea quitada, dejándoles creer al error, es muy justo juicio

de aquel Señor, que es *terrible en sus consejos sobre los hijos de los hombres (Ps. 65, 5)*.

Y si miráis dónde armó Dios el lazo con que los judíos y herejes fuesen castigados, según hemos dicho, pareceros ha cosa más para temblar, que para hablar. Preguntadles a éstos que, en qué estriban para seguir su error con pertinacia tan porfiada; y deciros han los unos, que en la Escritura Sagrada del Viejo Testamento, y los otros que en la del Nuevo. Y veréis abiertamente cumplida la profecía del Santo Rey y Profeta David, en que dice (*Ps. 68, 23*): *La mesa de ellos séales hecha en lazo, y en castigo y en tropiezo. ¿Visteis nunca cosa tan al revés, tornarse la mesa de vida, en lazo de muerte? ¿La mesa de consolación y perdón, en castigo? ¿La mesa do hay lumbre para saber andar el camino que lleva a la vida, tornarse en tropiezo para errar el camino y caer en la muerte? Grande, por cierto, es la culpa que tal castigo merece: que el hombre se ciegue en la luz, y se le torne muerte la vida.*

Justo eres, Señor, y justos tus juicios (Ps. 118, 137), y ninguna maldad hay en ti, mas hayla en los que usan mal de tus bienes; por lo cual es justo que tropiecen en ellos, y sea castigada la deshonor que hicieron a ellos y a Ti. Grande bien, Señor, y muy grande es tu fe; acatada y obedecida y puesta en obra es razón que sea. Y grandes mercedes nos hiciste en darnos tu divina Escritura, tan provechosa y necesaria para te servir. Mas porque, siendo el viento que en este mar sopla viento del cielo, quisieron algunos navegar por él con vientos de tierra, que son sus ingenios y estudios, ahogáronse en él, permitiéndolo Tú. Porque así como en las parábolas que predicabas, Señor, en la tierra, eran secretamente enseñados aquellos que tenían disposición para ello, y eran otros con ellas mismas cegados por tu justo juicio (*Mt., 13, 11*), así tienes Tú el profundo mar de tu divina

Escritura, diputado para hacer misericordia a tus corderos, que naden en el provecho suyo y ajeno, y también para hacer justicia con que los soberbios elefantes se ahoguen, y ahoguen a otros. Temida, y muy temida, debe ser la entrada en la divina Escritura, y nadie se debe arrojar a ella sino con mucho aparejo, como a cosa en que hay mucho peligro. Lleve quien hubiere de entrar en ella el sentido de la Iglesia católica romana, y evitará el peligro de la herejía. Lleve para aprovecharse de ella limpieza de vida, como dice San Atanasio, por las palabras siguientes: «Necesaria es la bondad de vida, y limpieza de ánimo, y cristiana piedad para la investigación y verdadera ciencia de las Escrituras.» Y después dice: «Porque sin limpieza de ánimo, y vida imitadora de santidad, no es posible entender los dichos de los santos. Que así como si alguno quiere mirar la luz del sol, limpia sus ojos y se pone más claro limpiándose, casi a la semejanza de aquel sol que desea mirar, para que así el ojo, hecho luz, pueda mirar la luz del sol; y también así como si alguno desea ver alguna región o ciudad, se acerca a ella por causa de verla; así el que desea alcanzar la inteligencia de los Santos, conviene le primero lavar y limpiar su ánimo, y por semejanza de vida y costumbres, acercarse a los mismos Santos, para que así estando con sus deseos y vida, conjunto con ellos, entienda aquellas cosas que Dios a ellos reveló, y hecho casi uno de ellos, escape del peligro de los pecadores, y del fuego que en el día del juicio les está aparejado.»

Esto que ha dicho San Atanasio conviene mucho llevar, para sacar provecho de la divina Escritura. Porque sin esta limpieza de vida, bien podrá uno saber por la Escritura lo que Dios quiere en general, mas saber en particular el consejo de Dios, y qué quiere Dios, como dice el Sabio, no se puede saber por estudio humano, mas según él mismo dice (*Sap., 9, 17*): *Tu sentido, Señor,*

¿quién lo sabrá, si Tú no dieres sabiduría, y enviases de las alturas el Santo Espíritu tuyo? Esta sabiduría es la que enseña el agradamiento de Dios en particular, la cual no mora en los malos. Y cuando ésta persevera en el hombre con experiencia de santos trabajos, humildes oraciones y frutos de buenas obras, hace a un hombre verdaderamente sabio, para que, con la lección de la Escritura y larga experiencia, pueda enseñar a los otros a manera de testigo de vista, y dar en la vena del ajeno corazón, enseñado por lo que pasa en el suyo. Y sin esto, si una vez acertare, errará muchas, y será de aquellos de los cuales dice San Pablo (1 Tim., 1, 7): Que queriendo ser enseñadores de la Ley, no entienden las cosas que hablan.

Conviene también ayudarse el hombre que quiere estudiar la Divina Escritura, del socorro y exposición de los Santos, y aun de escolásticos; porque lo que del estudio de la Divina Escritura se saca sin llevar estas cosas, probádolo ha Alemania (Refiérese a la multitud de herejías y a las revoluciones sociales producidas por el desenfreno en la interpretación privada de la divina Escritura), mas por su mal...

CAPITULO 49

Que no debemos ensoberbecernos viendo que otros pierden la fe que nosotros no habernos perdido, antes humillarnos con temor; y de las razones que para ello hay.

No saquéis vos de oír estas caídas ajenas alguna soberbia de corazón, con que digáis: No soy yo como aquellos que tan feamente han perdido la fe. Acordaos de unos hombres que *contaban a nuestro Señor que Pilato habla muerto a cierta gente de Galilea en mitad de unos sacrificios* que hacían (Lc., 13, 1); y llevaban los

que esto contaban un liviano complacimento en su corazón, con que se tenían por mejores que aquellos que hablan hecho cosas merecedoras de que los matase Pilato. Y como el Soberano Maestro entendía la tal soberbia, sin que ellos la manifestasen, queriéndolos desengañar, les dijo de esta manera: *¿Pensáis que aquellos hombres de Galilea eran mayores pecadores que todos los hombres de aquella provincia, porque vino tal castigo sobre ellos? ¿O pensáis que aquellos dieciocho hombres sobre los cuales cayó la torre en Siloé y los mató, eran mayores pecadores que todos los otros hombres que moraban en Jerusalén? Yo os digo que no, y que si penitencia no hiciéredes todos juntamente pereceréis.* Este mismo sentido tiene San Pablo, cuando dice (Rom., 11, 19): *Por la incredulidad fueron cortados los judíos, que eran ramos en la oliva de los creyentes, y tú por la fe estás en pie. No quieras ensoberbecerte, mas teme, porque de otra manera también serás tú cortado.*

Los castigos de Dios hechos en otros, humildes y cautos nos deben hacer, no soberbios. Que dondequiera que en nuestros tiempos infelicísimos queramos mirar, hay que llorar y que decir con Jeremías (Jerem., 14, 18): *Si salgo al campo, veo muertos a espada; si entro en la ciudad, veo muertos y desparecidos con hambre.* Los primeros son los que se han salido de *la ciudad*, que es la Iglesia; gente que está sin cabeza, porque *la espada* de la incredulidad *les ha quitado la cabeza* que Dios dio a los cristianos, que es el Romano Pontífice; y los segundos son muchos de los que *en la ciudad* de la Iglesia tienen sana la fe, mas *están* miserablemente *muertos de hambre*, porque no comen manjar de la obediencia de los mandamientos de Dios y de su Iglesia. Cosas son éstas dignas que las sintamos, si sentido tenemos de Cristo, y que las lloremos delante su acatamiento y le digamos: *¿Hasta cuándo, Señor, no habrás misericordia de aquellos por los cuales derramaste tu sangre y perdiste*

la vida en la cruz con tantos tormentos? Y pues el negocio es tuyo, sea también de tu mano el remedio, pues que de otra mano es imposible venir.

Tened, vos, doncella, cuidado de sentir y pedir esto; pues si a Cristo amáis, habéis de tener dentro de vuestro corazón entrañable compasión de las ánimas, pues por ellas murió Jesucristo. Y también os conviene mucho mirar cómo vivís, y cómo os aprovecháis de la fe que tenéis, porque no os castigue Dios con dejaros caer en algún error con que la perdáis, pues habéis oído con vuestras orejas cuánta gente la ha perdido por las herejías del perverso Matín Lutero; y otros hay que han negado a Cristo en tierra de moros, por vivir según la ley bestial de Mahoma (Huyendo de la reforma promovida por el gran Cardenal Cisneros, muchos religiosos pasaron al África y renegaron de la fe). En lo cual veréis cumplido lo que dice San Pablo (1 *Tim.*, 1, 19): *que por haber desechado algunos la buena conciencia, perdieron la fe;* ahora sea—como arriba dijimos, cuando hablábamos de los motivos para creer—, porque la misma mala conciencia poco a poco hace cegar el entendimiento para que le busque doctrina que no contradiga a sus maldades; ahora porque el Soberano Juez, en castigo de pecados, permita caer en herejía; ahora sea por lo uno o por lo otro, es cosa para temer, y poner cuidado de lo evitar.

Y aunque esto no acaezca a todos los malos cristianos, pues aunque estén en pecado mortal, no por eso pierden la fe, según hemos dicho, mas en cosa que tanto nos va, el haber acaecido a uno solo, es razón que ponga a todos cuidado y temor de huir aquella ocasión. Que, cierto, bien lejos estaban los corazones de los once Apóstoles de entregar a la muerte a Jesucristo, nuestro Señor; y porque Él dijo que uno de ellos lo había de entregar, temieron todos, y dijeron (*Mt.*, 26, 22): *¿Por*

ventura, Señor, soy yo?, temiendo que podían por su flaqueza caer en lo que de presente se sentían libres.

Para todo lo cual os será muy provechosa palabra la que entre manos tenemos: *Inclina tu oreja*, obedeciendo con fe a Dios y a su Iglesia, y no tener *entendimiento escudriñador, que sea oprimido de la Majestad*, según está amenazado en la Escritura (Prov., 25, 27). Porque los que quieren tantear las inefables cosas de Dios con la pequeñez de su entendimiento y razones, acaéceles lo que a los que miran en hito al mismo sol, que no sólo no ven, mas antes pierden la vista, y son rechazados, por el grande exceso que hay, de la luz que miran a los ojos con que la miran. Y así estos tales, buscando satisfacción por vía de entender y escudriñar, hallan dudas e inquietud. Porque no se comunica la sabiduría de Dios sino a los pequeños y humildes, que con sencillez se llegan a Él, *inclinando su oreja* a Él y a su Iglesia, y reciben de su bondad muy grandes mercedes, con las cuales queda el ánima satisfecha, hermosea con *fe* y con *obras*; a semejanza de la hermosa Rebeca, a la cual fueron dados de parte de Isaac *zarcillos* para las orejas y *ajorcas* para las manos (*Gen., 24, 22*). Y porque nos fuese más encomendada esta sencilla sujeción de nuestro entendimiento, no se contentó el Espíritu Santo con amonestárnoslo en la primera palabra, diciendo: *Oye, hija*; mas amonestólo en estotra que dice: *Inclina tu oreja*; para que sepan los hombres, que, pues Dios no habla palabras ociosas, en decirnos una sentencia por diversas palabras, nos quiere mucho encomendar este sencillo y humilde *creer*, principio de nuestra salud, y si con pila se junta el *amor*, tendremos salud del todo perfecta.

CAPITULO 50

De cómo suelen ser muchos engañados dando crédito a falsas revelaciones. Y declárase en particular

en qué consiste la verdadera libertad de espíritu.

No es razón que pase de aquí sin avisaros de un gran peligro que a los que caminan en el camino de Dios acaece, y a muchos ha derribado. El principal remedio del cual, consiste en el aviso que el Espíritu Santo nos dio, mediante aquesta palabra que dice: *Inclina tu oreja*. Y este peligro es ofrecerse a alguna persona devota revelaciones o visiones, o otros sentimientos espirituales, los cuales muchas veces, permitiéndolo Dios, trae el demonio para dos cosas: una, para con aquellos engaños, quitar el crédito de las verdaderas revelaciones de Dios, como también ha procurado falsos milagros para quitar el crédito de los verdaderos; otra, para engañar a la tal persona debajo de especie de bien, ya que por otra parte no puede. Muchos de los cuales leemos en los tiempos pasados, y muchos hemos visto en los presentes; los cuales deben de poner escarmiento, y dar aviso a cualquiera persona deseosa de su salud, a no ser fácil en creer estas cosas, pues los mismos que tanto crédito les daban primero, dijeron y avisaron, después de haber sido libres de aquellos engaños, que se guardasen los otros de caer en ellos. Gerson (Gerson, canciller de la Universidad de París en el siglo xv) cuenta haber acaecido en su tiempo muchos engaños de apuestos, y dice haber sabido de muchos que decían y tenían por muy cierto haberles revelado Dios que habían de ser Papas; y alguno de ellos lo escribió así, y por conjeturas y otras pruebas afirmaba ser verdad. Y otro, teniendo el mismo crédito (*Crédito* : creencia, persuasión) que había de ser Papa, después se le asentó en el corazón que había de ser Anticristo, o a lo menos mensajero de él; y después fue gravemente tentado de matarse él mismo, por no traer tanto daño al pueblo cristiano; hasta que por la misericordia de Dios fue sacado de todos estos engaños, y los dejó en escrito para cautela y enseñanza de otros.

No han faltado en nuestros tiempos personas que han tenido por cierto que ellos habían de reformar la Iglesia cristiana, y traerla a la perfección que a su principio tuvo, o a otra mayor. Y el haberse muerto sin hacerlo ha sido suficiente prueba de su engañado corazón, y que les fuera mejor haber entendido en su propia reformation, que con la gracia de Dios les fuera ligera, que, olvidando sus propias conciencias, poner los ojos de su vanidad en cosa que Dios no la quería hacer por medio de ellos.

Otros han querido buscar sendas nuevas, que les parecía muy breve atajo para llegar presto a Dios; y pareciales, que dándose perfectamente a Él, y dejándose en sus manos, eran tan tomados de Dios y regidos por el Espíritu Santo, que todo lo que a su corazón venía no era otra cosa sino lumbre e instinto de Dios (Alude a los *alumbrados*, cuyo error fundamental describe). Y llegó a tanto este engaño, que si acueste movimiento interior no les venía, no habían de moverse a hacer obra buena, por buena que fuese; y si les movía el corazón a hacer alguna obra, la hablan de hacer, aunque fuese contra el mandamiento de Dios; creyendo que aquella gana que su corazón sentía, era instinto de Dios y libertad del Espíritu Santo, que los libertaba de toda obligación de mandamientos de Dios; al cual decían que amaban tan de verdad, que aun quebrantando sus mandamientos no perdían su amor. Y no miraban que predicó el Hijo de Dios por su boca lo contrario de acuesto, diciendo (*Jn., 14, 21*): *El que tiene mis mandamientos y los guarda, aquél es el que me ama.* Item (v. 23): *Si alguno me ama, guardará mi palabra.* Y (v. 24): *El que no me ama, no guardará mi palabra.* Dando claramente a entender, que quien no guarda sus palabras, no tiene su amor ni amistad. Porque, como dice San Agustín: «Ninguno puede amar al Rey, cuyo mandamiento aborrece.»

Y lo que el Apóstol dice (1 *Tim.*, 1, 9): *Al justo no le es impuesta ley; y que (2 Cor., 3, 17) donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad; no se ha de entender que el Espíritu Santo haga a ninguno, por justo que sea, ser libertado de la guarda del mandamiento de Dios, ni de su Iglesia, ni de sus mayores; antes mientras más se les comunica este Espíritu, más amor les pone; y creciendo el amor, crece el cuidado y gana de guardar más y más las palabras de Dios y de su Iglesia; sino, como este Espíritu sea efficacísimo, y haga al hombre verdadero y ferviente amator de lo bueno, pónese tal disposición en el ánimo cuando con abundancia se da, que no le es pesada la guarda de los mandamientos, antes muy fácil, y tan sabrosa, que diga Santo Rey y Profeta David (Ps. 118, 103): *¡Cuan dulces son para mí garganta tus palabras! Más que la miel para mi boca.* Porque como este Espíritu ponga perfectísima conformidad en la voluntad del hombre con la voluntad de Dios, haciéndole que sea *un espíritu con Él* (1 *Cor.*, 6, 17), quiere decir, como dice San Pablo, que tenga un querer y no querer, necesariamente ha de ser al hombre sabrosa la guarda de la voluntad de Dios, pues a cada uno es sabroso obrar lo que ama. Tanto, que si la misma Ley de Dios se perdiese, se hallarla escrita por el Espíritu Santo en las entrañas de ellos, según dice Santo Rey y Profeta David (Ps. 36, 31), que *la Ley de Dios está en el corazón del justo*; quiere decir, en su voluntad, según Dios. Y antes lo había dicho Dios (*Jerem.*, 31, 33): *Yo daré mi Ley en las entrañas de ellos.* Y de aquí es, que aunque no hubiese infierno que amenazase, ni paraíso que convidase, ni mandamiento que constriñese, obraría el justo por sólo el amor de Dios lo que obra. Porque como el Espíritu Santo obre en el hombre para con Dios lo que la generación humana en el corazón del hijo para con su padre, pues por él y su gracia recibimos la adopción de los hijos de Dios, de ahí viene que el tal hombre, como un*

amoroso hijo reverencia y sirve a Dios por el amor filial que le tiene. Tras lo cual viene aborrecimiento perfecto de todo pecado, y la perfecta esperanza, que alanza de sí tristeza y temor, como se sufre alanzar en este destierro, y hacerle sufrir los trabajos, no sólo con paciencia, mas con alegría. Y por esta libertad que tiene para con pecados y con trabajos, aborreciendo a los unos y amando a los otros, se llama *libre*, y que al tal justo *no le es puesta ley*. Así como si hubiese una madre que mucho amase a su hijo y mucho hiciese por él, no le sería pesada la ley que le mandase hacer lo que con su corazón maternal con su hijo hace. Y así esta tal madre no estaría debajo de ley ni de trabajos, mas encima de ella, como libre, pues obra con deleite lo que la ley le manda con autoridad. Y de esta manera hacen los que hemos dicho, cumpliendo la Ley con amor. Y aun muchos hacen cosas a que no tienen obligación, ardiendo su corazón con mayor fuego de amor, que la obligación en que les pone la Ley. Y así se ha de entender lo que dice San Pablo (*Gal., 5. 18*): *Si sois llevados por el espíritu, no estáis debajo de la Ley*. Porque aborreciendo al pecado, y siendo amorosos para con la Ley, y gozosos con los trabajos todo lo cual viene de ser guiados por el espíritu, no les es carga la Ley según es dicho. Mas en quebrantando uno de los Mandamientos de Dios o de su Iglesia, luego se va este Espíritu, según está escrito (*Sap., 1, 5*), que se *aparta de los pensamientos que son sin entendimiento, y que será echado del ánima, por venir a ella la maldad*. Y como entonces no son llevados los hombres por este Espíritu Santo, necesario es que queden sujetos a la pesadumbre que da la Ley a los que no la aman, y queden flacos para sufrir los trabajos, y sujetos a caídas de culpas.

No diga, pues, nadie que quebrantando mandamientos de Dios o de su Iglesia, pueda haber justicia, ni libertad, ni amor con Él; pues el Señor

pronuncia ser *esclavo*, no libre *Un., 8. 34*), *el que hace el pecado*. Y como *no hay participación de luz con tinieblas* (2 *Cor., 6, 14*), no la hay entre Dios y quien obra maldad; porque, según es escrito (*Sap., 14, 9*): *Aborrecible es a Dios el malo y su maldad*.

Heos dado cuenta de acueste tan ciego error, como poniéndoslo en ejemplo, por donde saquéis otros muchos, tan necios y torpes como él; en los cuales han caído en tiempos pasados y presentes los que han livianamente creído que los sentimientos o instintos que en su corazón había eran de Dios.

CAPITULO 51

De cómo nos habernos de haber para no errar en las tales ilusiones; y cuan peligroso sea el deseo de revelaciones o cosas semejantes.

Con deseo que vuestra ánima no sea una de acuestas, os encomiendo mucho escarmentéis, como dicen, en ajena cabeza; y que tengáis mucho aviso de no consentir en vos, poco ni mucho, el deseo de acuestas cosas singulares y sobrenaturales, porque es señal de soberbia o curiosidad peligrosa.

De lo cual en algún tiempo fue tentado San Agustín, cuyas palabras son éstas: «¡Con cuántas artes de tentaciones ha procurado conmigo el enemigo que yo pidiese a Ti, Señor, algún milagro! Mas ruégote, por amor de nuestro Rey Jesucristo, y por nuestra ciudad de Jerusalén la del cielo, que es casta y sencilla, que así como ahora está lejos de mí el consentimiento de acuesta tentación, así lo esté siempre más y más lejos.» San Buenaventura dice que muchos han caído en muchas locuras y errores, en castigo de haber deseado las cosas ya dichas. Y dice que antes deben ser temidas que

deseadas. Y si os vinieren sin quererlas vos, temed, y no les deis crédito, mas recurrid luego a nuestro Señor, suplicándole no sea servido de llevaros por este camino, sino que os deje *obrar vuestra salud en su santo temor (Phil., 2, 12)*, y camino ordinario y llano de los que le sirven. Especialmente habéis de mirar esto, cuando la tal revelación o instinto os convidare a reprender o avisar de alguna cosa secreta a tercera persona, y mucho más si es sacerdote, o Prelado, o semejante persona a quien se debe particular reverencia. Desechad entonces muy de corazón estas cosas, y salid de ellas con decir lo que dijo Moisés (*Ex., 4, 13*): *Suplicóte, Señor, envías al que has de enviar.* Y Jeremías (1, 6) dijo: *Muchacho soy, Señor, no sé hablar:* teniéndose entrambos por insuficientes, y huyendo de ser enviados a corregir a los otros. Y no temáis que por esta resistencia humilde se enojará Dios o se ausentará si el negocio es suyo; mas antes se acercará y lo aclarará. Pues quien *da su gracia a los humildes (Jac., 4, 6)*, no la quitará por hacer acto de humildad. Y Si no es de Dios, huirá el demonio, *herido con la piedra de la humildad, que es golpe que le quiebra la cabeza como a Goliat (1 Reg., 17, 49).*

Y así acaeció a un Padre del yermo, que apareciéndole una figura del crucifijo, no sólo no le quiso adorar ni creer, mas cerrados los ojos dijo: «No quiero ver en este mundo a Jesucristo, bástame verlo en el cielo.» Con la cual respuesta huyó el demonio, que con ajena figura le quería engañar. Otro Padre respondió a uno, que decía ser Ángel enviado a él de parte de Dios: «Yo no he menester, ni soy digno de mensajes de ángeles; por eso mira a quién te enviaron, que no es posible que te envíen a mí, ni te quiero oír.» Y así con esta humilde respuesta huyó el demonio soberbio. Y por esta vía de humildad, y de desechar muy de corazón estas cosas, han sido muchas personas libres por la mano de Dios de muy grandes lazos que por esta vía el

demonio les tenía armados; probando en sí mismo lo que dice Santo Rey y Profeta David (*Ps., 114, 6*): *El Señor guarda a los pequeñuelos: humílleme yo, y libróme Él. Y, por el contrario, hallando la falsa revelación o instinto del demonio alguna gana o aplacamiento liviano en el corazón de quien le recibe, prende allí y toma fuerzas para del todo engañar, permitiéndolo Dios no sin justo juicio; porque, como dice San Agustín, «la soberbia debe ser engañada».*

Estad, pues, tan limpia de acueste aplacimiento, y de pensar que sois algo por acuestas revelaciones, que no se mude vuestro corazón ni un solo punto del lugar humilde en que antes estaba, debajo del temor santo de Dios; y así os habed en ellas como si no os hubieran venido. Y si con responder esto, el negocio pasare adelante, dad luego cuenta de él a quien os puede aconsejar lo que os cumple. Aunque mejor sería dar esta cuenta luego que os acaeciese, y ayudar vos con oraciones y ayunos y otras buenas obras, al que os ha de aconsejar, para que Dios le aclare la verdad, pues el negocio es tan dificultoso. Porque si al espíritu bueno de Dios tenemos por espíritu malo del demonio, es gran blasfemia, y somos semejantes a los miserables fariseos, contradictores de la verdad de Dios, que atribuían al espíritu malo las obras que Jesucristo nuestro Señor hacia por Espíritu Santo. Y si con facilidad de creencia aceptamos el instinto del espíritu malo por cosas del Espíritu Santo, ¿qué mayor mal puede ser, que seguir las tinieblas por luz, y el engaño por verdad, y lo que peor es, al demonio por Dios? En entrambas partes hay gran peligro, o teniendo a Dios por demonio, o al demonio por Dios. Y cuan gran necesidad hay de saber distinguir y estimar cada cosa de éstas en lo que ella es, ninguno hay, por ciego que sea, que no lo vea. Mas cuan clara está la necesidad, tan dificultosa y escondida está la certificación y lumbre de acuesta duda. Y así como no es

de todos profetizar o hacer milagros, con otras semejantes gracias, sino de aquellos a quien el Espíritu santo las reparte por su voluntad, así no es dado al espíritu humano, por sabio que sea, juzgar con certidumbre y verdad la diferencia de los espíritus, si no fuese alguna cosa muy clara contra la Escritura o Iglesia de Dios. Necesaria, pues, es en todo caso lumbre del Espíritu Santo que se llama *discreción de espíritus*; con la cual entrañable inspiración y alumbramiento juzga el hombre, que este don tiene, sin errar, cuál es el espíritu de verdad o de mentira. Y si es cosa de tomo, débese decir al Prelado, y tener por acertada su determinación (Insigne fue la discreción de espíritu de que estuvo dotado el Santo Maestro Juan de Ávila, a cuyo supremo criterio apeló Santa Teresa de Jesús para cerciorarse en los temores de su conciencia).

CAPITULO 52

En que se ponen algunas señales de las buenas, y de las malas y falsas revelaciones o ilusiones.

Allende de lo dicho habéis de mirar qué provecho o edificación dejan en vuestra ánima acuestas cosas. Y no os digo esto para que por estas u otras señales vos seáis juez de lo que en vos pasa, mas para que, dando cuenta a quien os ha de aconsejar, tanto más ciertamente él pueda conocer y enseñaros la verdad, cuanto más particular cuenta le diéredes.

Mirad, pues, si estas cosas os aprovechan para remedio de alguna espiritual necesidad que tengáis, o para alguna cosa de edificación notable en vuestra ánima. Porque si un hombre bueno no habla palabras ociosas, menos las hablará el Señor, el cual dice (*Isa., 48, 17*): *Yo soy el Señor, que te enseñe cosas provechosas, y te gobierno en el camino que andas.* Y cuando se viere

que no hay cosa de provecho, mas marañas y cosas sin necesidad, tenedlo por fruto del demonio, que anda por engañar o hacer perder tiempo a la persona que las trae y a las otras a quien se cuentan; y cuando más no puede, con este perdimiento de tiempo se da por contento.

Y entre las cosas que habéis de mirar que se obran en vuestra ánima, la principal sea si os dejan más humillada que antes. Porque la humildad, como dice un Doctor, pone tal peso en la moneda espiritual, que suficientemente la distingue de la falsa y liviana moneda. Porque según dice San Gregorio: «Evidentísima señal de los escogidos es la humildad, y de los reprobados es la soberbia.» Mirad, pues, qué rastro queda en vuestra ánima de la visión o consolación, o espiritual sentimiento; y si os veis quedar más humilde y avergonzada de vuestras faltas, y con mayor reverencia y temblor de la infinita grandeza de Dios, y no tenéis deseos livianos de comunicar con otras personas aquello que os ha acaecido, ni tampoco os ocupáis mucho en mirarlo o hacer caso de ello, mas echáislo en olvido, como cosa que puede traer alguna estima de vos; y si alguna vez os viene a la memoria, humilláisos, y maravilláisos de la gran misericordia de Dios, que a cosas tan viles hace tantas mercedes; y sentís vuestro corazón tan sosegado, y más, en el propio conocimiento, como antes que aquello os viniese estábades; alguna señal tiene de ser Dios, pues es conforme a la enseñanza y verdad cristiana, que es que el hombre se abaje y desprecie en sus propios ojos; y de los bienes que de Dios recibe, se conozca por más obligado y avergonzado, atribuyendo toda la gloria a Aquel de cuya mano viene todo lo bueno. Y con esto concuerda San Gregorio, diciendo: «El ánima que es llena del divino entendimiento, tiene sus evidentísimas señales, conviene a saber, verdad y humildad.» Las cuales entrambas, si perfectamente en un ánima se juntaren, es cosa notoria que dan testimonio de la presencia del

Espíritu Santo.

Mas cuando es engaño del demonio, es muy al revés; porque, o al principio o al cabo de la revelación o consolación, se siente el ánima liviana y deseosa de hablar lo que siente, y con alguna estima de sí y de su propio juicio, pensando que ha de hacer Dios grandes cosas en ella y por ella. Y no tiene gana de pensar sus defectos, ni de ser reprendida de otros; mas todo su hecho es hablar y revolver en su memoria aquella cosa que tiene, y de ella querría que hablasen los otros. Cuando estas señales, y otras, que demuestran liviandad de corazón, viéredes, pronunciarse puede sin duda ninguna que anda por allí el espíritu del demonio.

Y de ninguna cosa que en vos acaezca, por buena que os parezca, ora sean lágrimas, ora sea consuelo, ahora sea conocimiento de cosas de Dios, y aunque sea ser subida hasta el tercero cielo, si vuestra ánima no queda con profunda humildad, no os fiéis de cosa ninguna ni la recibáis; porque mientras más alta es, más peligrosa es, y haceros ha dar mayor caída. Pedid a Dios su gracia para conoceros y humillaros, y sobre todo esto déos más lo que fuere servido; mas faltando esto, todo lo otro, por precioso que parezca, no es oro, sino oropel; y no harina de mantenimiento, sino ceniza de liviandad. Tiene este mal la soberbia, que despoja el ánima de la verdadera gracia de Dios; y si algunos bienes le deja, son falsificados para que no agraden a Dios, y sean ocasión al que los tiene de mayor caída. Leemos de nuestro Redentor que cuando apareció a sus discípulos el día de su Ascensión (*Mc., 16, 14*), primero *les reprendió la incredulidad y dureza de corazón*, y después les mandó ir a predicar, dándoles poder para hacer muchos y grandes milagros; dando a entender, que a quien Él levanta a grandes cosas, primero le abate en sí mismo, dándole conocimiento de sus propias flaquezas; para que aunque

vuelen sobre los cielos, queden asidos a su propia bajeza, sin poder atribuir a sí mismos, otra cosa sino su indignidad.

La suma, pues, de todo esto sea, que tengáis cuenta de los efectos que estas cosas obran en vos, no para ser vos juez de ellas, sino para informar a quien os ha de aconsejar, y vos tomar su consejo.

CAPÍTULO 53

De la oculta soberbia con que suelen ser muchos gravemente engañados en el camino de la virtud. Y de cuan a peligro están los tales de ser enlazados en ilusiones del demonio.

Mas habéis de notar, que muchos sienten en sí mismos su propia vileza, y cuan nada son de su parte, y paréceles que atribuyen puramente la gloria a Dios de todos sus bienes, y tienen otras muchas señales de humildad; y con todo esto están llenos de soberbia, y tan enlazados en ella, cuanto ellos más libres piensan estar. Y es la causa, porque ya que vivan en verdad, por no atribuir los bienes a sí, viven en engaño, por pensar que son sus bienes más y mayores de lo que en la verdad son; y piensan tener de Dios tanta lumbré, que ellos solos bastan para regirse en el camino de Dios y aun para regir a los otros; y ninguna persona hay que en los ojos de ellos sea suficiente para los regir. Son en gran manera amigos de su parecer, y aun tienen en poco algunas veces lo que los santos pasados dijeron, y lo que a los siervos de Dios que en su tiempo viven, parece. Jáctanse tener el espíritu de Cristo y ser regidos por Él, y no haber menester humano consejo, pues con tanta certidumbre Dios y su unción les satisface en sus oraciones.

Piensan, como San Bernardo dice, «en las casas

ajenas, y que en solas las suyas luce el sol». Y desafían y desprecian a todos los sabios, como Goliat al pueblo de Dios. Sólo aquél es bueno en su juicio, que con ellos se conforma; y no hay cosa que más molesta les sea, que haber quien les contradiga. Quieren ser maestros de todos y creídos de todos, y ellos a ninguno creer, y a la discreción cauta de los experimentados llaman tibieza y temor, y a los desenfrenados fervores y novedades, llenas de singularidad o causadoras de alborotos, llaman libertad de espíritu y fortaleza de Dios. Y aunque traigan en la boca casi a la continua, «Esto me dice mi espíritu; Dios me satisface», y semejantes palabras, otras veces alegan la Escritura de Dios, mas no la quieren entender como la Iglesia y los Santos la entienden, mas como a ellos parece, creyendo que no tienen ellos menor lumbre que los Santos pasados, antes que los ha tomado Dios por instrumento para cosas mayores que a ellos. Y así, haciendo ídolos de sí mismos, y poniéndose encima de las cabezas de todos con abominable altivez, es tan miserable el engaño de ellos, que siendo extremadamente soberbios se tienen por perfectos humildes; y creyendo que en solos ellos mora Dios, está Dios muy lejos de ellos; y lo que piensan que es luz, es muy oscuras tinieblas. De éstos, o que parecen a éstos, dice Gerson: «Hay algunos a los cuales es cosa agradable ser regidos por su parecer propio, y andan en sus invenciones guiados, o por mejor decir, arrojados por su propia opinión, que es peligrosísima guía. Macéranse con ayunos demasiadamente, velan mucho, turban y desvanecen el cerebro con demasiadas lágrimas. Y entre estas cosas no creen amonestación ni consejo de nadie. No curan de pedir consejo a los sabios de la Ley de Dios, ni se curan de oírlos; y cuando los oyen o piden consejo, desprecian sus dichos. Y es la causa, porque han hecho entender a sí mismos que son ya alguna cosa, y que saben mejor que todos qué es lo que les conviene hacer. De estos tales yo pronuncio que presto caerán en ilusión

de demonios, presto caerán en la piedra del tropiezo; porque son llevados con ciega precipitación y ligereza demasiada. Por tanto, cualquiera cosa que dijeren de revelaciones no acostumbradas; tenedlo por sospechoso.» Todo esto dice Gerson.

CAPITULO 54

De algunas propiedades que tienen los que en el capítulo pasado dijimos ser engañados. Y de cuánto conviene recibir parecer ajeno; y de los males que trae el amor del propio juicio.

Habéis de saber, que algunos de éstos que he dicho en el capítulo pasado, son gente sin letras, y cordialmente enemigos de los letrados. **Y si por ventura saben algún poco latín**, para leer y traer consigo un Testamento Nuevo, es tanto lo que se creen a sí mismos, pensando que creen a Dios, y estriban en unos livianísimos motivos y enlázanse en ellos con tal ceguedad, que por claros que son (*Por claros que son: a pesar de ser muy claros*), no saben sacudirse de ellos. Y son tan atrevidos e impersuasibles que, como la Escritura dice (*Prov., 17, 12*), *mejor es encontrar con una osa que le han tomado los hijos, que con un necio que confía en su necedad*. Y tienen muy en la memoria, y también en la lengua, aquel dicho de San Pablo (1 *Cor., 8, 1*): *La ciencia hincha, y la caridad edifica*. Y con esto paréceles tener licencia de despreciar a los sabios como a gente hinchada, y préciense a sí mismos como a gente llena de caridad; y no advierten que están ellos hinchados con soberbia de santidad, que es más peligrosa qué soberbia de letras, como cosa que nace de cosa mejor, y por eso es ella peor. Aunque en la verdad, ni la ciencia, ni las buenas Obras producen ellas de sí esta mala polilla, mas la maldad del malo, que toma ocasión de lo bueno para se hinchar. Y pues así es, no deben luego despreciar a los

sabios, pues que la sabiduría de si misma no les es impedimento para ser humildes y santos, antes a muchos ha sido y es grande ocasión para serlo. Y juzgar que no lo son es una grande soberbia e injurioso juicio. Y ya que no lo fuesen, acuérdense que está escrito (*Mt., 23, 2*): *Sobre la cátedra de Moisés se asentaron los letrados y fariseos; haced lo que os dicen, y no hagáis lo que hacen.* Y éstos son al revés, porque no toman la buena doctrina que los sabios dan, y hacen lo malo que ellos dicen que hacen, que es ser soberbios, despreciándolos, y no curando del orden natural y divino, que es que los menos sabios sean regidos por los más sabios.

Ni es contra esto lo que dijo San-Juan (*1 Jn., 2, 27*): *Que la unción enseña de todas cosas.* Porque lo que quiere decir es, que la gracia y lumbre de Dios, unas veces enseña al hombre interiormente por sí sola, y otras que vaya a pedir ajeno consejo, y a quién ha de ir a pedirlo; y así enseña de todo, aunque no por sí sola todo. Y a este propósito dice San Agustín: «Huyamos tales tentaciones, que son soberbiosísimas y peligrosas. Antes pensemos cómo el mismo Apóstol San Pablo, aunque fue postrado y enseñado con voz celestial (*Act., 9, 6, 11*), con todo eso fue enviado a hombre para recibir los Sacramentos y ser incorporado en la Iglesia. Y Cornelio Centurión fue enviado a San Pedro (*Act., 10, 5*), no solamente para recibir sacramentos, mas para oír de él lo que había de creer, esperar y amar. Porque si no hablase Dios a los hombres por boca de hombres, muy abatida cosa sería la condición humana. Y ¿cómo sería verdad lo que está escrito (*1 Cor., 3, 17*): *El templo de Dios, santo es; que sois vosotros, si no diese Dios respuestas desde este templo, que son los hombres, mas todo lo que quisiese que aprendiesen los hombres, se lo hubiesen de decir desde el cielo, y por medio de ángeles?* Y también la misma caridad no tendría entrada para que se comunicasen los corazones de unos con

otros, si los hombres no aprendiesen mediante otros hombres. San Felipe fue enviado al Eunuco (*Act.*, 8, 27), y Moisés recibió el consejo de su suegro Jetró (*Ex.*, 18, 24).» Todo esto dice San Agustín.

Item, dice San Juan Climaco: «Que el hombre que se cree a sí mismo, no ha menester que le tiende el demonio, porque él mismo se es demonio para sí.» ítem, dice San Jerónimo: «No quise yo seguir mi propio parecer, el cual suele ser muy mal consejero.» Item, San Vicente dice, y aconseja mucho, «que el hombre que quisiere ser espiritual, tenga algún maestro por quien se rija; y si lo puede haber y no lo toma, nunca le comunicará Dios la gracia, por su soberbia». San Bernardo y San Buenaventura a cada paso aconsejan lo mismo. Y la Escritura de Dios está llena de esto mismo. Unas veces dice (*Isa.*, 5, 21): *¡Ay de vosotros que sois sabios en vuestros ojos, y delante [de] vosotros mismos prudente! Y en otra parte (Prov., 26, 12): Si vieres algún hombre que se tiene por sabió, cree que más bien librado que éste, será el ignorante. Y San Pablo nos amonesta (Rom., 12, 16): No queráis ser sabios acerca de vosotros mismos. Y el Sabio dice (Prov., 18, 2): Si no dijeres al necio las cosas que él cree en su corazón, no recibirá las palabras de prudencia. Y en otra parte (Eccli., 6, 34): Si inclinares tu oreja, recibirás doctrina; y si amares el oír, serás sabio. Y por no ser prolijo, digo que la Escritura divina y amonestaciones de los Santos y las vidas de ellos, y las experiencias que hemos visto, todas a una boca nos encomiendan que no nos arrimemos a nuestra prudencia, mas que inclinemos nuestra oreja al ajeno consejo.*

Porque de otra manera, ¿qué cosa habría más sin orden que la Iglesia de Dios, o cualquiera congregación, si cada uno ha de seguir su parecer, pensando que acierta? ¿Y cómo puede ser que el espíritu de Cristo, que es espíritu de humildad y de paz y de unión, mueva a uno

a ser en contrario de todos los otros, en quien el mismo Dios mora? ¿Y cómo puede nacer de este espíritu, que se tenga un hombre en tanta estima, que no se halle en la congregación de los hombres quien le pueda enseñar, ni juzgar si su espíritu es bueno o malo? Porque como dice San Agustín, no dejaría éste de tomar ajeno consejo y obedecer, sino porque piensa con su soberbia que es mejor que el otro que le aconseja. Y ya que sea su soberbia tanta, que crea que es mejor que los otros, debe pensar que así como puede ser uno menos bueno que otro, y tener don de profecía o de sanar enfermos, y semejantes dones, de los cuales carezca el otro que es mejor que él, así puede ser que el que es menor en otros dones, sea mayor en tener don de consejo o de discreción de espíritu, de los cuales carezca el otro, que era mayor. Y pues Dios es tan amigo de la humildad y paz, no tema nadie que, si lo que tiene es de Dios, se vaya o se pierda por sujetarse por el mismo Dios al ajeno parecer, antes más y más se confirmará; y si de otra parte fuere, huirá. Y si su sabiduría es infundida de Dios, mire que una de las condiciones de ella, según dice Santiago (3, 17), es ser suadible (*Suadible*: que se deja persuadir. Es palabra latina: *suadibilis*). Y mire que llama San Agustín a estos pensamientos «soberbísimos y peligrosísimos». Porque aunque sea peligrosa la soberbia e inobediencia de la voluntad, que es no querer obedecer a la voluntad ajena, muy más peligrosa es la soberbia del entendimiento, que es, creyendo a su parecer, no sujetarse al ajeno. Porque el soberbio en la voluntad alguna vez obedecerá, pues tiene por mejor el ajeno parecer; mas quien tiene sentado en sí que su parecer es el mejor, ¿quién le curará? ¿Y cómo obedecerá a lo que no tiene por tan bueno? Si *el ojo del ánima* que es el entendimiento, con que se había de ver y curar la soberbia, ese mismo *está ciego* (Lc., 11, 34) y lleno de la misma soberbia, ¿quién lo curará? Y *si la luz se torna tinieblas*, y si la regla se tuerce, ¿qué tal quedará lo demás?

Y son tan grandes los males que vienen de aquesta soberbia, que turban a todos con cuantos contrata; porque con quien defiende porfiadamente su parecer propio y es amigo de él, ¿quién hay que en paz pueda vivir?

Y porque del todo maldigáis y huyáis este vicio, sabed que llega hasta hacer a los que eran buenos cristianos, perversos herejes; ni por otra cosa lo han sido, ni son, sino por creer más a su parecer propio que al de la Iglesia y de sus mayores. Pensaban ellos que acertaban, y que lo que en su corazón pasaba era obra de Dios, y que si creían más al parecer ajeno que a lo que en su corazón sentían, dejaban a Dios por el hombre. Mas la experiencia y la verdad nos demuestra que lo que pensaban ser espíritu de verdad era espíritu de engaño; el cual, cuando por otra parte no los pudo vencer, combatiólos *transformandose en ángel de luz* (2 Cor., 11, 14), debajo de semejanza de bien; y así quitóles la vida del ánima, por no querer ellos sujetarse al ajeno parecer.

CAPITULO 55

Que debemos grandemente huir el propio parecer, y escoger persona a quien por Dios nos sujetemos para ser de ella regidos; y qué tal ha de ser ésta; y cómo nos habremos con ella.

Tomando, pues, escarmiento de acuestas cosas, os amonesto que, así como habéis de ser enemiga de vuestra voluntad, así mucho más lo seáis de vuestro parecer, y de querer salir con la vuestra, pues que veis el mal paradero que tiene el parecer propio. Sed enemiga de él fuera de vuestra casa y en vuestra casa; y aunque sea en cosas livianas, no lo sigáis; porque a duras penas hallaréis cosa que tanto turbe el sosiego que Cristo

quiere en vuestra ánima para comunicarse con ella, como el porfiar y querer salir con la vuestra. Y más vale que no se haga lo que vos deseábades, que perder cosa que tanto habéis menester para gozar de Dios en sosiego. Y esto entended, si vos no tenéis oficio de regir la casa; porque entonces no debéis dejar lo que os parece ser bueno, aunque debéis informaros bien por oración y consejo, según la calidad de la cosa.

Ya sabéis que los que se han de haber en alguna cosa de afrenta, se suelen primero ensayar en cosas livianas, para estar industriados en las que son de verdad y mayores. Y, cierto, creed que quien está acostumbrado a creerse, y estima su entendimiento por sabio, queriendo salir con su parecer en las cosas pocas, se hallará nuevo y dificultoso en negar su parecer en las cosas mayores. Y, por el contrario, el ejercitado en cosas pequeñas a llamar a su entendimiento de necio y a fiar poco de él, hallarse ha facilitado para sujetarse, o al parecer de Dios o de sus mayores, o para no juzgar fácilmente a su prójimo.

Y así como en las cosas que he dicho de poca importancia podéis negar vuestro parecer y seguir el ajeno, sin examinar mucho quién lo dice o no, así os digo que en lo que toca a vuestra conciencia debéis de estar avisada, que ni la fiéis de vuestro parecer, ni la fiéis de quienquiera. Conviéneos que toméis por guía y padre a alguna persona letrada, y experimentada en las cosas de Dios; que uno sin otro ordinariamente no basta. Porque las solas letras no son suficientes para proveer las particulares necesidades y prosperidades y tentaciones, que acaecen en las ánimas de los que siguen la vida espiritual; en las cuales, como dice Gerson, se ha de ocurrir (recurrir) a los experimentados. Y muchas veces acaecerá a los que no tuvieren más que letras, lo que acaeció a los Apóstoles, andando una noche en la mar

con tormenta, que pensaron que Cristo, que a ellos venía, era fantasma (Mt., 14, 26), teniendo por engaño lo que es merced y verdad de nuestro Señor, como hicieron los Apóstoles. Poneros han algunos de ellos demasiados temores, condenándolo todo por malo; y como en sus corazones están muy lejos de la experiencia del gusto e iluminaciones de Dios, hablan de ello como de cosa no conocida, y a duras penas pueden creer que pasan en los corazones de los otros cosas más altas que las que pasan en el corazón de ellos.

Otros hallaréis ejercitados en cosas de devoción, que se van ligeramente tras un sentimiento de espíritu, y hacen mucho caso de él; y si alguno les cuenta algo de acuestas cosas, óyenlo con admiración, teniendo por más santo al que más tiene de ellas, y aprueban ligeramente estas cosas como si en ellas todo estuviese seguro: y como no lo esté, muchos de éstos por ignorancia caen en errores, y dejan caer a los que tienen entre manos, por no darles suficientes avisos contra las cautelas del demonio; por lo cual no son buenos para regir tampoco como los pasados.

Mas sabed que hay algunos de tan buen juicio, y que tienen entendido que la santidad verdadera no consiste en estas cosas, sino en el cumplimiento de la voluntad del Señor; y tienen experiencia de las cosas espirituales, y saben dudar y preguntar a quien les informe. De estos tales bien os podréis fiar, aunque no tengan letras; pues para quien todo su negocio es entender en sí mismo, acuesto le basta.

Y pues tanto os va en acertar con buena guía, debéis con mucha instancia pedir al Señor que os la encamine Él de su mano, y encaminada, fiadle con mucha seguridad vuestro corazón, y no escondáis cosa de él, buena ni mala: la buena, para que la encamine y os

avise; la mala, para que os la corrija. Y cosa de importancia no la hagáis sin su parecer, teniendo confianza en Dios, que es amigo de obediencia, que Él pondrá en el corazón y lengua a vuestra guía lo que conviene a vuestra salud. Y de esta manera huiréis de dos males, y extremos: Uno, de los que dicen: «No es menester consejo de hombre; Dios me enseña y me satisface.» Otros están tan sujetos al hombre, sin mirar otra cosa sino que es hombre, que les comprende aquella maldición, que dice *(Jerem., 17, 5): Maldito el hombre que confía en el hombre.* Sujetaos vos a hombre y habréis escapado del primer peligro; y no confiéis en el saber ni fuerza del hombre, mas en Dios, que os hablará y esforzará por medio del hombre, y así habréis evitado el segundo peligro.

Y tened por cierto, que aunque mucho busquéis, no hallaréis otro camino tan cierto ni tan seguro, para hallar la voluntad del Señor, como este de la humilde obediencia, tan aconsejado por todos los Santos, y tan obrado por muchos de ellos, según nos dan testimonio las Vidas de los Santos Padres, entre los cuales se tenía por muy gran señal de llegar uno a la perfección el ser muy sujeto a su Viejo. Y entre las muchas buenas cosas que en las Ordenes de los Religiosos hay, por maravilla hallaréis otra tan buena, como vivir todos debajo de un mayor a quien obedezcan, no sólo en las obras exteriores, mas en el parecer y voluntad interiormente; los cuales, si tienen confianza y devoción en la obediencia, vivirán vida acertada y muy descansada.

CAPITULO 56

En que se comienza a declarar la segunda palabra del verso, y el cómo habernos de mirar las Escrituras; y que conviene tener recogimiento en la vista corporal para ver mejor con los ojos del ánima; los cuales, cuanto

más limpios de las criaturas, miran mejor a Dios.

Si bien habéis oído las palabras ya dichas, veréis cuan necesario es el oír para agradar a Dios nuestro Señor. Ahora escuchad la segunda palabra que dice **VE**. No basta estar atento a las divinas palabras de fuera e inspiraciones de dentro, que es el oír; mas conviene también tener sano el sentido para ver. Porque no menos son reprendidos de Cristo los ciegos que *no ven* la luz, que los sordos que *no oyen* la verdad.

Mas no penséis que amonestándoos que veáis, os quiere decir que veáis fiestas o mundo; porque aquel ver, ¿qué otra cosa es sino cegar, pues impide la vista del ánimo? Los ojos del cuerpo basta que miren la tierra en que se han de tornar, y que miren el cielo donde está el deseo de su corazón, según dice David (*Ps., 8, 4*): *Veré tus cielos, obra de tus dedos; la luna y estrellas que Tú fundaste*. Y si más criaturas quieren ver, no lo impedimos, con tal que sea la vista para pasar de ellas a Dios, no para perder y olvidar a Dios en ellas; porque de esta vista dice Santo Rey y Profeta David al Señor (*Ps., 138, 37*): *Señor, aparta mis ojos, porque no vean la vanidad: en el camino tuyo avívame*. Bien sabía este santo Rey que el demasiado *mirar* es impedimento para correr con ligereza la carrera de Dios, y suele entibiar el corazón encendido, y por eso dice: *Avívame en tu carrera*; porque, según está claro a los experimentados, cuanto más recogidos tienen estos ojos exteriores, tanto más ven con los interiores, cuya vista es más alegre y más provechosa. Lo cual es justo que fácilmente crea un cristiano, pues leemos de algunos filósofos haberse sacado los ojos del cuerpo por tener más recogido su entendimiento para contemplar. En el cual hecho debemos burlar de su error en sacarse los ojos, y aprovecharnos de su buen deseo en tener recogimiento en ellos.

Y así con toda guarda debemos guardar nuestros ojos, porque no nos acaezcan los males que de la soltura suelen venir. ¿De dónde pensáis que vino el principio de la perdición al mundo? Por cierto, no de más que de una vista desordenada. *Miró Eva al árbol vedado, dióle gana de comer de su fruto porque le parecía hermoso y sabroso; comió e hizo comer a su marido (Gen., 3, 6), y la comida fue muerte para ellos y cuantos de ellos vinieron. No es cordura mirar lo que no es lícito desear; como parece en el santo Rey David (2 Reg., 11, 2), cuyos ojos se deleitaron en mirar la mujer que se lavaba en su huerto; y tuvo después que llorar noches y días, lavando su cama y estrado con lágrimas, en tanta abundancia, que sus ojos estaban carcomidos, como de polilla, de mucho llorar. Y quien dice: Arroyos de agua derramaron mis ojos porque no guardaron los malos tu Ley (Ps., 118, 136), mejor los derramarla por no haberla él guardado. Buen consejo hubiera sido a sus ojos no deleitarse en lo que después tan caro les costó; y también lo será a nosotros pecadores, pues tan livianos somos, que tras los ojos se nos va el corazón. Pongamos, pues, un velo entre nosotros y toda criatura, no hincando los ojos del todo en ella, porque ocupados allí, no perdemos la vista del Criador; quiero decir, nuestras devotas consideraciones que de Dios teníamos.*

Y creed cierto, que una de las más ciertas señales de corazón recogido, es la mortificación en el mirar; y del corazón disoluto la disolución del mirar. No hay pulso que tan cierto declare lo que hay en el cuerpo, cuanto el ojo declara lo que hay en el ánima, de bien o de mal. Por lo cual el Esposo alaba a la Esposa de los ojos, diciendo (*Cant., 1, 14*): *Tus ojos son de paloma*; dando a entender que son honestos como los de la paloma, que suelen ser negros. Miremos, pues, cómo miramos, si no queremos pagar llorando lo que pecamos mirando.

Y si esto conviene mirar en *los ojos de fuera*, ¿cuánto más en los *interiores*, en los cuales verdaderamente está el bien o el mal mirar, y por los cuales es uno juzgado que tiene vista o es ciego? Claro está que los fariseos a quien Jesucristo nuestro Señor hablaba, ojos tenían en la cara, con que veían; mas porque no veían con los del ánima, llamábalos *ciegos y guía de ciegos* (Mt, 15, 14). Y, por el contrario, el Patriarca Isaac y Tobías muy clara vista tenían en los ojos del ánima, y por eso poco les dañaba estar ciegos en los ojos del cuerpo. Porque, como dijo San Antón a un ciego llamado Dídimos, que era muy sabio en las Escrituras divinas: «No es razón que tomes pena por no tener ojos del cuerpo, los cuales también tienen los gatos y los perros y otros animales menores» pues tienes claros los ojos del ánima, con los cuales se ve Dios.»

Pues de esta vista debéis entender lo que se amonesta en la segunda palabra, que dice: *VE*, si la queréis cumplir. Ojos tenéis, que es vuestro entendimiento; y para ver a Dios nos fue dado; no lo hincháis de polvo de tierra y de honras mundanas, ni lo tapéis con gruesos humores de pensamientos de cuerpo; mas sacudida de estas poquedades que ocupan la vista, tened vuestro entendimiento claro para emplearlo en Aquel que os lo dio y os le pide para haceros bienaventurada en él. No penséis que os desocupó Cristo en balde de las ocupaciones del mundo, e hizo que no entrádes a moler en la tahona de las cargas del matrimonio, cuyos cuidados suelen turbar los ojos de quien anda en ellos, si muy especial gracia, del Señor no tienen para cumplir bien con dos partes; mas libertóos el Señor para que fuédes toda suya, y vuestros ojos a Él solo mirasen, como la esposa casta a su solo esposo suele mirar.

CAPITULO 57

Que lo primero que ha de mirar el hombre es o sí mismo; y de la necesidad que tenemos del «propio conocimiento», y de los males que nos vienen por falta de este conocimiento propio.

Tendréis, pues, esta orden en el mirar: que primero os miréis a vos, y después a Dios, y después a los prójimos. Miraos a vos para que os conozcáis y tengáis en poco; porque no hay peor engaño, que ser uno engañado en sí mismo, teniéndose por otro de lo que es. Lodo sois de parte del cuerpo, pecadora de parte del ánima; si en más que esto os tenéis, ciega estáis, y deciros ha vuestro Esposo (Cant., 1, 7): ***Si no te conoces, ioh hermosa entre las mujeres!, salte y vete tras las pisadas de tus manadas, y apacienta tus cabritos por de las cabañas de los pastores.*** El cual lugar os declararé, según la letra griega y edición Vulgata, a la cual el Concilio Tridentino nos manda seguir, puesto caso que, según la letra hebrea, tenga otro sentido.

Dicen, pues, en sentencia, San Gregorio y San Bernardo y Orígenes de esta manera: «No hay cosa tan para temblar, como oír a la boca de Dios: ***Salte y vete.*** Porque si la más recia palabra de un padre para su hijo, o marido con su mujer, que la tiene en grande abundancia, es apartarla de su amparo y riquezas, diciéndole: Vete de mí y de mi casa, ¿qué será irse el ánima y apartarse de Dios, sino desterrase de todos los bienes y caer en todos los males?» ***¿Dónde iremos—dijo San Pedro a Cristo—que palabras de vida eterna tienes? (Jn., 6, 69).*** ¿Dónde iremos, que fuente de vida tienes y Tú sólo la tienes? ¿Dónde iremos, alegre Luz, sin la cual hay tinieblas? ¿Dónde. Pan vivo, sin el cual hay hambre mortal? ¿Dónde, firmísimo amparo, sin el cual la seguridad es peligro? En fin, ¿dónde irá la oveja, estando en toda parte cercada de lobos, si el pastor la desabriga y alanza

de sí? Recia palabra es: *Salte y vete*, y semejable a aquella que Cristo ha de decir el día postrero a los malos (Mt., 25, 41): *Idos, malditos, al fuego que está aparejado*. Y otra vez digo, que no hay cosa que más deba temer, ni que tanto deba trabajar por evitar quien está en la abundante y alegre casa de Dios, y debajo de su fortísimo amparo, como oír a sus orejas: *Salte y vete*. Esta salida no es cosa liviana, mas es causa de todos los males. Porque el hombre desamparado del amparo divino, y dejado a sus propias fuerzas, ¿qué hará, como dice San Agustín, sino lo que hizo San Pedro cuando negó a nuestro Señor? Y aun sin conocer y arrepentirse del mal que habla hecho, hasta que el amparo y mirar divino tornó sobre Pedro, caído en pecado y olvidado en él, dándole conocimiento que había hecho mal en haber caído, y dándole de ello dolor, y que la causa de su caída fue haber confiado de sí.

De manera, que la causa por que el benigno Señor se torna riguroso en echar de casa sus hijos, es porque *no se conocen*, pensando ser algo, y estribando sobre sus fuerzas. Y a esta ánima dice el Esposo: *Si no te conoces, salte y vete tras las pisadas de tus manadas*: que quiere decir, que la deje ir perdida, siguiendo las obras y rastro de los pecadores, que andan juntos en sus pecados como manadas de animales, ayudándose en ellos unos a otros; los cuales también serán el día postrero atados como manojos, **para ser en el infernal fuego juntamente quemados los que fueron juntos en los pecados**. Y dice el Esposo a la tal ánima: *Manadas tuyas*; porque el pecar, de nosotros es, no de Dios; y el bien es de Dios, y no de nosotros; pues por su virtud lo hacemos. Lo cual Él quiere muy de hecho que conozcamos ser así, no tanto por lo que a Él toca, cuya gloria no crece en si mismo, aunque nosotros le glorifiquemos; mas por lo que toca a nosotros, cuyo bien es, y muy grande, conocer que de todo bien que tenemos, no a nosotros, sino a Él se debe la honra. Y

sí de lo que Él puso en nosotros para su alabanza, queremos edificar ídolo, *atribuyendo la gloria del incorruptible Dios a nosotros, corruptibles hombres (Rom., 1, 23)*, no lo dejará Él sin castigo, mas dirá: **Quédate con lo que es tuyo y piérdete, pues no quisiste permanecer en Mí para salvarte. ¡Oh, cuan de verdad se cumplen en los soberbios estas palabras; y cuan presto, de espirituales se hacen carnales, de recogidos disolutos, de oro lodo; y los que solían comer con sabor pan celestial, deléitanse después en comer manjares de puercos, siéndoles cosa muy pesada no sólo obrar las cosas de Dios, mas aun oír hablar de Él! ¿ De dónde pensáis que ha venido haber sido algunas personas castas en el tiempo de su mocedad, aunque fueron combatidos de graves tentaciones, y venidos a la vejez haber miserablemente caído en vilezas tan feas, que ellos mismos se espantan de sí y se abominan? La causa fue que en la mocedad vivían con santo temor y humildad; y viéndose tan al canto de caer, invocaban a Dios, y eran defendidos por Él. Mas después que, con larga posesión de la castidad, comenzaron a engreírse y confiar de sí mismos, en aquel punto fueron desamparados de la mano de Dios, e hicieron lo que era suyo propio, que es el caer.**

Y entonces se cumple que *apacientan sus cabritos*, que son sus livianos y deshonestos sentidos, *cerca de las tiendas de los pastores*, que son los cuerpos de los siervos de Dios, porque en ellos están como en *cabaña de campo*, que presto se muda, y no como en casa o ciudad de reposo. Y así con mucha razón, en cuerpos y en cosas de cuerpos apacientan sus sentidos, porque perdieron con su soberbia el verdadero sentido, sintiendo de sí otra cosa, que es ser de sí mismos nada y pecadores, robando la gloria de Dios que tan de verdad se le debe de todo lo bueno que en cualquier manera hacemos.

Despertad, pues, doncella, y escarmentad, como

dicen, en cabeza ajena, y aprovechaos de la amenaza, porque no probéis el castigo. Sed semejante a la Esposa, a la cual fueron dichas estas palabras; la cual, oída palabra tan pesada y de boca de quien es todos los bienes: *Salte y vete*, miróse, y conocióse, y quitó de sí algunas osadías que antes tenía. Y hecha humilde con la reprehensión, consuélala el Esposo diciendo (*Cant.*, 1, 8): *A mi caballería en los carros de Faraón te he asemejado, amiga mía: hermosas son tus mejillas, como de tórtola.* Por la soberbia es un ánima semejable al demonio, el cual, como dice el Evangelio (*Jn.*, 8, 44), *no estuvo en la verdad*, que es Dios; mas quiso estar en sí mismo, poniéndose a sí por arrimo y descanso. Por eso cayó; porque la criatura no puede estar en sí, sino en Dios. Mas por el humilde conocimiento de sí es una ánima semejante a los buenos ángeles, que se arrimaron a Dios y se desasieron de sí; porque se veían ser caña quebrada; y túvolos Dios, y confirmólos, porque dieron voces diciendo: *¿Micael?* Que quiere decir: *¿Quién como Dios?* En lo cual contradecían al malaventurado Lucifer y a los suyos, que se querían hacer idolos, atribuyendo a sí lo que era de Dios, que es el ser principio, arrimo y descanso de toda criatura. No porque éstos entendiesen que lo podían ser, pues que se conocían ser criaturas; mas porque se deleitaban en ello, como si lo tuvieran; como suelen hacer los soberbios, que aunque su boca o entendimiento diga a voces que de Dios tienen y esperan todo su bien, mas con la voluntad ensálzanse y gózanse vanamente en si mismos, como si de sí tuviesen el bien; confesando con el entendimiento que la gloria se debe a Dios, y robándosela con la voluntad. Mas les buenos ángeles claman con entendimiento y voluntad: *¿Quién como Dios?* Porque de corazón se humillaron y desestimaron, según por el entendimiento lo conocían. Y por eso fueron ensalzados a ser participantes de Dios, sin jamás poderlo perder. Pues a esta *caballería*, que es el angélico ejército que destruyó a Faraón y a sus carros en

el mar Bermejo, *asemeja Cristo a su Esposa* cuando se conoce y se mide.

Y alaba tos *mejillas* donde se suele mostrar la vergüenza. ¿Por qué hubo vergüenza la Esposa de la tal reprehensión? Por haber pedido cosas mayores que a su poquedad convenían; y, de mejillas deslavadas, tomáronse vergonzosas y honestas, *como de tórtola*, que es ave honesta. Y por esto decía aquel devoto Bernardo, que había hallado por experiencia no haber cosa tan provechosa para alcanzar, conservar y recobrar la gracia, como vivir siempre en un temor y santo recelo: cuando no la tenemos, porque estamos aparejados a todas caídas: recelo cuando la tenemos, porque hemos de obrar conforme al talento que nos es dado en ella; y mayor recelo cuando la perdemos, porque por nuestro descuido se ha ido nuestro favor. Y por eso dice la Escritura (*Prov., 28, 14*): *Bienaventurado el varón que siempre está temeroso.*

CAPITULO 58

Que debemos poner diligencia en el propio conocimiento; y en qué cosas lo podremos hallar; y que conviene tener un lugar apartado donde nos recoger un rato cada día.

De lo ya dicho, y de otras muchas cosas que los Santos han hablado en alabanza del propio conocimiento, veréis cuan necesaria es esta joya para venir al conocimiento de Dios. Y pues queréis edificar casa en vuestra ánima para este tan alto Señor, sabed que no los altos, mas los humildes de corazón son sus casas.

Y por tanto, el primer cuidado que tengáis sea cavar en la tierra de vuestra poquedad, hasta

que, quitado de vuestra estimación todo lo movedizo que de vos tenéis, lleguéis a la firme piedra, que es Dios; sobre la cual, y no sobre vuestra arena, fundaréis vuestra casa. Y por esto decía el bienaventurado San Gregorio: «Tú que piensas edificar edificio de virtudes, ten primero cuidado del fundamento de la humildad ; porque quien quiere tener virtudes sin ella, es como quien llevase ceniza en su mano en contrario del viento.» Lo cual dice, porque no sólo no aprovechan las virtudes sin la humildad—aunque sin ella, no son virtudes—, mas son ocasión de muy gran pérdida, así como el gran edificio sobre el pequeño y flaco cimiento es ocasión de caída. Y por tanto, conforme a la alteza de las virtudes ha de ser lo bajo del cimiento de la humildad, para que el ánima esté firme, y no sea derribada con el viento de la soberbia.

Y si me dijéredes: ¿Dónde hallaré esta joya del propio conocimiento?, dígoos que aunque es de mucho valor, en el establo, y entre el estiércol de vuestra poquedad y defectos la habéis de hallar, quitando los ojos de las vidas ajenas. No os entremetáis en saber cosas curiosas; volved vuestra vista a vos misma, y perseverad en examinaros; que aunque al principio no halléis tomo en conoceros, como quien entra de la claridad del sol a una cámara obscura; mas perseverando en sosiego, poco a poco veréis con la gracia de Dios lo que en vuestro corazón hay, aunque sea en los muy secretos rincones. Y para que sepáis el modo que cerca de esto, que tanto os va, habéis de tener, oíd a San Jerónimo, que dice a una mujer casada (a Cleancia): «De tal manera tengas cuidado de tu casa, que también tengas para tu ánima algún reposo. Busca un lugar conveniente, y algún tanto apartado del bullicio de tu familia; al cual te vayas, como quien se va a un puerto, huyendo de la gran tempestad de tus cuidados; y allí, solamente haya lección de cosas divinas, y oración

continúa, y pensamientos de cosas del otro mundo, tan firmes, que todas las ocupaciones del otro tiempo del día ligeramente las recompenses con este rato de desocupación. Y no te decimos esto para apartarte del regimiento (gobierno) de tu casa, mas antes para que allí aprendas y pienses cómo te debes haber con ella.» Si este bienaventurado Santo encomienda a una mujer casada que quite a las ocupaciones de casa algún rato, y se recoja en quieto lugar a leer y pensar cosas de Dios, ¿con cuánta más razón la doncella de Cristo, que está libre de los mundanos cuidados, y que debe pensar que no vive para otra cosa tan principalmente, como para usar de la oración y recogimiento interior y exterior, debe buscar en su casa algún lugar escondido y secreto, en el cual tenga sus libros devotos e imágenes devotas, diputado solamente para *ver y gustar cuan suave es el Señor?* (Ps. 33, 9). El estado de virginidad que habéis tomado, no es para que estéis enlazada en cuidados perecederos del mundo; mas, así como es semejante al estado del cielo, cuanto a la entereza e incorrupción de la carne, así habéis de pensar que no ha de entrar en vuestro corazón, en cuanto a vos fuere posible, cuidado de tierra; mas habéis de ser un templo vivo, en el cual se ofrezcan continuas oraciones, y suenen continuos loores a Aquel que os crió. Y sólo un cuidado ocupe vuestro corazón, y ha de ser agrandar al Señor, como dice San Pablo (Colos., 3, 3): *Daos por muerta* a este mundo, pues ya os habéis desposado con el Rey celestial. Y acordaos que dice el Esposo a la Esposa (Cant., 4, 12): *Huerto cerrado, hermana mía, Esposa, huerto cerrado*. Porque no sólo habéis de ser limpia y guardada en la carne, mas también muy cerrada y recogida en el ánimo. Que, pues la virginidad se toma entre cristianos, no por sí sola, mas porque ayude para con más libertad dar el corazón a Dios; la doncella que se contenta con virginidad de cuerpo, y no vive cuidadosa en el aprovechamiento de las virtudes y oración y gusto de Dios, ¿qué otra cosa hace,

sino pararse en el camino, y nunca llegar adonde va? ¿Tener aparejo para coser y labrar, y nunca entender en ello? Cosa vergonzosa es a todo cristiano no tener ejercicio de santa lección y de santos pensamientos en su ánima; mas al religioso, al sacerdote, y a la virgen que a Cristo se ha dado, no sólo es vergonzoso, mas intolerable. Por tanto, si queréis gozar de los frutos de la santa virginidad que a Cristo habéis prometido, sed enemiga de ver y ser vista. Salid de casa todo lo menos que fuere posible, aunque sea a santos lugares y obras buenas; porque a las mozas así conviene. No os entremetáis en temporales congojas. Y cumplido con el trabajo de vuestras manos, el cual, moderamente tomado, aprovecha a cuerpo y ánima, y cumplido con las ocupaciones de necesidad o de caridad, según la ordenación que de vuestra vida tenéis, tomad cuanto tiempo pudiéredes para os encerrar en vuestro oratorio; que aunque al principio se os haga de mal, después probaréis que en la celda se tratan negocios del cielo, y que ningún rato de tanto contentamiento hay, como el que allí en sosiego se gasta.

CAPITULO 59

En que se prosigue el ejercicio para hallar el propio conocimiento; y de cómo nos habernos de aprovechar en la lección y oración.

Buscado, pues, este lugar quieto, recogeos en él a lo menos dos veces al día, una por la mañana, para pensar en la sacra Pasión de Jesucristo nuestro Señor, como después diremos (Cap. 68 y siguientes), y otra en la tarde en anocheciendo para pensar en el ejercicio del propio conocimiento. Y el modo que tendréis sea éste. Tomad primero algún libro de buena doctrina, en que, como en espejo, veáis vuestras faltas, y con él toméis manjar con que vuestra ánima sea esforzada en el

camino de Dios. Y este leer no ha de ser con pesadumbre, ni pasando muchas hojas, mas, alzando el corazón a nuestro Señor, suplicarle que os hable en vuestro corazón con su viva voz, mediante aquellas palabras que de fuera leéis, y os dé el verdadero sentido de ellas. Y con aquella atención y reverencia estad atenta, escuchando a Dios en aquellas palabras que de fuera leéis, como si a Él mismo oyéades predicar cuando en este mundo hablaba. De manera, que aunque tengáis los ojos en el libro, no peguéis en él con mucha ansia el corazón para que os haga olvidar de Dios; mas tened a lo que leéis una mediana y descansada atención, que no os cautive ni impida la atención libre y levantada que al Señor habéis de tener. Y leyendo de esta manera no os cansaréis; y daros ha nuestro Señor el vivo sentido de las palabras, que obre en vuestra ánima, unas veces arrepentimiento de vuestros pecados, otras confianza de Él y de su perdón; y os abrirá el entendimiento a conocer otras muchas cosas, aunque leáis pocos renglones. Y algunas veces conviene interrumpir el leer, por pensar alguna cosa que del leer resultó, y después tornar a leer; y así se van ayudando la lección y la oración.

Y con el corazón así devoto y recogido, podéis comenzar a entender en el ejercicio de vuestro propio conocimiento; y de esta manera, vuestras rodillas hincadas, pensaréis a cuan excelente y soberana Majestad vais a hablar. La cual no la penséis lejos de vos, mas que hinche cielos y tierra; y que ninguna parte hay en que no esté, y más dentro de vos qué vos misma. Y considerando vuestra pequeñez, hacedle una entrañable reverencia, humillando vuestro corazón como una pequeña hormiga delante de un Ser infinito, y pedidle licencia para hablarle. Y comenzad primero en decir mal de vos y rezad la confesión general, y acordándoos particularmente y pidiendo perdón de lo que en aquel día hubiéredes pecado.

Después rezad algunas devociones que debéis tener por costumbre; no tantas, que demasiadamente os fatiguen la cabeza y os sequen la devoción; ni tampoco las dejéis del todo, porque sirven para despertar la devoción del ánima, y para ofrecer a Dios servicio con nuestra lengua, en señal que Él nos la dio. Y por eso nos enseña San Pablo (1 *Cor.*, 14, 15): *Que hemos de orar y cantar con el espíritu de la voz, y con el ánima.* Y estas oraciones no sólo sean para pedir mercedes a nuestro Señor para vos, mas por aquellos por quien tenéis especial obligación, y por toda la Iglesia cristiana, el cuidado de la cual habéis de tener muy fijado en vuestro corazón. Porque si a Cristo amáis, razón es que os toque aquello por cuyo bien derramó su sangre. Y rezad así por los vivos, como por los que en purgatorio están. Y también por toda la infidelidad, que está privada del conocimiento de Dios, suplicándole traiga a su santa fe a todos, pues *todos desea que sean salvos.* Y estas oraciones han de ser las más de ellas enderezadas a dos partes: una a nuestra Señora, a la cual habéis de tener muy cordial amor, y entera confianza que os será muy verdadera Madre en todas vuestras necesidades; y la otra a la Pasión de Jesucristo nuestro Señor, la cual también os ha de ser muy familiar refugio de vuestros trabajos, y esperanza única de vuestra salud.

CAPITULO 60

De cuánto aprovecha para el propio conocimiento la meditación de la muerte, y del modo del meditar en lo que toca al cuerpo.

Después de esto, dejad de rezar con la boca, y meteos en lo más dentro de vuestro corazón; y haced cuenta que estáis delante la presencia de Dios, y que no hay más de Él y de vos.

Pensad cómo antes que a este mundo viniédeses, érades nada, y cómo aquella sobrepujante bondad de Dios nuestro Señor os sacó de aquel abismo de no ser, y os hizo criatura suya, no cualquiera, sino razonable. Pensad cómo os dio cuerpo y ánima, para que con lo uno y con lo otro trabajasedes de le servir.

Haced cuenta que estáis ya en el paso de vuestra muerte, lo más verdaderamente que lo pudiéredes sentir, diciendo a vos misma: «Llegar tiene algún día esta hora de mi acabamiento; no sé si será esta noche o mañana; y pues ciertamente ha de venir, razón es que piense en ello.» Pensad cómo caeréis en la cama, y cómo habéis de sudar el sudor de la muerte; levantarse ha el pecho, quebrantarse han los ojos, perderse ha el color de la cara, y con grandes dolores se apartará esta junta tan amigable del cuerpo y del ánima. Amortajarán después vuestro cuerpo, y poneros han en unas andas, y llevaros han a enterrar, llorando unos y cantando otros. Echaros han en una sepultura chica, cobijaros han con tierra, y después de haberos pisado, quedaros heis sola, y seréis presto olvidada.

Pensad, pues, todo esto que por vos ha de pasar. ¿Qué tal estará vuestro cuerpo debajo de la tierra? Y cuan presto se parará tal, que cualquiera persona, por mucho que os quiera, no os pueda ver, ni oler, ni estar cerca de vos. Mirad allí con atención en qué paran la carne y su gloria, y veréis cuan necios son aquellos que, habiendo de salir tan pobres de este mundo, andan ansiosos ahora por ser muy ricos; y habiendo de ser tan presto hollados y olvidados, tienen gran sed de ponerse en más altos lugares que los otros. Y cuan engañados viven los que regalan su cuerpo, y se van tras sus deseos; porque otra cosa no hicieron sino ser cocineros de gusanos, guisándoles bien el manjar que han de comer; y

ganaron con sus breves deleites tormentos que nunca se acaban. Considerad y mirad con muy grande atención y despacio vuestro cuerpo tendido en la sepultura; y haciendo cuenta que ya estáis en ella, mortificad los deseos de la carne cada vez que os vinieren a la memoria; y mortificad los deseos de agradar y desagradar al mundo, y de tener en algo cuanto en él florece, pues que tan presto y con tanto abatimiento lo habéis de dejar, y él a vos. Y considerando cómo vuestro cuerpo, después de ser manjar de gusanos, se tornará en cieno y en polvo, no lo miréis de ahí adelante sino como a un muladar cubierto de nieve, y que os dé asco acordaros de él. Y teniendo el cuerpo en esta posesión, no seréis engañada cerca de la estima de él, mas tendréis verdadero conocimiento, y sabréis cómo lo habéis de regir, mirando el fin en que ha de parar; como quien se pone al fin de la nao, para desde allí regirla mejor.

CAPITULO 61

De lo que se ha de considerar en la meditación de la muerte acerca de lo que sucederá al alma, para aprovechar en el propio conocimiento.

En esto que habéis oído ha de parar vuestro cuerpo; resta que oigáis lo que ha de acaecer a vuestra ánima, la cual será en aquella hora llena de angustias, acordándose de las ofensas que en esta vida hizo a nuestro Señor, y pareciéndose entonces muy grave lo que antes le parecía muy liviano. Será desamparada de sus sentidos, no podrá servirse de la lengua para pedir socorro a nuestro Señor, y entenebrecérsele ha el entendimiento, que aun pensar en Dios no podrá; y, en fin, poco a poco acercarse ha la hora en que por mandamiento de Dios salga del cuerpo, y se determine de ella o perdición para siempre, o salud para siempre. Oír tiene de la boca de Dios: «Apártate de mí a fuegos

eternos», o «Quédate conmigo en estado de salvación, en purgatorio o paraíso». Colgada habéis de estar de sola la mano de Dios, y en sólo Él estará vuestro remedio. Por lo cual habéis mucho de huir de enojar en vuestra vida al que en la hora de vuestra muerte habéis tanto menester. Demonios que os acusen y que pidan justicia a Dios contra vuestra ánima, acusándoos particularmente de cada pecado, no os faltarán; y si la misericordia de Dios entonces os olvida, ¿qué haréis, oveja flaca, cercada de tan rabiosos lobos, muy deseosos de os tragar?

Pensad, pues, en el rato de vuestro recogimiento cómo en acueste estrecho punto habéis de ser presentada delante el juicio de Dios, desnuda y sola de todas las cosas, y acompañada del bien o mal que hubiéredes hecho. Y decid a nuestro Señor, que vos os presentáis ahora de gana, para alcanzar misericordia en aquella hora, que por fuerza habéis de salir de este mundo. Haced cuenta que sois un ladrón, a quien han tomado en el hurto, y le presentan ante el juez, las manos atadas; o una mujer que la halló su marido haciéndole traición; los cuales, de confundidos, no osan alzar los ojos, ni pueden negar su delito; y creed, que muy más claramente os ha visto Dios en todo lo que contra Él habéis pecado, que pueden ningunos ojos de hombres ver cosa que delante de él se hiciese. Y avergonzándoos de haber sido mala en la presencia de tanta bondad, cubríos de la vergüenza que entonces perdisteis; y sentid en vos confusión de vuestros pecados, como quien está delante la presencia del soberano Juez y Señor. Acusaos vos como habéis de ser acusada; y especialmente traed a la memoria los pecados más graves que hubiéredes hecho; aunque si son deshonestos, más seguro es no deteneros en los pensar muy particularmente, sino a bulto, como una cosa hedionda, y que os da grande espanto de la mirar. Juzgaos y sentenciaos por mala, y **bajad vuestros ojos a considerar los infernales fuegos, creyendo que los**

tenéis muy bien merecidos.

Poned en una parte los bienes que Dios os ha hecho desde que os crió, discurriendo por vuestro cuerpo y por vuestra ánima; y cómo érades obligada a reverenciarle y serle agradecida, y amarle con todo vuestro corazón, sirviéndole con toda obediencia y con toda vos, guardando sus mandamientos y de su Iglesia. Mirad cómo os ha mantenido, con otros mil bienes que os ha hecho, y de males que os ha librado; y, sobre todo, cómo, por convidaros con su ejemplo y amor a que fuédes buena, vino el mismo Señor del mundo, haciéndose hombre; y por remediar vuestra maldad y ceguedad en que estábades, pasó muchos trabajos, y derramó muchas lágrimas, y después su sangre, perdiendo la vida por vos. Todo lo cual se ha de poner el día de vuestra muerte y juicio en una balanza, haciéndoos cargo de ello como de *recibo*; y os han de pedir cuenta de cómo habéis servido tantas mercedes, y cómo habéis usado de vos misma a servicio de Dios, y con qué cuidado habéis respondido a tanta bondad con que Dios ha deseado y procurado salvaros. Mirad bien, y veréis cuánta razón tenéis de temer, pues que no sólo no habéis respondido con servicios conforme a estas deudas, mas habéis dado males en pago de bienes, y despreciado al que tanto os preció, huyendo y volviendo las espaldas al que os seguía para vuestro bien.

¿Qué gracias os parece que se deben dar ti quien por su infinita misericordia nos ha librado de los infiernos, habiéndonos nosotros justamente merecido? ¿Qué daremos a quien tantas veces tendió su mano para que **los demonios** no nos ahogasen y llevasen consigo? Y siendo nosotros crueles ofendedores de su Majestad, Él nos fue piadoso padre y dulce defensor. Pensad que quizás están algunos en los infiernos con menos pecados que vos. Y de tal manera os mirad y servid a Dios, como si

hubiérades por vuestros pecados entrado en el infierno, y Él os hubiera sacado de allá; porque todo es una cuenta, haber estorbado que no vayáis allá mereciéndolo vos, o sacaros de allá por su gran misericordia después de entrada.

Y si cotejando los bienes que con vos Dios ha hecho, y los males que vos a Él, no sintiéredes vergüenza ni dolor como vos deseáis, no os turbéis por ello, mas perseverad en acueste juicio, y poned delante de los ojos de Dios vuestro corazón tan llagado y tan adeudado, y suplicadle que os diga Él quién sois vos y en qué posesión os habéis de tener. Porque el efecto de este ejercicio no es solamente entender que sois mala, mas sentirlo y gustarlo con la voluntad, y hallar tomo en vuestra maldad e indignidad, como quien tiene un perro muerto a sus narices. Y por esto, estas dichas consideraciones no han de ser apresuradas, ni de un día solo, mas han de ser largas y con mucho sosiego, para que poco a poco se vaya embebiendo en vuestra voluntad aquel desprecio e indignidad que con el entendimiento juzgasteis que se os debía. El cual pensamiento habéis de presentar delante de Dios, pidiéndole que Él lo asiente en lo más dentro de vuestro corazón. Y de ahí adelante estimaos con mucha sencillez y verdad, como una persona muy mala, merecedora de todo desprecio y tormento, aunque sea de infierno; y estad aparejada a sufrir con paciencia cualquier trabajo o desprecio que se os ofreciere, considerando que, pues habéis ofendido a Dios, es muy justo que todas las criaturas se levantasen contra vos y vengasen la injuria de su Criador. En esta paciencia entenderéis si de verdad os conocéis por pecadora y digna de infierno; y decid en vos misma: «Todo el mal que me pueden hacer, muy poco es, pues yo merezco el infierno.» ¿Quién se quejará de picaduras de moscas, mereciendo eternos tormentos? Y así andad muy maravillada de la infinita bondad del Señor, cómo no

alanza de sí a un gusano hediondo, mas lo mantiene y regala, y le hace mercedes en cuerpo y en ánima, todo para gloria de Él, sin que tengamos nosotros de qué gloriarnos.

CAPITULO 62

Que el cotidiano examen de nuestras faltas ayuda mucho para el propio conocimiento; y de otros grandes provechos que este ejercicio del examen trae; y del provecho que nos viene de las reprensiones que otros nos dan, o el Señor interiormente nos envía.

Para acabar este ejercicio de vuestro conocimiento, dos cosas os restan que oigáis. La una, que no se debe contentar el cristiano con entrar en juicio delante de Dios para acusarse de los pecados pasados, mas también de los que cada día comete. Porque por maravilla hallaréis cosa tan provechosa para enmienda de la vida, como tomarse el hombre cuenta de cómo la gasta, y de los defectos que hace. Porque el ánima que no es cuidadosa en examinar sus pensamientos, palabras y obras, es semejable a la, viña del hombre perezoso, de la cual dice el Sabio (*Prov., 24, 30*): *Que pasó por ella, y vio su seto caído, y lleno de espinas.*

Haced cuenta que os han encomendado una hija de un Rey, para que tengáis cuidado continuo de mirar por sus costumbres; y que a la noche le pedís cuenta, reprendiendo sus faltas y amonestándole las virtudes. Miraos como a cosa encomendada por Dios, y haceos entender que no habéis de vivir sin ley ni regla, mas debajo de santa sujeción y disciplina de la virtud; y que no habéis de hacer cosa mala que no la paguéis. Entrad en capitulo con vos a la noche, juzgándoos muy particularmente, como haríades a otra tercera persona. Repréndeos y castigaos de vuestras faltas, y predícaos a

vos misma, con mucho mayor cuidado que a otra persona alguna, por mucho que la améis. Y adonde sintiéredes que hay más faltas, ahí poned mayor remedio. Porque creed que, durando este examen y reprehensión de vos misma, no podrán durar mucho vuestras faltas sin ser remediadas.

Y aprenderéis una *ciencia* muy saludable, que os hará llorar y no *hinchar*; la cual os guardará de la peligrosa enfermedad de la soberbia, que entra poco a poco, y aun sin sentirlo, pareciéndose un hombre bien a sí mismo y contentándose de sí. Velad bien contra aquesta entrada, y guardaos con todo cuidado no os parezcáis bien a vos misma; mas con la lumbrer de la verdad sábeos reprender y displacer (desagradar); y seros ha vecina la misericordia de Dios; al cual aquéllos solos parecen bien, que a sí mismos parecen mal; y a aquéllos perdona sus faltas con largueza de bondad, que las conocen y se humillan por ellas con el juicio de la verdad, y las gimen con su voluntad.

Y escaparéis de otros dos vicios que suelen acompañar a la soberbia, que son desagradecimiento y pereza. Porque conociendo y reprendiendo vuestros defectos, veréis vuestra flaqueza e indignidad, y la misericordia grande de Dios en sufriros, y perdonaros y haceros bienes, mereciendo vos males; y así seréis agradecida. Y mirando el poco bien que hacéis, y males en que caéis, despertaréis del sueño de la pereza, y comenzaréis cada día de nuevo a servir a nuestro Señor, viendo cuan poco habéis hecho en lo pasado.

Y por esto, y otros muchos bienes que de conocerse el hombre y reprenderse suelen nacer, siendo preguntado un santo viejo de los pasados, ¿dónde estaría uno más seguro, en soledad o en compañía?, respondió: «Si se sabe reprender, dondequiera estará seguro; y si

no, dondequiera estará a peligro.»

Y porque, por el mucho amor que nos tenemos, no sabemos conocernos y reprendernos con aquel verdadero juicio que requiere la verdad, debemos agradecerlo a la persona que nos reprende; y también suplicar al Señor que nos reprenda Él con amor, *enviándonos su luz y verdad (Ps., 42, 3)*, para que sintamos de nosotros lo que, según verdad, debemos sentir. Y esto es lo que Jeremías (10, 24) pedía diciendo : *Corrígeme, Señor, en juicio, y no en furor; porque por ventura no me tornes a nada. Corregir en furor pertenece al día postrero, cuando enviará Dios al infierno a los malos por sus pecados;* y corregir *en juicio* es reprender en este mundo a los suyos con amor de padre. La cual reprensión es un testimonio tan grande de amar Dios al que reprende, que ninguno otro hay tan seguro, ni que tan buenas nuevas traiga de ser víspera de recibir grandes mercedes de Dios. Así cuenta San Marcos (16, 14), que apareciendo nuestro Señor Jesucristo a sus discípulos *les reprendió de incredulidad y dureza de corazón;* después de lo cual les dio poder para hacer obras maravillosas. Y el Profeta Isaías (4, 4) dice: *Que el Señor lava las suciedades de las hijas de Sión, y la sangre de en medio de Jerusalén en espíritu de juicio, y espíritu de ardor;* dando a entender, que el lavar nuestro Señor nuestras manchas, viniendo a nosotros, es dándonos primero a conocer quién somos, y esto es *juicio;* y después envía *espíritu de ardor,* que es amor, que nos causa dolor; y así nos lava, dándonos su perdón y su gracia. De lo cual no osaremos atribuir a nosotros gloria alguna; pues primero nos dio a entender nuestra indignidad y desmerecimiento.

Y esta reprensión no entendáis ser alguna cosa que desmaye, y demasiadamente entristezca al ánima, trayéndola desabrida; porque esta tal, o es del

demonio, o del espíritu propio, y débese huir. Mas es un sosegado conocimiento de las propias faltas, y un juicio del cielo que se oye en el ánimo, que así hace temblar la tierra de nuestra flaqueza con vergüenza, y temor, y amor, que le pone espuelas para mejorarse, y para con mayor diligencia servir al Señor ; y le da muy gran confianza que el Señor lo ama como a hijo, pues usa con él oficio de padre, según está escrito (*Apoc, 3, 19*): *Yo a los que amo, corrijo.*

Sed, pues, cuidadosa en miraros y reprenderos; presentándoos delante de la presencia de Dios, delante del cual es más seguro el humilde conocimiento de nuestras faltas, que la soberbia alteza de otros conocimientos. Y no seáis como algunos amadores de su propia estima, que por no parecer mal a sí mismos, se huelgan de gastar mucho tiempo en pensar otras cosas devotas, y pasar ligeramente por el conocimiento de sus defectos, porque no hallan en ellos sabor, pues no aman su propio desprecio; como, en la verdad, ninguna cosa haya tan segura, ni que así haga que aparte Dios sus ojos de nuestros pecados, como mirarnos nosotros y reprendernos con dolor y penitencia, según está escrito (*1 Cor., 11, 31*): *Si nos juzgásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados de Dios.*

CAPITULO 63

De la estimación que habernos de tener de nuestras buenas obras, para no faltar en el propio conocimiento y verdadera humildad; y del maravilloso ejemplo que Cristo nuestro Señor nos da para lo dicho.

Lo segundo que habéis de mirar cerca de este conocimiento es, que aunque es bueno y provechoso; pues por él nos viene *el corazón contrito y humillado*, que Dios no desprecia (*Ps., 50, 19*), mas tiene esta falta, que

se funda sobre haber pecado; y no es mucho de maravillar, que un pecador se conozca y estime por pecador, mas sería muy espantable monstruo, que siéndolo, se estimase por justo; como si un hombre lleno de lepra se estimase por sano. Por tanto, no nos hemos de contentar con estimarnos en poco en nuestros pecados, mas aún mucho más hemos de mirar esto en nuestras buenas obras, conociendo profundamente que ni la culpa de pecados es de Dios, ni la gloria de nuestros bienes es de nosotros; mas que de todo lo bueno que en nosotros hubiere, se ha de dar perfectamente la gloria *al Padre de todas las lumbres del cual procede todo lo bueno y dadiva perfecta (Jac., 1, 17)*. De arte, que aunque nosotros tengamos el bien, lo miremos como cosa ajena, y lo tratemos tan fielmente, que no nos alcemos con la gloria de Dios, ni se nos pegue, como dicen, la miel en las manos.

Esta humildad no es de pecadores como la primera, mas de justos; y no sólo la hay en este mundo, mas en el cielo. Porque de ella se escribe (*Ps., 112, 6*): *¿Quién como el Señor Dios nuestro, que mora en las alturas, y mira las cosas humildes en el cielo y en la tierra?* Esta tuvo en pie a los ángeles buenos, y los hizo dispuestos para gozar de Dios, pues le fueron sujetos; y la falta de ella derribó a los ángeles malos, porque se quisieron alzar con la honra de Dios. Esta tuvo la sagrada Virgen María nuestra Señora, que siendo predicada por *bienaventurada* y *bendita* por la boca de Santa Isabel, no se hinchó ni atribuyó a sí gloria alguna de los bienes que en Ella había, mas con humilde y fidelísimo corazón enseña a Santa Isabel y al mundo universo, que de las grandezas que Ella tenía, no a si, mas a Dios se debía la gloria, y con profunda reverencia comienza a cantar (*Lc., 1, 46*): *Mi ánima engrandece al Señor.*

Y esta misma y más perfecta humildad tuvo la

benditísima ánima de Jesucristo nuestro Señor, la cual, así como en el ser personal no estuvo arrimada a sí misma (*No estuvo arrimada a sí misma*: no tuvo personalidad humana, no subsistió en sí y por sí, sino en la Persona del Verbo), sino a la Persona del Verbo, en lo cual excede a todas las ánimas y a los celestiales espíritus, así los excede en esta santa humildad, estando más lejos de darse la gloria a sí misma, y de tenerse por su arrimo, que todos ellos juntos. Y de este Corazón salía lo que muchas veces al mundo fidelísimamente predicaba, que sus obras y palabras, de su Padre las había recibido, y a Él daba la gloria, y decía (*Jn., 7, 16*): *Mi doctrina no es mía, mas de Aquel que me envió.* Y en otra parte dice: *Las palabras que Yo hablo, no las hablo de Mí mismo, mas el Padre que está en Mí, Él hace las obras.* Y así convenía que el remediador de los hombres fuese muy humilde, pues que la raíz de todos los malos y males es la soberbia. Y queriendo dar a entender el Señor cuánto nos convenga tener esta santa y verdadera humildad, se hace particularmente Maestro de ella, y se nos pone por ejemplo de ella, diciendo (*Mt., 11, 29*): *Aprended de mí, que soy manso y humilde de Corazón.* Para que viendo los hombres a un Maestro tan sabio encomendar tan particularmente esta virtud, trabajen por la tener; y viendo que un Señor tan alto no atribuye el bien a si mismo, ninguno haya tan desvariado que tal maldad ose hacer.

Aprended, pues, sierva de Cristo, de vuestro Maestro y Señor, acuesta santa bajeza, para que seáis ensalzada, según su palabra (*Le, 14, 17*): *Quien se humillare será ensalzado.* Y tened en vuestra ánima esta santa pobreza, porque de ella se entiende (*Mt., 5, 3*): *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.* Y tener por cierto, que pues Jesucristo nuestro Señor fue ensalzado por camino de humildad, el que no la tuviere fuera va de camino; y

débese de desengañar en lo que dice San Agustín: «Si me preguntares cuál es el camino del cielo, responderte he que la humildad: y si tercera vez, responderte he lo mismo; y si mil veces me lo preguntares, mil veces te responderé que no hay otro camino sino la humildad.»

CAPITULO 64

De un provechoso ejercicio del conocimiento del ser natural que tenemos, para con él alcanzar la humildad.

Porque creo que deseáis alcanzar esta santa bajeza con que agradéis al Señor, os quiero decir algo del modo como la habéis de alcanzar.

Y sea lo primero pedirla con perseverancia al Dador de todos los bienes, porque esta humildad es un muy particular don suyo que a sus escogidos da. Y aún el conocer que es don de Dios no es poca merced. Los tentados de soberbia conocen bien que no hay cosa más lejos de nuestras fuerzas que esta verdadera y profunda humildad, y que muchas veces acaece, con los remedios que ellos ponen para alcanzarla, huir ella más; y aun del mismo humillarse suele nacer su contrario, que es la soberbia. Por lo cual haced en esto lo que os dije de la castidad: que de tal manera toméis los ejercicios para alcanzar esta joya, que ni los dejéis de hacer diciendo: ¿Qué me aprovecha, pues es dádiva de Dios?, ni tampoco los hagáis poniendo confianza en vuestro brazo de carne, mas en Aquel que suele dar sus dádivas a los que da su gracia para se las pedir con oración y ejercicios devotos.

El modo, pues, que tendréis será éste: Considerad dos cosas por orden: una el ser, otra el buen ser.

Cuanto a lo primero, habéis de pensar quién érades antes que Dios os criase, y hallaréis ser un abismo de

nada, y privación de todos los bienes. Estaos un buen rato sintiendo este *no ser*, hasta que veáis y palpéis vuestra nada y no ser. Y después considerad cómo aquella poderosa y dulce mano de Dios os sacó de aquel abismo profundo, y os puso en el número de sus criaturas, dándoos verdadero y real ser. Y miraos a vos, no como hechura vuestra, sino como a una dádiva, de la cual Dios hizo merced a vos. Y por tan ajeno de vuestras fuerzas mirad vuestro ser, como miráis al ajeno, creyendo que tampoco os pudisteis vos criar a vos, como criar a otro. Tampoco podíades salir de aquellas tinieblas del no ser, como los que quedaron en ellas. Y tenéis por igual de vuestra parte a las cosas que no son, atribuyendo a Dios la ventaja que les lleváis.

Y mirad que, después de criada, no penséis que ya os tenéis en vos misma; porque no menor necesidad tenéis de Dios a cada momento de vuestra vida para no perder el ser que tenéis, que la tuvisteis para, siendo nada, alcanzar el ser que tenéis. Entrad dentro de vos misma, y consideraos cómo sois una cosa que tiene ser y vive. Preguntaos, ¿esta criatura está arrimada a sí, o a otro? ¿Susténtase en sí, o ha menester mano ajena? Y responderos ha el Apóstol San Pablo (*Act.*, 17, 27), *que no está lejos Dios de nosotros, mas que en Él vivimos, y nos movemos, y tenemos ser*. Y considerad a Dios, que es *el ser* de todo lo que es, y sin Él hay nada; y que es *vida* de todo lo que vive, y sin Él hay muerte; y *fuerza* de *todo lo que algo puede*, y sin Él hay *flaqueza*; y que es *bien entero* de todo lo bueno, sin el cual no se puede haber el más pequeño bien de los bienes. Y por esto dice la Escritura (*Isa.*, 40, 17): *Todas las gentes son delante de Dios como si no fuesen, y en nada y en vanidad son reputadas delante de Él*. Y en otra parte está escrito (*Gala.t.*, 6, 3): *El que piensa que es algo, como sea nada, él se engaña*. Y el Santo Rey y Profeta David decía hablando con Dios (*Ps.*, 38, 6): *Yo soy delante de Ti como*

nada. En las cuales partes no habéis de entender que las criaturas no tengan ser o vida, u operaciones propias y distintas de las de su Criador; mas porque lo que tienen no lo hubieron de sí, ni lo pueden conservar de sí, sino de Dios y en Dios, dícense no ser, que quiere decir que tienen el ser y la virtud para obrar de mano de Dios, y no de la suya.

Sabed, pues, ahondar bien en el ser y fuerzas que tenéis, y no paréis hasta llegar al fundamento primero, que como firmísimo e indeficiente, y no fundado sobre otro, mas fundamento de todos, os sustenta que no caigáis en el pozo profundo de la nada, de la cual primero os sacó. Conoced este arrimo que os tiene, y esta mano que, puesta encima de vos os hace estar en pie y confesad con Santo Rey y Profeta David (*Ps., 138, 5*): *Tú, Señor, me hiciste, y pusiste tu mano sobre mí.* Y pensad que estáis tan colgada de esta virtud de Dios, que si ella faltase, en aquel momento vosaltaríades, como faltaría la lumbre que había en una cámara sacando de ella la hacha que la alumbraba, o como se quita la lumbre de sobre la tierra por ausencia del sol. Adorad, pues, a este Señor con reverencia profunda como a principio de vuestro ser, y amadle como a continuo bienhechor vuestro y conservador de él, y decidle con corazón y con lengua: Gloria sea a Ti para siempre, poderosa virtud, en la cual me sustento. No tengo, Señor, qué buscar fuera de mí, pues estáis Vos más íntimo a mí, que yo a mí mismo, y que he de pasar por mí para entrar a Vos. Juntad con Él vuestro corazón, unidle con Él amorosamente, y decidle (*Ps., 131, 141*): *Esta es mi holganza en el siglo del siglo; aquí moraré, porque la escogí.* Y de ahí en adelante sabed hacer presencia a Dios dentro de vos con toda reverencia, pues Él está presentísimo a vos.

Y como habéis entendido, por lo que en vos pasa, cómo Dios es el que os ha dado el ser y el obrar, así en

todas las criaturas entendido lo mismo. Y considerando en todas a Dios, seros ha todo un espejo luciente, que os represente al Criador; y así podrá andar vuestra ánima unida con Dios, y en sus alabanzas devota, si vos en las criaturas otra cosa sino a Dios no buscáis.

CAPITULO 65

Cómo ejercitarnos en el conocimiento del ser sobrenatural de gracia aprovecha para alcanzar la humildad.

Si con cuidado habéis entendido en el conocimiento de vos para atribuir a Dios la gloria del *ser* que tenéis, con mucho mayor debéis de entender en conocer que *el buen ser* que tenéis no es de vos, mas graciosa dádiva de la mano del Señor. Porque si atribuíis a Él la gloria de vuestro ser, confesando que no vos, mas *sus manos os hicieron*, y apropiáis para vos la honra de vuestras buenas obras, creyendo que vos os hicisteis buena, mayor honra os tomáis para vos que dais a Dios, cuanto es más excelente el buen ser que el ser. Por tanto, conviene que con grandísima vigilancia entendáis en conocer a Dios, y tenerle por causa de vuestro bien. Vivid de arte, que no se os quede asida en vuestras manos punta ni repunta de loca soberbia; mas así como conocéis que ningún ser, por pequeño que sea, podéis tener de vos si Dios no os lo da, así también conoced que no podéis tener de vos el menor de los bienes, si Dios no abre su mano para os lo dar.

Pensad, pues, que así como lo que es nada no tiene ser natural entre las criaturas, así el pecador, por mucho estado y bienes que tenga, faltándole la gracia y espiritual ser, es contado por nada delante los ojos de Dios. Lo cual dice San Pablo (1 *Cor.*, 13, 2) de esta manera: *Si tuviere profecía, y conociere todos los misterios, y toda la ciencia, y tuviere toda la fe, tanto,*

que pase los montes de una parte a otra, y no tuviere caridad, nada soy. Lo cual es tanta verdad, que aun el pecador es menos que nada, porque peor es *mal ser*, que el *no ser*. Y ningún lugar hay tan bajo, ni tan apartado, ni tan despreciado en los ojos de Dios entre todo lo que es y no es, como el hombre que vive en ofensa de Dios, estando desheredado del cielo y sentenciado al infierno.

Y para que tengáis alguna cosa que os despierte algo en el conocimiento de acueste miserable estado de pecador, oíd esto: Cuando alguna cosa muy contraria a razón y muy desordenada viéredes, pensad, que muy más fea y abominable cosa es estar en desgracia y enemistad de nuestro Señor. ¿Oís decir de algún grave hurto, traición o maldad que alguna mujer a su marido hace, o desacato que algún hijo hace a su padre, o algunas cosas de acuesta manera, que a cualquiera, por ignorante que sea, parecen muy feas, por ser contra toda razón? Pensad vos que ofender a Dios en un solo pecado es mayor fealdad, por ser contra su mandamiento y reverencia, que todas las obras malas que pueden acaecer, por ser contra sola razón. Y pues veis cuan desestimados son todos los que tales fealdades cometen, teneos vos por una cosa muy despreciada, y sumíos en el profundo abismo del desprecio que se debe al ofendedor de Dios.

Y así como para conocer vuestra nada os acordasteis del tiempo que no teníades ser, así para conocer vuestra bajeza y vileza acordaos del tiempo que vivíades en ofensa de Dios. Mirad, cuan entrañable y profundamente y despacio pudiéredes, en cuan miserable estado estuvisteis cuando delante de los ojos de Dios estábades fea y desagradable, y contada por nada y menos que nada. Porque ni los animales, por feos que sean, ni otras criaturas, por más bajas que sean, no han hecho pecado contra nuestro Señor, ni están obligadas a fuegos eternos como vos estábades. Y

despreciaos y abajaos en el más profundo lugar que pudiéredes muy despacio; que seguramente podéis creer que, por muy mucho que os despreciéis, no podéis bajar al abismo del desprecio que merece el ofendedor del infinito Bien, que es Dios. Porque hasta que veáis en el cielo cuan bueno es Dios, no podéis del todo conocer cuan malo sea el pecado, y cuánto mal merece quien lo comete. Y después de haber bien sentido en el ánimo y embebido en ella acuesta desestima de vos misma, alzad vuestros ojos a Dios, considerando la infinita bondad que de pozo tan hondo os sacó, siendo para vos cosa imposible; y mirad aquella suma Bondad, que con tanta misericordia os sacó, sin haber en vos merecimientos para ello, antes muy grandes desmerecimientos. Porque antes que Dios dé la gracia, aunque no todo lo que el hombre hace sea pecado, mas ninguna cosa hace ni puede hacer con que merezca el perdón ni la gracia de Dios. Sabed, que quien *os sacó de vuestras tinieblas a su admirable lumbre (Colos., 1, 13)*, y os hizo de enemiga, amiga, y de esclava, hija, y de no valer nada os hizo tener ser agradable en sus ojos, Dios fue. Y la causa porque lo hizo no fueron vuestros merecimientos pasados, ni el respeto de los servicios que le habíades de hacer, mas fue por su sola bondad, y por merecimiento de nuestro único medianero, Jesucristo nuestro Señor. Contad por vuestro el mal estado en que estábades, y contad el infierno por lugar debido a vuestros pecados que hicisteis o hiciérades, si por Dios no fuera. Que lo que de más de esto tenéis, a Dios y a su gracia os conoced por deudora. Oíd lo que dice el Señor a sus amados discípulos, y a nosotros en ellos (*Jn., 15, 16*): *No vosotros escogisteis a Mí, mas Yo a vosotros*. Mirad lo que dice el Apóstol San Pablo (*Rom., 3, 24*): *Justificados sois de balde por la gracia de Dios, por la redención que está en Jesucristo*. Y asentad en vuestro corazón, que así como tenéis de Dios el ser, sin que atribuyáis a vos gloria de ello, así tenéis de Dios el buen ser; y lo uno y lo otro para

gloria suya. Y traed en la lengua y en el corazón lo que dice San Pablo (1 *Cor.*, 15, 10): *Por la gracia de Dios soy lo que soy.*

CAPITULO 66

En que se prosigue más en particular el sobredicho ejercicio, de que se ha tratado en el capítulo pasado.

Allende de lo dicho, considerad que, así como cuando érades nada no teniades fuerza para moveros, ni para ver, ni oír, ni gustar, ni entender, ni querer: más dándoos Dios el ser, os dio acuestas potencias y fuerzas; así no sólo el hombre que está en pecado mortal está privado del ser agradable delante los ojos de Dios, mas está sin fuerzas para obrar obras de vida que agraden a Dios. Y por esto, si algún cojo viéredes o manco, pensad que así está el hombre sin gracia en su ánima; si algún ciego, sordo o mudo, tomadlo por espejo en que os miréis; y en todos los enfermos, leprosos, paralíticos, y que tienen los cuerpos corvados y los ojos puestos en tierra, con toda la otra muchedumbre de enfermedades que presentaban delante el acatamiento de Jesucristo, nuestro verdadero Médico, entended que tan perdidos están los malos, cuanto a los espirituales sentidos, cuanto estaban aquéllos en los corporales. Y mirad, como una piedra con el peso que tiene es inclinada a ir hacia abajo; así, por la corrupción del pecado original que traemos, tenemos una vivísima inclinación a las cosas de nuestra carne, y de nuestra honra, y de nuestro provecho, haciendo ídolo de nosotros, y obrando nuestras obras, no por amor verdadero de Dios, sino por el nuestro. Estamos vivísimos a las cosas terrenales y que nos tocan, y muertos para el gusto de las cosas de Dios. Manda en nosotros lo que había de obedecer, y obedece lo que había de mandar. Y estamos tan miserables, que, debajo de cuerpo humano y derecho, traemos escondidos

apetitos de bestias y corazones encorvados hacia la tierra. Qué os diré, sino que en cuantas cosas faltas (defectuosas), y feas, y secas, y desordenadas viéredes, en tantas miréis y conozcáis la corrupción y desorden que el hombre, que está sin espíritu de Dios, tiene en sus sentidos y obras; y ninguna de estas cosas veáis, que luego no entréis en vos misma a considerar que aquello sois vos de vuestra parte, si Dios no os hubiera dado salud.

Y si verdaderamente estáis sana, habéis de conocer que quien os abrió los sentidos para las cosas de Dios, quien sujetó vuestros afectos debajo de vuestra razón, quien os hizo amargo lo que os era dulce, y os puso gana en lo que antes tan desabrida estábades, obrando en vos obras nuevas, Dios fue; y según dice San Pablo (*Phil., 2, 13*): *Dios es el que obra en nosotros el querer, y el acabar, por su buena voluntad.*

Mas no entendáis por esto que el libre albedrío del hombre no obre cosa alguna en las obras buenas, porque esto sería grande ignorancia y error; mas dicese que *Dios obra el querer y el acabar*, porque Él es el principal obrador en el ánima del justificado, y el que mueve y suavemente hace que el libre albedrío obre y sea su ayudador, como dice San Pablo (*1 Cor., 3, 9*): *Ayudadores somos de Dios. Lo cual hace incitándolo Dios, y ayudándolo a que dé libremente su consentimiento en las buenas obras; y por eso obra el hombre, pues que de su voluntad propia y libre quiere lo que quiere, y obra lo que obra, y en su mano está no lo hacer. Mas Dios obra más principalmente, produciendo la buena obra, y ayudando al libre albedrío para que también la produzca; y la gloria de lo uno y de lo otro a sólo Dios se debe.*

Por tanto, si queréis acertar en acuesto, no queráis escudriñar qué bienes tenéis de naturaleza y libre

albedrío, y qué bienes de gracia, porque esto para los sabios es; mas a ojos cerrados seguíos por la sagrada fe, que nos amonesta que de los unos y de los otros hemos de dar la gloria de Dios; y que *nosotros de nosotros mismos no somos suficientes ni aun para pensar un buen pensamiento* (2 Cor., 3, 5). Mirad lo que dice San Pablo reprendiendo al que se atribuye a sí mismo algún bien (1 Cor., 4, 7): *¿Qué tienes que no lo hayas recibido? Y pues lo has recibido, ¿de qué te glorías como si no lo hubieses, recibido?* Como si dijese: Si tienes la gracia de Dios con que le agradas, y haces obras muy excelentes, no te gloríes en ti, mas en quien te la dio, que es Dios. Y si te glorías de usar bien de tu libre albedrío, o en consentir con él a los buenos movimientos de Dios y su gracia, tampoco te glorías en ti, mas en Dios que hizo que tú consintieses, incitándote y moviéndote suavemente, y dándote el mismo libre albedrío con que tú libremente consientas, y si te quisieres gloriar de que pudiendo resistir al buen movimiento e inspiración de Dios, no lo resistes, tampoco te debes gloriar, pues eso no es hacer, mas dejar de hacer; y aun esto también lo debes a Dios, que ayudándote a consentir en el bien, te ayudó para no resistirlo, y cualquier buen uso de tu libre albedrío en lo que toca a tu salvación, dádiva es de Dios, que descende de aquella misericordiosa predestinación con que determinó *ab aeterno* de te salvar. Sea, pues, toda tu gloria en sólo Dios, de quien tienes todo el bien que tienes; y piensa que sin Él no tienes de tu cosecha sino nada, y vanidad y maldad.

Y conforme a esto dice una glosa sobre aquello de San Pablo (*Galat., 6, 3*): *El que piensa ser algo, como no sea nada, a sí mismo se engaña*; que el hombre de sí mismo no es sino vanidad y pecado; y si otra cosa más es, por el Señor Dios lo es. Y conforme a esto dice San Agustín: «Abrístemte los ojos, Luz, y despertástemte, y alumbrástemte; y vi que es tentación la vida del hombre

en esta tierra, y que ningún buen hombre se puede gloriarse delante de ti, ni es justificado todo hombre que vive; porque si algún bien hay, chico o grande, don tuyo es, y lo que es nuestro, no es sino mal. ¿Pues de dónde se gloriará todo hombre? ¿Por dicha del mal? Esta no es gloria, sino miseria. ¿Pues gloriarse ha del bien? No, porque es ajeno. Tuyo es, ioh Señor!, el bien, tuya es la gloria.» Y concordando con esto dice el mismo San Agustín: «Yo, Señor Dios nuestro, confieso a Ti mi pobreza, y a Ti sea toda la gloria, porque tuyo es todo el bien que yo haya hecho. Yo confieso, según me has enseñado, que otra cosa no soy sino vanidad y sombra de muerte, y un tenebroso abismo, *tierra vana y vacía*, que sin tu bendición no hace fruto, sino confusión y pecado y muerte. Si algún bien en cualquiera manera tuve, de Ti lo recibí; cualquiera bien que tengo, tuyo es, de Ti lo tengo. Si algún tiempo estuve en pie, por Ti lo estuve; mas cuando caí, por mi caí. Y siempre me hubiera estado caído en el lodo, si no me hubieras levantado Tú; y siempre fuera ciego, si Tú no me hubieras alumbrado. Cuando caí nunca, me hubiera levantado, si Tú no me hubieras dado tu mano; y después que me levantaste, siempre hubiera caído, si no me hubieras tenido. Muchas veces me hubiera perdido, si Tú no me hubieras guardado. Y así, Señor, siempre tu gracia y tu misericordia anduvo delante de mí, librándome de todos males, salvándome de los pecados, despertándome de los presentes, guardándome de los por venir, y cortando delante de mí los lazos de los pecados, quitando las ocasiones y causas. Porque si Tú, Señor, esto no hubieras hecho, todos los pecados del mundo hubiera yo hecho; porque sé que ningún pecado hay que en cualquiera manera lo haya hecho un hombre, que no lo pueda hacer otro hombre, si se aparta el Guiador, por el cual es hecho el hombre. Mas Tú hiciste que yo no lo hiciese, y Tú mandaste que me abstuviese; y Tú me infundiste gracia para que te creyese; porque Tú, Señor, me regías para Ti,

y me guardabas para Ti, y me diste gracia y lumbré para no cometer adulterio y todo otro pecado.»

CAPITULO 67

En que se prosigue el sobredicho ejercicio; y de la grande luz que el Señor, mediante él, suele obrar en las almas, con la cual conocen la grandeza de Dios y la nada de su pequeñez.

Considerad, pues, doncella, con atención estas palabras de San Agustín, y veréis cuan ajena debéis de estar de atribuir a vos gloria alguna, no sólo de levantaros de vuestros pecados, mas de teneros que no tornádes a caer. Porque así como os dije que, si la mano de Dios de vos se apartase, en aquel punto tornaríades al abismo de vuestra nada en que antes estábades, así apartando Dios su guarda de vos, tornaríades a los pecados, y a otros peores que donde Él os sacó. Sed por eso humilde y agradecida a este Señor, de quien tanta necesidad en todo tiempo tenéis, y conoced que estáis colgada de Él, y que todo vuestro bien depende de su mano bendita, según dice el Santo Rey y Profeta David (*Ps. 30, 15*): *En tus manos, Señor, están mis suertes.* Y llama *suertes* a la gracia de Dios y a la eterna predestinación, las cuales por la bondad de Dios vienen y se conceden a quien se conceden. Y así como si Él os quitase el ser que os dio, os tornaréis nada, así quitándoos la gracia quedaréis pecadora.

Lo cual no se os dice para que caigáis en desmayo ni desesperación, por ver cuan colgada estáis de las manos de Dios; mas para que tanto con más seguridad gocéis de los bienes que Dios os ha dado, y tengáis confianza en su misericordia que acabará con vos lo que ha comenzado, cuanto con mayor humildad y profunda reverencia y santo temor estuviéredes postrada a sus pies, temblando y sin

ningún arrimo de vuestra parte, y confiando de la suya. Porque ésta es una buena señal que no os desamparará su infinita bondad, según lo cantó aquella bendita y sobre todas humilde María, diciendo (*Lc., 1, 50*): *La misericordia de Él, de generación en generación sobre los que le temen.*

Y si el Señor es servido de os dar este conocimiento que deseáis, sentiréis que viene en vos una celestial lumbre y sentimiento en el ánimo, con que quitadas unas gruesas tinieblas, conoce y siente ningún bien ni ser ni fuerza haber en todo lo criado, más de aquello que la bendita y graciosa voluntad de Dios ha querido dar y quiere conservar. Y conoce entonces cuan verdadero cantar es aquél: *Llenos son los cielos y la tierra de tu gloria* (*Is., 6*). Porque en todo lo criado no ve cosa que buena sea, cuya gloria no sea de Dios. Y entiende con cuánta verdad dijo Dios a Moisés que dijese a los hombres (*Ex., 3, 14*): *El que es, me envió a vosotros.* Y lo que dijo el Señor en el Evangelio (*Me, 10, 19*): *Ninguno es bueno, sino sólo Dios.* Porque como todo el ser que tengan las cosas y todo el bien, ahora sea de libre albedrío, ahora de la gracia, sea dado y conservado de la mano de Dios, conoce que más se puede decir que Dios es en ellas y obra el bien en ellas, que ellas de sí mismas; no porque ellas no obren, mas porque obran como causas segundas, movidas por Dios, principal y universal Hacedor, del cual ellas tienen la virtud para obrar. Y así, mirando a ellas, no les halla tomo ni arrimo en sí propias, sino en aquel infinito Ser que las sustenta ; en cuya comparación parecen todas ellas, por grandes que sean, como una pequeña aguja en un infinito mar.

Y de este conocimiento de Dios resulta en el ánimo que de él se aprovecha, una profunda y leal reverencia a la sobreexcelente Majestad divinal, que le pone tanto aborrecimiento de atribuir a sí misma ni a otra

criatura algún bien, que ni aun pensar en ello no quiere: considerando que así como el casto José (*Gen., 39, 8*) no quiso hacer traición a su señor, aunque fue requerido de la mujer de él, así no debe el hombre alzarse con la honra de Dios, la cual Él quiere para sí, como el marido a su propia mujer, según está escrito (*Isa., 42, 8*): *Mi gloria no la daré a otro.* Y está entonces el hombre tan fundado en esta verdad, que aunque todo el mundo le ensalzase, él no se ensalzaría; mas como verdadero justo, desnúdase de la honra que ve no ser suya, y dala al Señor cuya es. Y en esta luz ve que mientras más alto está, más ha recibido de Dios y más le debe, y más pequeño y abajado es en sí mismo. Porque quien de verdad crece en otras virtudes, también lo ha de hacer en la humildad, diciendo a Dios (*Jn., 3, 30*): *A Ti conviene crecer en mí, y a mí ser abajado cada día más en mí.*

Y si con estas consideraciones ya dichas no halláredes en vos el fruto del propio desprecio que deseáis, no desmayéis, mas llamad con perseverante oración al Señor; que Él sabe y suele enseñar interiormente y con semejanzas exteriores lo poco en que la criatura se ha de estimar. Y en tanto que viene esta misericordia, vivid en paciencia; y conoceos por soberbia; lo cual es alguna parte de humildad, como el tenerse por humilde es señal de soberbia.

CAPITULO 68

En que se comienza a tratar de la consideración de Cristo nuestro Señor, y de los misterios de su vida y muerte; y de la mucha razón que hay para nos ejercitar en esta consideración; y de los grandes frutos que de ella nos vienen.

Los que mucho se ejercitan en el propio conocimiento, como tratan a la continua, y muy de cerca,

sus propios defectos, suelen caer en grandes tristezas, desconfianzas y pusilanimidad de corazón; por lo cual es necesario que se ejerciten en otro conocimiento que les alegre y esfuerce, mucho más que el primero les desmayaba. Y para esto, ninguno otro hay igual como el conocimiento de Jesucristo nuestro Señor; especialmente pensando cómo padeció y murió por nosotros. Esta es *la nueva alegre, predicada* en la nueva Ley a todos los *quebrantados de corazón (Isai., 61, 1)*, y les es dada una medicina muy más eficaz para su consuelo, que sus llagas les pueden desconsolar. Este Señor crucificado es el que alegra a los que el conocimiento de sus propios pecados entristece, y el que absuelve a los que la Ley condena, y el que hace hijos de Dios a los que eran esclavos del demonio. A éste deben procurar conocer y allegarse todos los adeudados con espirituales deudas de pecados que han hecho, y que por ello están en angustia y amargura de corazón cuando se miran; e irles ha bien, como en otro tiempo se llegaron a Santo Rey David (1 *Reg., 22, 2*), adeudados y *angustiados con deudas de acá*, y sintieron provecho con su compañía.

Porque así como se suele dar por consejo que miren arriba o fuera del agua a los que pasan algún río y se les desvanece la cabeza mirando las aguas que corren, así quien sintiere desmayo mirando sus culpas, alce sus ojos a Jesucristo puesto en la cruz y cobrará esfuerzo. Porque no en balde se dijo (*Ps. 41, 7*): *En Mi mismo fue mi ánimo conturbada; y por esto me acordaré de ti, de la tierra de Jordán y de los montes de Hermón y monte pequeño*. Porque los misterios que Cristo obró en su Bautismo y Pasión son bastante para sosegar cualquier tempestad de desconfianza que en el corazón se levante. Y así por esto, como porque ninguno libro hay tan eficaz para enseñar al hombre todo género de virtud, ni cuánto debe ser el pecado aborrecido y la virtud amada, como la Pasión del Hijo de Dios; y también porque es extremo de

desagradecimiento poner en olvido un tan inmenso beneficio de amor, como fue padecer Cristo por nos, conviene, después del ejercicio de vuestro conocimiento, ocuparos en el conocimiento de Jesucristo nuestro Señor. Lo cual nos enseña San Bernardo (Ad fratres de Monte Dei) diciendo: «Cualquiera que tiene sentido de Cristo, sabe bien cuan expediente sea a la piedad cristiana, cuánto convenga, y cuánto provecho le trae al siervo de Dios y siervo de la redención de Cristo, acordarse con atención, *a lo menos una hora del día*, de los beneficios de la Pasión y Redención de nuestro Señor Jesucristo, para gozar suavemente en la conciencia, y para asentarlos fielmente en la memoria.» Esto dice San Bernardo; el cual así lo hacía.

Y allende de esto sabed, que así como queriendo Dios comunicar con los hombres las riquezas de su Divinidad, tomó por medio hacerse hombre, para que en aquella bajeza y pobreza se pudiese conformar con la pequeña capacidad de los pobres y bajos, y juntándose a ellos, los levantase a la alteza de Él; así el camino usado de comunicar Dios su Divinidad con las ánimas es por medio de su sacra Humanidad. Esta es *la puerta por donde el que entrare será salvo (Jn., 10, 9)*; y *la escalera por donde suben al cielo (Gen., 28, 12)*. Porque quiere Dios Padre honrar la Humanidad y humildad de su Unigénito Hijo, en no dar su amistad sino a quien las creyere; y no dar su familiar comunicación sino a quien con mucha atención las pensare.

Y pues no es razón que dejéis de desear estos bienes, *haceos esclava de esta sagrada Pasión*, pues por ella fuisteis libertada del cautiverio de vuestros pecados, y de los infernales tormentos, y os vendrán los bienes ya dichos. Y no sea a vos pesado el *pensar* lo que a Él con vuestro gran amor no le fue pesado *pasar*. Sed vos una de las ánimas a quien dice el Espíritu Santo en los Cantares

(3, 11): *Salid y mirad, hijas de Sión, al Rey Salomón con la guirnalda con que le coronó su madre en el día del desposorio de Él, y en el día de la alegría del corazón de Él.* En ninguna parte de la Santa Escritura se lee que el Rey Salomón fuese coronado con guirnalda o corona por mano de su madre Bersabé en el día del desposorio de él; y por esto, porque según la historia no conviene al Salomón pecador, por fuerza, pues la Escritura no puede faltar, lo hemos de entender de otro Salomón verdadero, el cual es Cristo. Y con mucha razón; porque Salomón quiere decir *pacífico*; el cual nombre le fue puesto porque no trajo guerras en su tiempo como las trajo su padre David. Por lo cual quiso Dios, que no David, *varón de sangres* (*Varón de sangres*: frase bíblica que significa derramador de sangre, sanguinario), mas su pacífico hijo edificase aquel tan solemne Templo de Jerusalén (*2 Reg., 7, 13*) en que fuese Dios adorado. Pues si por ser pacífico Salomón en la paz mundana, que algunas veces los Reyes, aunque malos, la suelen en sus reinos tener, le fue puesto nombre de pacífico, ¿con cuánta más razón conviene a Cristo, el cual hizo paz espiritual entre Dios y los hombres, no sin su costa, mas cayendo sobre Él la pena de nuestros pecados que causaban la enemistad? Item hizo paz entre los dos tan contrarios pueblos, de los judíos y gentiles, *quitando la pared de la enemistad que estaba en medio*, como dice San Pablo (*Ephes., 2, 14*); conviene a saber, las ceremonias de la vieja Ley, y la idolatría de la gentilidad, para que unos y otros, dejadas sus particularidades y ritos que de sus pasados traían, viniesen a una nueva Ley, debajo de *una fe*, y de *un Bautismo* y de *un Señor*, esperando partir una misma herencia, por ser todos hijos de *un Padre* del cielo (*Ephes., 4, 5*), que los tornó a engendrar otra vez por agua y Espíritu Santo, con mayor ganancia y honra que la primera vez fueron engendrados de sus padres de carne para miseria y deshonor. Y estos bienes todos son por Jesucristo, pacificador de cielos y tierra, y de una gente

con otra, y de un hombre dentro de sí mismo, cuya guerra es más trabajosa, y la paz más deseada. Estas paces no las pudo hacer Salomón, mas tuvo el nombre, en figura del verdadero pacificador, así como la paz de Salomón, que es temporal, tiene figura y es sombra de la espiritual que no tiene fin.

Pues si bien os acordáis, esposa de Cristo, de lo que es razón que nunca os olvidéis, *la Madre de este Salomón verdadero*, que fue y es la bendita Virgen María, hallaréis *haberle coronado con guirnalda hermosa*, dándole carne sin ningún pecado en el día de la Encarnación, que fue *día de ayuntamiento y desposorio* del Verbo divino con aquella santa Humanidad, y del Verbo hecho hombre con su Iglesia, que somos nosotros. De aquel sagrado vientre salió Cristo, como *Esposo que sale del tálamo (Ps. 18, 6)*, y *comenzó a correr su carrera como fuerte gigante*, tomando a pechos la obra de nuestra Redención, que fue la más dificultosa que se podía emprender. Y al fin de la carrera en el día del Viernes Santo, casó por palabras de presente con esta su Iglesia, por quien había trabajado, como Jacob por Raquel (*Gen., 29, 20, 30*). Porque entonces le fue sacada de su costado, estando Él durmiendo el sueño de muerte, a semejanza de Eva sacada de Adán, que dormía (*Gen., 2, 21*). Y por esta obra tan excelente y de tanto amor en aquel día obrada, llama Cristo a este día, *mi día*, cuando dice en el Evangelio (*Jn., 8, 56*): *Abraham, vuestro padre, se gozó para ver mi día; violo, y gozóse*. Lo cual fue, como dice Crisóstomo, cuando a Abraham fue revelada la muerte de Cristo, en semejanza de su hijo Isaac, que Dios le mandó sacrificar en el monte Moría, que es el monte Sión (*Gen., 22, 9*); entonces *vio este penoso día y se gozó*. ¿Mas por qué se gozó? ¿Por ventura de los azotes, o tristezas o tormentos de Cristo? Cierto es haber sido la tristeza de Cristo tanta, que bastaba para hacer entristecer de compasión a cualquiera, por mucha alegría que tuviese.

Si no, díganlo sus tres amados Apóstoles, a los cuales dijo (Mt., 26, 38): *Triste es mi ánima hasta la muerte. ¿Qué sintieron sus corazones al sonido de esta palabra? La cual suele, aun a los que de lejos la oyen, lastimar su corazón con agudo cuchillo de compasión! Pues sus azotes, tormentos, clavos y cruz fueron tan lastimeros, que por duro que uno fuera y los viera, se moviera a compasión. Y aun no sé si los mismos que le atormentaban, viendo su mansedumbre en el sufrir y la crueldad de ellos en el herir, algún rato se compadecían de quien tanto padecía por ellos, aunque ellos no lo sabían. Pues si los que a Cristo aborrecían pudieran ser entristecidos por ver sus tormentos, si del todo piedras no fueran, ¿qué diremos de un hombre tan amigo de Dios como fue Abraham, que *se gozase de ver el día en que Cristo tanto trabajo pasó?**

>> sigue parte 3>>